

NIÑOS
LEJOS DE DISNEYLANDIA

CRISTINA CIVALE

Niños lejos de Disneylandia

Diez casos reales de abuso y violencia

Civale, Cristina
Niños lejos de Disneylandia.- 1ª ed. – Buenos Aires : Planeta,
2006.
256 p. ; 23x15 cm.

ISBN 950-49-1559-0

1. Ensayo Argentino I. Título
CDD A864

A mi madre

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta
Diseño de interior: Orestes Pantelides

© 2006, Cristina Civale

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© 2006, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: octubre de 2006

ISBN-13 978-950-49-1559-1
ISBN-10 950-49-1559-0

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
en el mes de septiembre de 2006.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

Este libro nació mientras vivía en Italia. No es un libro de crónicas, no es un estudio sociológico con pretensiones de arribar a conclusiones genéricas sobre el estado de la infancia en el mundo: es un libro de casos, avalado por una exhaustiva investigación periodística, donde el sujeto es un niño que padece algún tipo de maltrato, muchas veces poco difundido o directamente desconocido o, lo que es peor, naturalizado por su presencia reiterada como parte de un paisaje, en apariencia, inmodificable.

Exactamente empecé a imaginarlo el día que un nene llamado Samuele —conocido en toda Italia como “il piccolo Samuele”—, de tres años, fue apuñalado una mañana de invierno, el 30 de enero de 2002. La primera y única sospechosa era su madre. Luego de un demorado juicio, la mujer, Annamaria Franzoni, fue condenada en junio de 2006 a treinta años de prisión pero, gracias a maniobras de su

abogado, Carlo Taormina, también defensor de varias causas emprendidas contra el ex premier italiano Silvio Berlusconi, fue eximida de ir a la cárcel. Siempre negó haber matado a su hijo aunque todas las investigaciones recolectaron pruebas que la condenan. Acusó a una vecina del asesinato y no dudó de presentarse en televisión donde siempre habló con una frialdad pasmosa. Actualmente el caso se encuentra en proceso de apelación y la mujer continúa en libertad. Vivía en una casa de montaña junto a su marido y sus dos hijos —el más chiquito era Samuele— en la pequeña localidad de Montroz, una zona rica en el norte del Piemonte, cerca de Turín. De allí tuvo que esfumarse para evitar el acoso de sus habitantes, las piedras imaginarias de una jauría humana en busca de justicia por mano propia. En el mismo año, se registraron en Italia otros dos casos de madres asesinas en la misma provincia. Este asunto de crónica policial, que acaparó los medios durante meses, me llevó a indagar: ¿su accionar era excepcional o se repetía? Encontré cientos de situaciones, casi siempre en países ricos, donde madres o padre y madre envenenaban, acuchillaban o ahogaban a sus hijos. Y no estaban locos: estaban perfectamente conscientes y sanos. Si bien estas acciones no marcan un patrón de conducta en las mujeres, la existencia de múltiples casos me produjo horror.

Y fui descubriendo más horrores que no constituyen excepción, sino un modo de violencia repeti-

do y promovido por distintas sociedades que siempre castigan al más débil, aquí también: los niños primero.

Al año siguiente, recibí una invitación para concurrir a un congreso contra el trabajo infantil en Florencia organizado por la ONG italiana *Mani Tese* y por la organización hindú Global March. Asistí porque la idea de este libro ya se estaba perfilando como un trabajo que quería encarar. Y en Florencia el libro cobró forma definitiva o al menos empecé a esbozarlo como un conjunto de casos reales donde un niño se convertía en víctima de un atropello. Hay diferentes planos: el ámbito de lo privado —la excepcionalidad de las madres que matan o de mujeres enajenadas que les infligen enfermedades— y el ámbito social, la pobreza como disparador de situaciones donde los niños quedan atrapados como los blancos más fáciles. En Florencia pude empezar a desgranar cuáles eran algunas de esas situaciones.

El congreso duró tres días. Encontré al menos tres hechos que llamaron mi atención.

En primer lugar, la información actualizada y valiosa de los organismos mundiales dependientes de la ONU —como la UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) y la OIT (Organización Internacional del Trabajo)— y las numerosas ONG que luchan a favor de los derechos de los niños y que se ocupan desde distintos ángulos de estos derechos, esfuerzos que no siempre se reflejan en la vida cotidiana de los niños.

En efecto, UNICEF publica cada año un informe de situación de los niños y niñas en el mundo y además realiza, por país o continente, estudios pormenorizados que enfocan situaciones puntuales: trabajo infantil, pobreza, criminalización de la infancia, entre otros. Estas investigaciones tienen la virtud de ser un material de diagnóstico preciso sobre distintas problemáticas que acosan a los niños. Sin embargo, además de tener una gran repercusión mediática, no consiguen cambiar la situación real, sus buenas intenciones quedan cristalizadas en una mera expresión de deseo. De acuerdo con este procedimiento, UNICEF dio a conocer a mediados de 2006 su informe anual sobre América Latina y el Caribe, *Excluidos e invisibles*, donde da cuenta de la situación de la niñez en el continente de un modo muy pormenorizado pero con algunas omisiones curiosas: no se habla de Honduras, un país donde es asesinado, al menos, un niño por día (ver capítulo “José Luis y Omar”). Diagnóstica: “Millones de niños y niñas viven en medio de la pobreza, el abandono, la discriminación y la falta de protección y escolarización. Para ellos, la existencia es una lucha diaria por la supervivencia”. En el momento de hablar de las soluciones, sus aportes son los siguientes: “La solución consiste en incluir a la niñez y a la adolescencia. Un modelo del desarrollo basado en los derechos humanos exige que se tomen cuantas medidas sean necesarias para llegar a todos los niños y niñas sin excepción”. Destaca la importancia

de la participación de los estados y de todos los agentes en conjunto que luchan por los derechos de la infancia. Pero la voz de UNICEF se escucha con intermitencias y tampoco este informe puede responder por qué hay invisibilidad y exclusión cuando sus causas y algunas de sus soluciones ya han sido detectadas.

UNICEF misma fue muy precisa y eficaz en su informe sobre la Argentina realizado durante el mismo año junto a la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación. Allí se denunció que casi veinte mil niños y adolescentes están privados de su libertad en institutos de menores, en contra de los preceptos de la Convención Internacional de los Derechos del Niño y de la nueva ley que los protege. El trabajo reveló que existe en la Argentina una cultura del encierro, no como excepción, sino como pauta, ante una pretendida tutela. La repercusión en los medios fue masiva y la opinión pública fue informada ampliamente, pero el informe no pasó de ser un diagnóstico preciso además de una fuerte denuncia: la ley sigue sin respetarse.

La OIT, por su parte, es muy concreta a la hora de proponer una solución firme para poner fin al trabajo infantil a través de su programa IPEC (International Programme on the Elimination of Child Labour), un plan para la erradicación del trabajo infantil por el que recomienda a los Estados intervenir directamente sobre esta situación del siguiente modo: pagando una subvención a cada familia que

sea equivalente al ingreso de cada niño trabajador que haya en el grupo familiar. De este modo obliga a las familias a enviar a los niños a la escuela, no les hace perder el valor del trabajo que generan los niños y garantiza un futuro con adultos alfabetizados, como mínimo. La OIT asegura que con la implementación de su programa el trabajo infantil sería erradicado en diez años y la inversión realizada por cada Estado regresaría a éste al optimizar la calidad de vida y al ayudar a gestar nuevas generaciones educadas y con más posibilidades de acceder al mercado de trabajo. La misma organización reconoce que se avanzó mucho en la sensibilización social pero que queda todavía un largo camino por recorrer en cuanto a la acción concreta.

En cuanto a las ONG, la organizadora principal del encuentro florentino, Global March, con sede en la India, trabaja con niños que recobra de centros de trabajo y los inserta en distintas casas de recuperación esparcidas por el mundo donde los niños reciben educación y alimentación a cambio de convertirse en militantes de sus propios derechos. Global March les da la palabra a los niños, su presidente, Kailash Satyarthi, no se cansa de repetir: “cada vez queda más claro que los niños son los líderes de hoy”. Educación para todos, eliminación del trabajo infantil y de la pobreza son los tres ejes en los que basan sus acciones que se concentran en la realización de campañas para crear conciencia sobre estos problemas. Entre las últimas campañas realizadas

se encuentra la que tuvo lugar durante el mundial de fútbol de Alemania 2006. Allí, Global March levantó banderas —a través de intervenciones de todo tipo: prensa, *newsletters*, asambleas, movilizaciones, siempre que era posible con niños presentes o con la voz de los niños en primer plano— para difundir quiénes eran los que fabricaban las pelotas con las que se jugó cada partido: miles de niños esclavos que se dedican día a día a coser esas pelotas. La euforia de los goles y los gritos de los festejos fueron más fuertes que este reclamo y la justicia de la campaña, si bien apuntaba a un eje riguroso, se diluyó. Global March tiene socios y aliados en todo el mundo. En América Latina, por ejemplo, está asociada a la Central de Trabajadores de la Educación (CTERA) en la Argentina, al Foro por los derechos de los niños y adolescentes en Brasil y a ANIMA, la asociación uruguaya para la prevención del maltrato infantil, entre dos mil organizaciones sindicales o no gubernamentales de ciento cuarenta países esparcidas a lo largo de los cinco continentes.

Las ONG dedicadas a trabajar a favor de la infancia son literalmente miles. Según la ONG Canal Solidario, comunicación para el cambio social, existen más de tres mil en todo el mundo. Se podría intentar una aproximación a ellas por el tipo de problema sobre el que se concentran: tráfico, prostitución, trabajo, niños soldados, pornografía *on-line*, abuso sexual, salud. Voy a citar una pocas que marcan tendencia, basándome en el siguiente criterio:

son algunas de las que operan de un modo independiente tanto de las Naciones Unidas como de otras ONG que defienden el valor de los derechos humanos en general, como Amnistía Internacional o Human Rights Watch. Son las que se ocupan específicamente de los derechos de la infancia sin tener por encima instancias mayores, ya sea que pertenezcan a superestructuras derivadas de los gobiernos o de otras ONG. Un ejemplo de este tipo de organización es la ya mencionada Global March.

Con una acción también global pero con una impronta múltiple que va desde la intervención en conflictos donde los niños también son víctimas (desde el Tsunami que acosó Indonesia a finales de 2004 hasta la guerra en el Líbano de julio de 2006) hasta la recolección de fondos y la creación de documentos de consulta y estadísticas propias, se encuentra una de las ONG más influyentes en el ámbito de la lucha por los derechos de la infancia. Se trata de Save the Children, cuyos cuarteles generales se encuentran en Londres. Cuenta, además, con agencias que actúan en todos los rincones del mundo y con misiones específicas con profesionales especializados (desde jefes de programas, médicos, maestros y voluntarios) asignados a distintas zonas donde se produce una catástrofe donde niños y niñas se encuentran involucrados. Save the Children en los últimos años hizo la diferencia con respecto a otras organizaciones combatiendo el hambre en Darfur, Sudán, donde apostó y todavía apuesta una

gran parte de sus fuerzas. Con profesionales jóvenes y supercalificados, así se autodefinen:

Save the Children es la primera ONG independiente que trabaja para la infancia. Cuenta con organizaciones nacionales en veintinueve países y juntas forman la Alianza Internacional Save the Children que está presente en más de cien con programas de ayuda. Los niños son lo primero y se actúa donde es necesario, sin importar política, etnia o religión. Por eso, desde 1919 trabajamos en todas las áreas que afectan a los niños: educación, salud, nutrición, trabajo infantil, prevención del abuso sexual y la reunificación de los niños con sus familias tras catástrofes y guerras.

Para influir en los organismos de Naciones Unidas, como el Consejo de Seguridad y UNICEF, Save the Children abrió oficinas en Nueva York y en Ginebra. Las organizaciones de Save the Children en Europa también cuentan con una oficina de apoyo activo en Bruselas, cuyo objetivo consiste en influir en la Comunidad Europea con respecto a la política nacional e internacional sobre la infancia. Sin embargo, estas superestructuras son difíciles de mover allí donde no quieren movimiento y Save the Children, a causa de esto, funciona como un poder paralelo que enmienda justo ahí donde las organizaciones de superestructura gubernamental se empantanaron por su propia burocracia. Los adultos su-

percalificados que forman sus filas actúan de manera inmediata y eficiente donde sucede una emergencia en la que el chico es una víctima a socorrer. Cuando se acaba la emergencia, Save the Children corre de inmediato a la emergencia siguiente y los chicos siguen viviendo como pueden en el lugar donde se tapó el parche.

En un marco más intervencionista y con un mayor seguimiento de las emergencias pero actuando estrictamente en América Latina, se puede mencionar a Casa Alianza, que planta su accionar centralmente en Honduras, Nicaragua, México y Guatemala. Su razón de ser es la de trabajar a favor de la niñez desamparada y en riesgo social. Casa Alianza trabaja principalmente con los chicos de la calle, chicos criminalizados por los distintos gobiernos. Alberga en cada país precisamente una casa que es algo más que un refugio: es un espacio donde esperan que los chicos encuentren la familia que perdieron o que los abandonó, que descubran un oficio que les guste y que sea de utilidad para la sociedad a la que pertenecen. La calle de las grandes urbes de América Latina son su territorio y a ella quieren devolver como adultos instruidos a los niños en peligro que una vez recogieron o que por *motu proprio* se acercaron a sus refugios.

A pesar de que los abusos a los niños se despliegan en varios frentes, las organizaciones más difundidas son las que intervienen para eliminar toda forma de trabajo infantil. Entre ellas se encuentra Free

the Children, que tiene un lugar en esta lista por haber sido creada por un niño. Corría 1995. El niño se llamaba Craig Kielburger y vivía en Canadá. La cosa sucedió más o menos así. Cuando Craig leyó en el diario la historia de un chico paquistaní de su misma edad y su lucha contra el trabajo esclavo (ver capítulo “Iqbal”) empezó a interesarse por el problema de estos niños que vivían una infancia muy diferente de la suya. Así, en el living de su propia casa, fundó la organización que todavía hoy continúa trabajando con los mismos fines y por la cual Craig, ya adulto, fue nominado en dos oportunidades al premio Nobel de la Paz. Craig consiguió reunir por ese entonces un número suficiente de firmas y las hizo llegar al gobierno de su país. Pedía que se difundiera a través de los medios de comunicación nacionales el problema de los niños paquistaníes. Invitó al primer ministro canadiense de ese momento, Jean Chrétien, a reunirse con él, pero éste no lo tomó en serio. Craig convocó a una conferencia de prensa que tuvo una amplia cobertura. Chrétien, humillado por el niño, no sólo accedió entonces a recibirlo sino que expresó públicamente su compromiso para controlar la importación de mercaderías elaboradas con mano de obra infantil ilegal. Actualmente, Free the Children construye escuelas rurales donde reubica a niños a los que logra arrancar del trabajo infantil aunque en Canadá se siguen vendiendo alfombras paquistaníes.

En un plano de acción más puntual desde el pun-

to de vista de los objetivos y de su alcance geográfico, cito a Dales Voz, dedicada a luchar contra la explotación sexual y comercial de la niñez y contra el turismo sexual. Constituye parte de un programa que lleva adelante la fundación española Intervida para estos fines. Dicen de ellos mismos:

Queremos crear una plataforma de sensibilización y denuncia, así como dar a conocer un problema sufrido por muchos e ignorado por otros tantos. Ante una situación tan alarmante, queremos hablar en nombre de las víctimas silenciosas que forman parte del colectivo más vulnerable, la infancia. Para ello hemos creado un emblema en forma de chapa, para poderlo lucir en cualquier prenda, regalarlo u ofrecerlo a amigos y conocidos. La chapa de Dales Voz quiere estar en todas partes, convertirse en plaga y en manifiesto.

Nuestro único deseo es propiciar un clima, un estado de opinión que, en un futuro próximo, empuje a las instituciones públicas y al sector empresarial a actuar severamente sobre todos aquellos factores que perpetúan esta terrible forma de esclavitud de nuestros días.

España es, junto con Italia, uno de los países europeos que genera el mayor número de “clientes” para este tipo de explotación infantil y Dales Voz, por este motivo, busca sus sponsors en operadores turísticos y cadenas de hoteles.

En otro plano, se encuentran las organizaciones que luchan contra la pornografía en la red. Entre ellas, la organización Croga.org se destaca por proporcionar *on-line* recursos de autoayuda anónimos y gratuitos para personas preocupadas por descargar y usar imágenes pornográficas ilegales. Dicen de sí mismos justamente en la red, su centro de operaciones:

Nuestro objetivo es ayudarlo a comprender y controlar sus deseos sexuales y fantasías sobre menores además de informarlo sobre las consecuencias de acceder o utilizar imágenes ilegales tanto para los menores implicados como para usted mismo. Croga.org se basa en la investigación financiada por el Programa Daphne.

Este programa fue creado por la Comunidad Europea para prevenir y combatir la violencia ejercida sobre los niños, los jóvenes y las mujeres y proteger a las víctimas y grupos de riesgo. A pesar de estos esfuerzos, la pornografía en la red es un negocio en crecimiento.

Todas estas organizaciones, desde su lugar y especificidad, luchan además para velar que se cumpla en cada uno de los países donde interceden la Convención Internacional de los Derechos del Niño.

Esta Convención y su implementación se convirtió en el segundo hallazgo de mi estadía en Florencia en aquel Congreso de 2002 contra el trabajo in-

fantil. Más que la Convención en sí misma, lo que llamó mi atención fue un hecho que se suele pasar por alto: este conjunto de normas fue el primero en su género y fue aprobado recién en 1989. Esto quiere decir que los niños son considerados sujetos de derecho desde hace menos de veinte años, antes de esta Convención no lo eran.

La Convención, ratificada por 191 Estados —sólo Estados Unidos y Somalia no lo han hecho— opera como marco jurídico para defender los derechos de todos los niños y niñas. En ella se considera “niño” a “todo ser humano menor de dieciocho años de edad, salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría de edad”. Más allá de la firma por parte de los distintos países y de la insoslayable importancia jurídica, sus principios son tinta sobre papel y poco más. Tampoco operan sobre la vida concreta de los niños. La tercera cosa que me sorprendió y que me hizo llegar a las conclusiones por las que sostengo que los organismos de la ONU no parecen totalmente eficientes, que los tratados internacionales aparecen como débiles y que las ONG a veces dan en el blanco y otras tantas marchan a la deriva más allá de las nobles intenciones de todos, fue la voz de los niños mismos. Desde chicos que cosechan algodón en el sur de Estados Unidos hasta nenas nigerianas explotadas en el trabajo doméstico o chicos y chicas de la India obligados a prostituirse o nenes peruanos autoliberados del trabajo infantil y convertidos

en militantes de sus propios derechos. Estos chicos contaron sus historias y mandaron a callar a los adultos pidiéndoles justamente eso, que dejaran de hablar de una vez y que actuaran para frenar la injusticia en la que otros adultos los habían metido. En estos relatos, si bien la pobreza se convertía en el puntapié inicial de todas las injusticias, también la maldad, la impunidad, la ignominia, la falta de educación, la segregación, el prejuicio y la manipulación formaban parte del cóctel que tienen que tragarse millones de chicos en todo el mundo.

Hasta que asistí al Congreso contra el trabajo infantil en Florencia, había vivido casi toda mi vida en Buenos Aires, una ciudad que había cambiado en treinta años: durante mi infancia y adolescencia apenas se veían nenas o nenes vendiendo flores, más tarde se poblaría de niños limpiando parabrisas o mendigando, y en la última década cantidades enormes recogiendo cartones junto a su familia o solos. Hasta Florencia había vivido con la impresión ingenua y equivocada de que sólo en países como en el que nació, donde la desnutrición y el hambre dibujan un porcentaje inaudito de chicos que deben vivir bajo la línea de pobreza, podían llevarse adelante abusos de todo tipo.

Pero lo que se dio a conocer en ese Congreso fue lo suficientemente poderoso como para que me impulsara a pesquisar cuál era la situación de la infancia en otras partes del mundo, más allá del panorama desolador de los chicos argentinos a los que se

sumaba una historia única de este país, la de los bebés apropiados por la última dictadura militar.

Fue en Florencia donde reconocí de una vez que la infancia en todo el mundo se encuentra en estado de emergencia. Y de esa emergencia “global” era de lo que me interesaba dar cuenta en este libro.

Mi libro ideal se convirtió en imposible. La idea original consistía en viajar al lugar del caso sobre el que quería escribir y vivir allí por un tiempo. No conseguí suficiente financiación para ese libro. De todos modos, seguí con mi pesquisa y encontré otra forma de abordar el tema, una manera posible: investigar los casos a través de los testimonios de quienes sí pudieron acercarse al hábitat del niño, de archivos, de algunos viajes que sí pude costear para narrar una historia, y de numerosas entrevistas. Los datos que encontré junto a las historias que cuento en este libro abarcan a ricos y pobres, a morochos y rubios, a habitantes del norte y del sur.

En treinta y cinco países —como Uganda, Sri Lanka, Reino Unido, Costa de Marfil, Colombia y Estados Unidos— entre trescientos y quinientos mil niños son reclutados para la guerra. Doscientos cincuenta millones son obligados a trabajar. Pedófilos violan y matan en pueblitos tranquilos de Europa y tras los muros de casas de buen pasar se tejen historias pavorosas: abusos sexuales, asesinatos, enfermedades infligidas, negligencia que conduce a la muerte. Y las calles, muchas veces el último refugio de niños pobres de numerosas ciudades —como

Moscú, Nápoles o Tegucigalpa— se convierten en trampas mortales donde se suceden ejecuciones sumarias por parte de escuadrones de la muerte, donde el crimen organizado no duda en usar a los chicos como mensajeros o eslabones fundamentales para el ejercicio de la criminalidad, donde todos, los que sobreviven y los que mueren, son víctimas porque les roban la infancia y muchas veces junto con la infancia se les arrebató la vida, literalmente. Detrás de cada abuso hay un adulto que entrega, que mira, que concede, que abandona, que no lucha, que es cómplice. ¿Pudo hacer otra cosa o también él es víctima?

Niños son pequeños relatos de horror —de un horror inmenso—, grandes historias invisibles de la vida real, escritos desde mi vergüenza de adulta, de una infancia que ya no tiene derecho a la inocencia: ella también mata, delinque, viola, estafa cuando no encuentra el camino para transformarse en defensora de sus propios derechos; derechos que deberían ser resguardados por los adultos a los que les corresponde cuidar a los niños, defenderlos, alimentarlos, darles educación, una luz para el futuro.

Los chicos, de este modo, se convierten en el espejo vicioso e impotente de sus propios verdugos.

CRISTINA CIVALE

Buenos Aires, agosto de 2006

Vittoria

Loretta Zen se despierta esa mañana de mal humor. Le duele la cabeza y cree haber tenido pesadillas, como si alguien en el medio de sus malos sueños le hubiese susurrado una noticia brutal. El asunto es que no puede recordar lo que le han dicho y eso la irrita aún más. Desde que cumplió los treinta y uno se siente así: irascible, inquieta, triste. Todo parece enturbiarse con la muerte de su padre y ni el nacimiento de Vittoria, su segunda hija, puede calmar ese dolor. Loretta Zen adoraba a su padre quizá más que a nadie en el mundo y su desconsuelo, ahora, parece no tener fin.

Está segura de que con el tiempo se calmará, que se le irán los ataques de rabia, los arrebatos de llanto y los raptos de tristeza. Ya se le pasarán, los médicos se lo prometieron. Le han recetado unas pastillas. A veces las toma y otras tantas, no. La ingesta le quita los arrebatos, los ataques y los raptos pero

no le deja nada más que una inmensa sensación de vacío. A veces cree ser un vegetal y todavía aspira a ser una persona.

No es la primera mañana que amanece con esa sensación y sabe que no será la última por un largo tiempo. Tendrá que acostumbrarse, tendrá que domar su inquietud y tirar las pastillas a la basura definitivamente. Pero hoy no se atreve, tal vez mañana.

Sin abrir los ojos estira la mano para comprobar si su marido aún duerme. Necesita imperiosamente un abrazo. No hay rastros de su cuerpo y su parte de la cama destila frío y ausencia. También para él es difícil verla así. Loretta Zen teme que la abandone, por eso necesita recuperarse pronto. No está dispuesta a perder a otro hombre amado. Hace un esfuerzo y abre los ojos, respira hondo y se sienta en la cama. Gira la cabeza hacia el reloj despertador, todavía no son las ocho. Malditas las ganas que tiene de salir de la cama. Estira el edredón. Ya es mayo, plena primavera, pero ella tiene frío. Manotea un suéter que suele dejar sobre un sillón al lado de la cama. Se lo pone arriba del pijama de frisa con florcitas. Pasa de largo el espejo empotrado en la pared, junto al tocador. Desde la combinación imposible de la muerte de su padre y el nacimiento de su hija su cara algunas veces la avergüenza y otras muchas más la asusta, como si no fuera de ella, como si los gestos que pueden combinar sus ojos, su frente y sus cejas la cubriesen de una perplejidad

ajena. Antes de atravesar la puerta de su dormitorio y de dirigirse a la cocina a prepararse un café rápido que quizá pueda sacudirle la modorra y el malestar, su marido y sus dos hijas entran en la habitación como una tromba.

Venanzio la abraza y le tiende a Vittoria, que maniobra con dificultad un radiante ramo de margaritas y no deja de sonreír. Elisa, su hija mayor, se esconde tímidamente detrás del padre. Sostiene un paquete envuelto con papel de regalo, de esos que se compran en el supermercado. Contiene una caja multiuso que le han hecho fabricar en la escuela. Ella es la primera en hablar.

—Feliz día de la madre, mamá.

Loretta Zen se siente más avergonzada que nunca. Quién sabe la cara que tendrá, cómo estará su pelo, qué olor saldrá de su boca y ese pijama floreado... Apenas besa a Elisa, esquiva la boca de Venanzio al que le devuelve a Vittoria como si se tratase de un paquete. Pobrecita, su bebé no merece una madre llena de malos olores y de esa agitación que no le permite abrazarla. Se ha olvidado completamente de los festejos y quizá son precisamente los festejos los que la angustian.

La nena, que apenas tiene ocho meses, se pone a llorar, todavía sostiene las margaritas en las que Loretta Zen ni siquiera ha reparado. Elisa —toda una mujercita, ya está por cumplir los once— la rescata de los brazos de su padre y la aúpa. Vittoria, sin embargo, sigue llorando.

—Me doy un baño y desayunamos todos juntos en la cocina. No tardo ni diez minutos —comunica Loretta Zen a su familia.

Su marido bufa y Elisa baja la mirada, desilusionada. Ha preparado una mesa de desayuno excepcional: un mantel blanco prestado por su abuela, flores que ella misma ha cortado por ahí y una extraordinaria cesta de frutas pretendían ser el lujo que quería ofrecerle a su madre en su día. El café está humeante y ha preparado unas tostadas de pan alemán que en pocos minutos se convertirán en pedazos de goma.

Venanzio recurre a la paciencia que ha empezado a desarrollar desde el nacimiento de Vittoria y como si el desplante de Loretta no hubiese existido, sigue adelante con los planes del día.

—Apurate que en media hora me vienen a buscar. Acordate que hoy corro la maratón. Nosotros empezamos a desayunar.

Loretta Zen ya se encuentra bajo la ducha y no oye lo que le dice Venanzio. Piensa en qué ropa se pondrá, en el regalo que no le ha comprado a su propia madre, a cuya casa irán a pasar el día. La tibieza del agua le produce un bienestar infinito y luego de cuarenta y cinco minutos sale del baño. Es bastante más tiempo del que le ha prometido a su familia. Antes de vestirse con sus mejores ropas, un jean y un suéter liviano rojo que le ha regalado Venanzio el año anterior, se toma la medicación, una ración doble: quiere que sea un gran día. El fallo de

la mañana no puede volver a repetirse. Se echa un perfume dulce y parece sentirse de mejor humor: la mezcla del buen olor y los químicos le producen ese efecto de inquietante tranquilidad.

En la cocina no queda nadie. Una taza tapada con un plato corresponde al café que su hija le ha preparado. No hay rastros ni del mantel ni de las flores ni de las frutas. En cambio sí encuentra un par de tostadas ya untadas con dulce y el ramo de margaritas que Vittoria había sostenido durante la mañana temprano. Se toma el café rápido y sale al jardín con el ramo en la mano, dispuesta a estrenar su nuevo humor. Afuera juegan Elisa y Vittoria. Loretta Zen se une a ellas, preguntándose dónde se habrá metido Venanzio.

Venanzio Compagnoni se encuentra en la habitación que usa para sus entrenamientos caseros, un cuartito adosado al garaje. Ahora está haciendo las últimas pruebas para correr la maratón de Morbegno, cerca de Santa Caterina de Valfurva, el pequeño pueblo montañoso en el que vive con su familia. A sus treinta y nueve años su estado físico luce envidiable y no es la primera maratón a la que se atreve. Es un verdadero amateur. Ahora hace unos ejercicios de precalentamiento en una cinta de calidad dudosa que ha comprado en las ofertas de invierno del año anterior. Es todo lo que pudo permitirse. Trabaja como conductor de una camioneta duran-

te diez horas diarias para una imprenta de la zona. Si bien siempre ha soñado con practicar esquí o snowboard porque su casa se encuentra muy cerca de pistas maravillosas, tiene que conformarse con ver cómo esquián los otros, tiene que arrumbar su sueño para otra vida. Vive en el sitio más cotizado del mundo para realizar esquí de fondo. En su pueblo se encuentra la peligrosa y tentadora pista Valtellina, con anillos de cinco y diez kilómetros, que muchas veces ha sido el punto para la realización de importantes competencias internacionales y de tantas Copas del Mundo. La pista se extiende a lo largo de mil ochocientos metros, entre una amplia llanura y bosques encantados, con descensos comprometidos y difíciles y con desniveles de entre ciento noventa y trescientos noventa metros.

En el medio de semejante provocación de la naturaleza, Venanzio debe resignarse a sus maratones. Pero no se queja: su familia es lo más importante. Trabajar para ella, para su bienestar y felicidad.

Junto a sus tres hermanos se anota en todas las maratones que se organizan en la región. En realidad se trata de caminatas a lo largo de la montaña a paso vivo. En ellas tiene que gastar poco y nada: un par de zapatillas, cualquier ropa cómoda y abrigada y sobre todo su resistencia. Y de eso, le sobra.

Venanzio y su familia viven en Santa Caterina, junto a otros dos mil cuatrocientos habitantes. Es el típico pueblo de montaña alpino enclavado en los Montes de Valfurva en la provincia italiana de Son-

drio, lindante con Austria. Allí ha conocido a Loretta Zen hace doce años. Le atrae su figura pequeña, su timidez y su sonrisa. No sabría qué responder si ahora alguien le preguntase si todavía sigue enamorado, en realidad no sabe si alguna vez lo ha estado. A los veintisiete ha sentido la necesidad de sentar cabeza y montar una familia. Ha conocido a Loretta Zen y fue suficiente. *Tutto qui*. Nunca más se preguntó nada. Siguió trabajando con la camioneta y engendraron dos hijas. Es cierto que ha sufrido cierta desazón cuando Loretta tardaba en quedar embarazada, los diez años que separan a sus dos hijas no tienen que ver con que él no haya cumplido con sus obligaciones de marido. Los humores zigzagueantes de su mujer han impedido la llegada de un nuevo vástago, eso han dicho los médicos. Pero desde hace ocho meses la vida les ha regalado una nueva hija: Vittoria, la más deseada, la más amada. En eso piensa Venanzio mientras termina de vestirse y arma un bolso con la ropa que usará para el almuerzo. Luego se dirige a buscar a su familia.

Van a pasar el día en la casa de su suegra, doña Onorina, que necesita de todos los cuidados, dada su reciente viudez.

Loretta juega con Vittoria, a la que sostiene en brazos, mostrándole cómo se deshojan las margaritas para descubrir si un chico te quiere o no. Vittoria ríe porque le causa gracia la caída de los pétalos sobre la tierra, pero la verdadera interesada es

Elisa, ya en edad de preocuparse por esos inconstantes palpitaes del corazón.

Apenas Loretta ve a Venanzio, deja a Vittoria sobre el césped y va al encuentro de su marido. Esta vez es él quien esquiva su boca sin demasiado disimulo. Se han demorado por culpa de Loretta y las chicas han desayunado envueltas en una tristeza que le cuesta justificar. Hace más de doce años que está casado con su mujer y todavía no termina de conocerla. Loretta no es un misterio que le guste. Es un misterio que está ahí, a la cabeza de su familia, mano a mano con él y frente a eso no hay nada que hacer. En su pueblo la gente no se divorcia. Aguantan juntos la vida que les toca.

—Vamos, todos al coche —grita Venanzio—. Los dejo en la casa de Onorina y me voy a Morbegno. Me siento un ganador. Hoy no va a ser cualquier día.

Loretta entra en la casa y arma rápido un bolso con ropa de Vittoria mientras Elisa hace lo suyo y lleva con orgullo y esmero el regalo para su abuela: otra caja multiuso envuelta en papel de supermercado.

Cuando llegan al coche, Venanzio ya ha acomodado a Vittoria en su asiento de bebé. Le toca la panza, blandita, sensible, y la nena grita de felicidad: adora las cosquillas.

Viajan algo más de media hora hasta la casa de Onorina, en Paris, otro pueblo pequeño en el valle de Valfurva.

Venanzio, apenas estaciona el coche, baja la silla de la bebé, se la endosa a Loretta que intenta vol-

ver a besarlo pero Venanzio hace como que no se da cuenta y vuelve al coche volando. Se muere de ganas de correr, de tirar toda la mala energía que viene acumulando en esos meses. ¿O en esos años?

Las tres mujeres ven partir el coche, y la única que agita el brazo en forma de saludo es Vittoria. Elisa mira la cara de desconcierto de su madre. No se le ha escapado lo del beso. A Elisa su mamá, muchas veces, le da pena. Y quizá por eso la toma del brazo y con dulzura la invita a entrar en la casa de la abuela.

—Mami, entremos a saludar a la abuela. Trajiste el postre, ¿no?

Loretta Zen le sonrío a su hija y se maldice. Ni postre ni besos ni nada. Ya le dirá a su madre. Ya verá cómo consigue no enfurecerla.

Onorina es poco compasiva. Le recrimina a su hija que se abandone a sus llantos en vez de cuidar de sus hijas. Va a ser difícil que la perdone.

La casa de Onorina es pura agitación. Todo el mundo está allí. Los dos hermanos de Loretta y sus hijas; la madre de Venanzio y las mujeres de sus hijos, los mismos que corren la maratón. Entre tanto alboroto, Onorina prefiere no azuzar a su hija. Se ha dado cuenta de que no hay regalo ni postre. No es que le moleste no tener un presente o una torta más que poner en la mesa, no puede entender cómo su hija se distrae de ese modo, descuidando a sus hijas. Elisa tiene el pelo hecho un lío y Vittoria lleva un conjuntito con olor a rancio, seguramente

de un vómito de la mañana que Loretta no ha tenido el cuidado de cambiar.

Onorina besa a su hija tratando, por esa vez, de no recriminarla, se lleva a Elisa al baño y le hace un fantástico peinado con su pelo largo y lacio, una banana en la nuca que sostiene con horquillas. Luego, con cuidado husmea en el bolso que ha traído Loretta y le pone a Vittoria ropas limpias y le rocía la piel con gotas de su propio perfume. Vittoria está feliz con su abuela. Es un bebé tranquilo que se adapta a los brazos de quien quiera alzarla.

Onorina deja a Vittoria en las rodillas de su hija y Loretta la hace jugar al caballito, agitándola suavemente con su rodilla derecha. La nena se deja mirar con tranquilidad y gusto.

El resto de las mujeres organiza la larga mesa y pone a punto el almuerzo que promete una gran comilona. En efecto, el menú es succulento. Dos antipastos de carpaccio, un primero de ravioles rellenos con salsa de queso y dos segundos: conejo y pollo con verduras. Tortas de chocolate y fresas de postre, más café y limoncello.

Todos devoran y hablan poco a pesar de que empezaron la comida con un brindis: Venanzio llegó en el puesto treinta y cuatro haciendo el recorrido en una hora con veinticuatro minutos y cuarenta y siete segundos, a quince minutos del ganador, el entrenadísimo americano Josh Cox y muy lejos del último concursante, otro italiano que llegó en el puesto cuatrocientos cuarenta y cuatro. Nada mal para

un camionero que se entrena esporádicamente algunos fines de semana.

El almuerzo es largo. Levantan la mesa casi a las cinco de la tarde. Venanzio decide ir a cargar nafta a la zona franca de Livigno, cerca de la frontera con Austria. Elisa insiste en acompañarlo y se va con su padre. El resto de la familia abandona la casa de Onorina en dirección a sus propias casas y Onorina, aprovechando la partida de todos y el buen tiempo, decide ir a dar un paseo y quizá visitar a algunos vecinos. Le da un beso a Loretta y otro a Vittoria. Su hija parece tranquila, concentrada como nunca en su maternidad.

Es así como Loretta Zen se queda sola con su hija. La acuna durante unos minutos y luego decide llevarla a la cama de su madre para hacerla dormir una siesta. Antes de acostarla, un olor la perturba. Es olor a caca, a caca de su nena. Y Loretta Zen no soporta ese olor. Envuelve a Vittoria en una manta y se dirige a la cocina. Busca entre los estantes y encuentra el jabón para lavar la ropa delicada. Carga el lavarropas con el jabón. Abre la pequeña puerta por donde se introduce la ropa y allí, sin dudar, arroja a su hija que huele a caca junto con la manta. Cierra la portezuela y elige el programa de lavado más largo.

Se queda parada frente al lavarropas mirando cómo gira el agua, el jabón, la manta y su hija y en ese estado medio catatónico la encuentra su marido cuando regresa de cargar nafta junto a Elisa.

Desesperado, ni siquiera le pregunta qué pasó. Detiene el lavarropas y trata de abrir la puerta. No puede. Llama por el móvil a su cuñado, que llega en pocos minutos y juntos fuerzan la puerta. Allí está arrollada Vittoria, totalmente morada, sin olor a caca, muerta. Llega Onorina, que se lleva a Elisa afuera.

El lavarropas completó el programa, incluso el del centrifugado, y la bebé murió ahogada en el largo proceso.

Loretta Zen parece no saber qué ha hecho. Pregunta por su hija. Intuye que algo terrible ha sucedido. Pero no sabe de qué se trata o quizá disimula. “Salven a mi Vittoria, por favor”, suplica. Pero nadie la escucha. Ella es la asesina.

Al poco tiempo llega el resto de la familia. También llega la policía, a la que uno de los hermanos de Venanzio se ha ocupado de llamar. Han sido el mismo Venanzio y Onorina quienes acusaron, sin dudas, a Loretta Zen. Todos sabían de su depresión, de sus humores raros, de sus medicinas. Pero esa tarde parecía feliz con sus hijas, contenta con su vida, y nada, según ellos, hacía suponer lo que sucedió después, de lo contrario no la hubiesen dejado sola con sus lúgubres e incontrolables pensamientos, con ellos y con Vittoria.

Loretta Zen fue detenida dos días después bajo el cargo de homicidio voluntario agravado por parentesco. En un principio declaró que confundió a su hija con la manta, pero el interrogatorio tenaz de

la policía le arrancó la verdad y, no sin vergüenza ni dolor, Loretta Zen declaró que había sido ella misma quien había colocado a su hija en el lavarropas. No pudo explicar las causas. No mencionó la palabra “caca”. Todo sucedió en el atardecer del domingo 12 de mayo de 2002.

El 8 de enero de 2004, Loretta Zen fue absuelta, libre de culpa y cargo. El juez Antonio De Rosa, teniendo en cuenta los testimonios y pruebas aportados por un psicólogo y un psiquiatra que atendieron a Loretta Zen en los últimos años, consideró que, en el momento de los hechos, es decir cuando asesinaba a su hija de ocho meses, se encontraba enajenada. Por eso declaró a Loretta Zen inimputable.

Loretta, Venanzio y Elisa viven hoy en la misma casa de la que partieron esa mañana de mayo, luego del sueño maldito y del amanecer tortuoso de Loretta. En el pueblo no se han tomado medidas especiales de seguridad. El juez no considera a Loretta Zen un peligro público. En Santa Caterina de Valfurva nadie confiesa temerle a Loretta.

Sin embargo, todos la tratan con el distante respeto que se les dispensa a ciertos locos.

Esta joven italiana pasará a la historia por haber convertido a un común electrodoméstico en una sofisticada arma y por haber puesto en el blanco a su propia hija. Sea cual fuere el pensamiento que pasó por su cabeza en ese momento, Loretta Zen lo vio claro y no falló.

Iqbal

Por las calles malolientes y empobrecidas de Muridke, un pueblo de la tumultuosa provincia de Punjab, un chico de cuatro años corre cargando dos baldes con agua. Allí, en Punjab, la segunda provincia en cantidad de habitantes de la República Islámica de Pakistán, en el centro sur de Asia, los recipientes quiebran en dos el cuerpo frágil y diminuto del niño que corre con dificultad, encorvado, resistiendo con sus pies veloces los ruidos quejumbrosos de un estómago mal alimentado. Allí en Pakistán, donde viven ciento cincuenta millones de personas —el setenta por ciento, analfabetas—, el niño corre con la respiración entrecortada llevando dos recipientes que, llenos, pesan la mitad de su propio peso, algo menos de doce kilos. Va desde la única canilla que vierte agua en cuatro kilómetros a la redonda hasta su casa que se encuentra a unos trescientos metros de la canilla. Allí lo esperan las

vecinas que recogen los baldes llenos y otras que les dan los suyos vacíos. Y nuevamente el niño moreno, enjuto y bajito, retoma su recorrido. Los pies descalzos del pequeño están sucios y de ellos asoman algunas llagas, producto del calor de la piel frotando con la tierra. Va de aquí para allá bajo la mirada de su madre que, sentada en el umbral de su casa, manipula un puñado de billetes, un manojo de rupias que ya sabe que no le alcanzan para nada, al menos para nada de lo que se propone. La madre observa a su hijo: sabe que ésa será la última vez en la que fatigará su cuerpo en busca de agua. Para mañana y para el resto de los días de la vida del pequeño, la mujer está urdiendo otros planes. El niño de cuatro años pasa a su lado varias veces cargando siempre los baldes con agua, es el encargado de proveer a su barrio del líquido para cocinar, lavar e higienizarse.

Su madre siente pena por él y ese sentimiento no tiene que ver con el peso del agua ni con los pies arrastrados de su hijo menor sirviendo a su barrio. Su dolor proviene de la decisión que acaba de tomar luego de contar sus rupias manoseadas e inservibles. La mujer, Inayat Bibi Masih, ha decidido que venderá a su hijo pequeño, el menor de sus cuatro vástagos, el que corre con los baldes, su bien más preciado. El niño se llama Iqbal Masih y mientras acarrea el agua para sus vecinos, le sonrío a su madre sin saber lo que ella está tramando. Ante la última sonrisa de Iqbal su madre baja la mirada,

avergonzada por su decisión, y sin dejar que corra ni una lágrima por las mejillas de su rostro determinado, decide que por hoy ya es suficiente. Llama a Iqbal y le ordena que deje los baldes. Van a entrar en la casa. Iqbal, feliz por poder terminar de cargar semejante peso, corre a los brazos de su madre que no se cierran en un abrazo. La mujer sabe que tiene que ser fuerte, si lo piensa dos veces puede llegar a arrepentirse y ése es un lujo que no puede darse. En cambio, empuja a su hijo suavemente por la espalda y lo guía con su mano hacia dentro. Sólo entonces, cuando sabe que Iqbal no puede verla, Inayat les permite a sus ojos la llegada de las lágrimas.

Esa noche Inayat prepara una buena cena para Iqbal, carne con arroz, y no deja que sus demás hijos manoteen de su plato. Su marido, Saif, hace tiempo que los ha abandonado e Inayat debe cuidar sola de su familia.

Mientras Iqbal come, Inayat prepara la ropa con la que lo vestirá por la mañana. Su mejor pantalón y su camisa más nueva pasan por el calor de la plancha y quedan impecables para el uso. Falta poco para mañana, algo menos de doce horas y cuando ese tiempo llegue a su fin la vida de Iqbal cambiará para siempre. Corre el verano de 1986 y las cosas se han puesto difíciles para Inayat y su familia. Ha llegado el momento de casar a su hijo ma-

yor y como es costumbre en Pakistán para conseguir una buena boda, la familia del novio debe contar con una dote. El noventa y ocho por ciento de la población pakistaní profesa la religión islámica y según las normas que rigen a partir de ella en esta parte del mundo, el hombre debe casarse joven —antes de los veinticinco— y tiene que pagar una dote a la familia de la mujer que luego será su esposa. Los hombres solteros no son bien vistos en la sociedad islámica pakistaní, donde el matrimonio está estrictamente ligado al dinero, el poder y la reproducción de la especie, pocas veces con el amor. El matrimonio es un acuerdo exclusivamente económico ejercido por dos familias para garantizar su mutua descendencia. Por eso Inayat tiene urgencia, porque no tiene nada para vender y ofrecer como dote; ni joyas ni tierra ni casa y, como muchas familias de su condición, espera que su hijo menor llegue a una edad en la que pueda ser vendido a un buen precio para conseguir la dote para el hijo mayor. Es muy común entre las familias musulmanas pobres de Pakistán sacrificar a un hijo para garantizar la vida de otro que por ser mayor cuenta con el privilegio y el permiso de aceptar el sufrimiento de su hermano. Aslam es el hermano mayor de Iqbal, aquel por cuya boda él será vendido. Aslam está por cumplir los veintitrés, bordeando la edad límite para casarse. Si deja pasar el tiempo, ya será tarde y pondrá en peligro la descendencia de su familia y su propio futuro. Aslam no quiere ser como

tantos otros jóvenes pobres que son tratados como lúmpenes por falta de una esposa, no quiere juntarse en los bares a tomar té o jugar al dominó con los hombres desterrados de una vida digna, repitiendo maníacamente gestos adustos, ensombrecidos, cargados de la soledad de unos días que se consumen ya apagados. La venta de su hermano es algo natural, es la ley de la vida.

En realidad lo que hace Inayat, la madre de Iqbal, no es exactamente venderlo. El trato consiste en dar a su hijo al patrón de una fábrica de alfombras a cambio de un préstamo —llamado *paishgee* en Pakistán— que se paga con el trabajo del niño. La fabricación de alfombras constituye el ochenta por ciento del trabajo artesanal en la República Islámica de Pakistán y a ese trabajo se dedican las familias más pobres. Algunas pocas instalan telares en sus casas, la mayoría trabaja en las barracas establecidas por una cadena de propietarios que son a su vez quienes manejan el negocio de la exportación y del turismo.

Como en la usura más tradicional, el patrón-prestamista no desea que le devuelvan el dinero; prefiere refinanciar una y otra vez la deuda: así la esclavitud se perpetúa mientras el trabajador tiene capacidad de trabajo; si se enferma no se descuenta la parte correspondiente de su salario.

Desde hace varias generaciones la familia Masih vive, como tantas otras, a la espera de ese momento de desahogo que consiste en la marcha del hijo va-

rón, al taller, a la fábrica de ladrillos o al campo, los trabajos destinados a los pobres y ellos lo son. Desde hace varias generaciones, también, para estas cuadrillas de obreros asalariados desprovistos de sus tierras ancestrales arrebatadas por las sucesivas dictaduras, los paishgee conseguidos gracias a la venta de sus hijos encarnan un desahogo a corto plazo y la desdicha eterna. No existe, sin embargo, otra salida; ni siquiera conciben que en otro lugar del mundo se pueda vivir de una manera diferente. Ése es todo el mundo que conocen. Es todo su mundo.

Las deudas contraídas de ese modo pesan en adelante como una espada que pende sobre la cabeza del niño vendido. El propietario lo explotará hasta la saciedad para recuperar la cantidad de su préstamo. Hasta algunas veces concediéndole un derecho de vida o de muerte.

Inayat sabe que el hecho de pedir prestado dinero al futuro patrón de Iqbal volverá al niño vulnerable a sus peores exigencias.

Según la costumbre, los patronos recuperarán el dinero prestado descontando la mitad del salario mensual acordado con sus obreros esclavos. Lo que fuerza a estos últimos a permanecer a su servicio hasta la restitución total de la deuda inicial. A los patronos les produce una alegría infinita ver a las familias de sus esclavos pidiendo nuevas cantidades antes de que el miserable salario haya redimido la deuda anterior. Por ello, normalmente, el paishgee no se amortiza nunca.

Arshad Mahmood se encuentra como siempre sentado a la sombra en el corral de su taller cuando Inayat se presenta ante él. Esa mañana la mujer se ha levantado más temprano que de costumbre y delicadamente prepara a su hijo con las ropas que ha planchado por la noche, ha alisado su pelo fino con un poco de gomina y le hace calzar su único par de sandalias nuevas de cuero para la gran ocasión. Arshad tiene reputación de ser un hombre bueno y recto. Además su aspecto afable contrasta con las miradas torvas de los capataces ordinarios. De entrada él se diferencia de los otros, a menudo enganchados al alcohol o a la droga. Pero ésa es la única diferencia, Arshad sabe ser tan brutal como cualquiera y puede ser más despiadado que cualquiera.

Como la mayoría de los patronos tejedores, Arshad no posee los cuatro telares de tejido de su taller. Es socio de Rafik y dependen a su vez de un mayorista de Lahore, la capital de Punjab. Es el mayorista el que a su vez les impone a Rafik y a Arshad las condiciones para el maltrato de sus niños trabajadores.

Una rupia por día (dos centavos de dólar) y eso si cumplen el trabajo ordenado: no hay límite de horas, deben trabajar hasta terminar de tejer el plan acordado en el día: generalmente los planes de trabajo exceden la capacidad de una jornada común

de ocho horas y los niños se encuentran trabajando más de doce horas diarias.

Unido a Rafik por un contrato oral, Arshad constituye el último eslabón de una cadena compleja de intermediarios característica de la industria de alfombras pakistaní, donde se dibuja un perverso recorrido: de las barracas, donde niños y niñas son explotados, hasta los camiones que llevarán las alfombras fuera del país con el nombre de *kilims* o alfombras persas, la más barata cotiza trescientos dólares, suma que un niño tarda cinco años en ganar tejiéndolas. A Arshad no le importa maltratar a sus trabajadores, tiene que cumplir con condiciones de producción muy estrictas que de no ser cumplidas le harán pagar multas a él, y con tal que esto no suceda no duda en hacer trabajar a los niños hasta sus últimas fuerzas y con los métodos necesarios para que cumplan sin rendirse ni protestar.

Como todos los patrones de fábricas de hilados, Arshad es inflexible con los plazos descontados en los salarios de los trabajadores.

Convencido de las ventajas del paishgee y de la autoridad que este tipo de contrato ejerce sobre los niños y hombres, recibe a Inayat.

Arshad negocia con la madre el paishgee que le asegurará sobre el niño un derecho perpetuo. Por un préstamo inicial de seiscientas rupias (alrededor de doce dólares) y con la garantía de que Inayat podrá recurrir a otros préstamos en cualquier momen-

to si el trabajo de su hijo es satisfactorio, el hábil empresario toma prestado al niño. En un comienzo, Iqbal será un esclavo por un año sin descanso. Cualquier enfermedad o nuevos préstamos alargará la esclavitud.

Con las exigencias de la familia, el paishgee no cesa de crecer a medida que aumentan los préstamos solicitados por Inayat: cuatro mil rupias el primer año, seis mil el segundo... La deuda contraída sobre el niño continúa aumentando con la boda de Aslam. Conforme a los deseos de la madre, el hermano mayor de Iqbal puede satisfacer sus necesidades adquiriendo, antes de casarse, tres muros de ladrillos recubiertos por una chapa donde podrá vivir.

Arshad descuenta puntualmente la mitad de la paga de Iqbal con el fin de reembolsarse los préstamos que pide su madre, dejando solamente para el niño una pequeña cantidad que Iqbal entrega siempre a su familia. El engranaje empeora por las malversaciones del empresario, que impone a los niños esclavos del taller toda clase de penalidades destinadas a alargar la duración del reembolso de su paishgee. La deuda llega en 1992 a doce mil rupias cuando había comenzado siendo de seiscientas. Para ese entonces Iqbal ya tiene diez años y hace seis que es esclavo. No ha podido descontar la deuda y parece que el tiempo para hacerlo no tiene fin.

Durante todos esos años su vida ha ido repitiendo una misma rutina de trabajo inaudito, de malos

tratos e innumerables desconsideraciones y castigos. Apenas tiene tiempo para salir del taller, regresar a su casa y dormir unas pocas horas, nunca más de seis. No hay juegos ni escuela ni ningún tipo de diversión. No tiene fuerzas de jugar al cricket, su deporte favorito.

De este modo Iqbal se ha levantado todas las mañanas a las cuatro de la madrugada, ha recorrido la distancia que separa su casa del taller de Arshad, que lo busca puntualmente cada día en su camioneta. Llega al taller, donde algunos de sus compañeros pasan la noche, acurrucados entre sí y agotados por el trabajo del día anterior, y su labor recomienda. Comparte una pequeña habitación con otros veinte chicos trabajadores. La habitación tiene las ventanas tapiadas para evitar que entren insectos que puedan dañar la lana con la que se tejen las alfombras. Los niños respiran un aire tórrido y viciado y apenas pueden ver lo que hacen ya que todo el espacio está iluminado por una pequeña lámpara que cuelga de un cable desde el techo. Iqbal se sienta sobre una plataforma de madera de frente al telar, en otros talleres los chicos se sientan en almohadones o en hoyos cavados en el piso para tener mejor acceso a los telares.

Cada mañana es el inicio de quince horas ininterrumpidas de trabajo, dedicadas a reproducir los gestos inmemoriales de los tejedores persas. Iqbal se ha convertido en un autómatas hábil, sumiso a la norma de todos los aprendices de alfombras: una ti-

ra de papel llena de signos en *talim* y atada con una cuerda de hilos se convierte en la fuente de inspiración de su trabajo mecánico.

Importado de Irán hace varios siglos, el talim es un lenguaje de signos, compuesto por una decena de letras y acentos destinados a indicar a los obreros analfabetos el color y el número de nudos que tienen que efectuar. Iqbal nunca fue a la escuela y no sabe ni leer ni escribir. El talim es imprescindible para él. Un punto es un hilo. Un acento grave significa el color azul. Una especie de acento circunflejo designa el color rojo. El plano de la alfombra se encuentra indicado en estos trozos de papel, cuyos signos y motivos a tejer son complejos. Las alfombras que representan escenas de la vida cotidiana o monumentos célebres, necesitan decenas de horas para ser transcritas en talim. Las alfombras normales son fabricadas según una simple hoja con una decena de signos.

Iqbal se desloma construyendo este tipo de alfombras cada día, hasta el punto de conocer de memoria la colocación de los hilos y colores. Tiene prohibido hablar con sus compañeros mientras trabaja, el patrón considera que pueden distraerse de su trabajo y cometer errores. La concentración es crucial. Si se distrae o cabecea por el sueño, se puede lastimar con las cuchillas afiladas del telar o clavarse alguna de sus agujas. Una vez una pequeña falta de concentración le valió una herida profunda en su pulgar izquierdo. El patrón enloqueció, asus-

tado por que la lana pudiera mancharse con sangre. Para cortar la hemorragia le coloca el dedo en un recipiente con aceite caliente. El aceite caliente es un elemento muy usado como medio de castigo, si los chicos tratan de escapar de su trabajo o dejan de hacerlo para descansar unos minutos, el patrón los mete de cuerpo entero en un tacho de aceite hirviendo. De este modo Iqbal aprende a trabajar más allá de su agotamiento. Cada día puede parar media hora para almorzar. El patrón le proporciona una pequeña porción generalmente de arroz con lentejas a la que, en días de abundancia, le agrega algo de verduras. De todas maneras, Iqbal y los demás chicos deben pagar por su comida, cuyo costo se agrega al préstamo. Las distracciones en el trabajo o las enfermedades no son permitidas, no hay días libres por enfermedad. Peor aún, los chicos enfermos son encerrados en cuartos oscuros, llamados cuartos de castigo, o colgados con la cabeza hacia abajo hasta que dejan de quejarse por su enfermedad. No tienen ningún día libre. Pero Iqbal, a diferencia de sus demás compañeros, protesta y las protestas le valen o castigos, como latigazos en la espalda o en la cabeza, o algo mucho peor para él: una multa. Es decir, el aumento de la deuda y del tiempo en que debe permanecer bajo las órdenes del patrón que lo esclaviza.

Estriadas por grietas jamás cicatrizadas a fuerza de manejar hilos y utensilios cortantes, las dos manos de Iqbal terminan por parecerse en poco

tiempo a las de un viejo campesino. Las posiciones en el trabajo le han impedido crecer normalmente; la tos seca, provocada por la inhalación masiva del polvo de las fibras, sacude su cuerpo huesudo. Delgado y bajito de nacimiento, padece raquitismo crónico agravado por la mala circulación sanguínea.

Los años en el taller de Arshad le consumen su cuerpo. Iqbal, a la edad en que los niños pasan el tiempo en los patios de la escuela, desprende una imagen desoladora, la de un niño con un cuerpo de anciano.

Iqbal rellena las filas de estas legiones de niños explotados, pequeñas bestias al servicio de los patrones tan numerosos como poco escrupulosos. En las hilanderías, en las fábricas de ladrillos, en las granjas, en los garajes, en las fábricas... una multitud.

Las condiciones de trabajo a las que es sometido en su taller de tejidos son representativas del calvario de esos niños vendidos prácticamente al mejor postor. Con todo, aunque parezca increíble, en Pakistán existen lugares de trabajo y confinamiento mucho peores.

Se trata de las fábricas de ladrillos. En ellas se gesta el movimiento contra el trabajo esclavo que será clave en la vida de Iqbal. Todas las fábricas de ladrillos ofrecen el mismo espectáculo de obreros abandonados, flotando en su amplia camisa sucia

por el polvo y acompañados de toda su familia. Hombres, mujeres, niños... todos empleados en la misma tarea: asegurar en una jornada el máximo de ladrillos. Espectáculo medieval dominado por el color rojo ocre de la arcilla sobre la que resalta el blanco inmaculado de las camisas limpias de los *jamadar*, contra maestres muy ricos. El jamadar era en el antiguo ejército indio el equivalente a un teniente. Estos intermediarios temedores y temidos son contratados por los propietarios para vigilar las ventas de ladrillos, para pagar al personal y para ocuparse de la contabilidad de la empresa. Tienen vía libre para castigar y sacar el mayor provecho de sus obreros y con la ferocidad de un teniente hindú es como tratan a quienes trabajan para ellos. Sobre esta falta de escrúpulos se construye su riqueza.

En estas fábricas, a menudo poseídas por pequeños patrones musulmanes ávidos de ganancias, el sistema del paishgee está muy extendido. Cuanto más se produce, más se paga. Apresurado de reembolsar su paishgee, el obrero hace trabajar a su mujer y a sus hijos a su lado para aumentar al máximo la productividad y descontar más rápido la deuda. La dureza empleada por los contra maestres hacia los empleados constituye la imagen diaria de estas fábricas. Doce horas al día, bajo un calor tórrido, todas las generaciones están presentes alrededor del horno central. Desde los cuatro y cinco años, trabajaban desde la mañana hasta la noche en recoger

con las manos el barro sacado por su propio padre con la ayuda de una herramienta.

El trabajo de estos niños, algunas veces más pequeños que los montones de ladrillos apilados, consiste en llenar de barro las pequeñas carretillas que su madre o sus hermanos y hermanas mayores llevan a otro miembro de la familia, encargado de comprimir la tierra en el molde de hierro blanco. Los ladrillos acabados se apilan horizontalmente para secarlos. Después, al día siguiente, caminando en cuclillas entre las filas, los más jóvenes se encargan de llevarlos uno a uno, antes de amontonarlos y, una vez secos, los colocan alrededor del horno. Se forman entre las columnas de ladrillos una especie de pozos donde colocan el carbón destinado a cocerlos.

Todos los ladrillos que no resultan perfectos constituyen deducciones en el salario o, peor aún, son objeto de una retención de dinero. Como en los talleres de tejidos, los patrones de ladrillos utilizan sin vergüenza toda clase de artificios para colocar a sus empleados en una situación de dependencia total.

Recurren a dos métodos complementarios: hacen contraer a sus jornaleros préstamos más elevados y juegan con sutileza con la interrupción del trabajo por la estación del monzón. Sin trabajo, por la llegada de las lluvias, las fábricas cierran provisionalmente. La mayoría de los obreros se quedan sin recursos durante cuatro u ocho sema-

nas, período en que se puede incrementar la necesidad de pedir préstamos. Por las condiciones del tiempo la fábrica cierra y no hay trabajo. Si no hay trabajo no hay dinero y la única manera de obtenerlo es a través de un nuevo préstamo que se sumará a la deuda todavía sin pagar. Una pesadilla sin fin.

Cuando las fábricas abren, el mal sueño se reanuda. Tienen prohibido salir sin autorización, carecen de cuidados en caso de enfermedad, de defensa en caso de violación o de otras formas de abuso sexual o, peor todavía, son susceptibles de ser vendidos como vulgar ganado humano por su patrón a otra fábrica de ladrillos, añadiendo su comisión al paishgee de los obreros vendidos, la cual se eleva algunas veces a miles de rupias. El comprador realiza lo mismo, aumentando la deuda de la familia que no lo descubrirá hasta más tarde. Así, la venta se convierte en otra forma más de cerrar el círculo infernal del paishgee. Si el cabeza de familia muere, el total de la deuda contraída se transfiere a la esposa y a sus hijos. Y si éstos son incapaces de fabricar diariamente el mismo número de ladrillos que su padre, todos son separados, la madre vendida por un lado y los hijos por otro. Algunos propietarios consideran que el hecho de poseer una credencial sobre estas familias les da el derecho de acosar sexualmente a las esposas e hijas. Otros no dudan en encerrarlas en cárceles privadas hasta que éstas cedan sus cuerpos.

El Bhatta Mazdoor Mahaz (Frente de los Trabajadores de Ladrillos) es creado en 1967 por Ehsan Ullah Khan, un joven estudiante de derecho de Lahore, para defender a los trabajadores de las fábricas de ladrillos. Al poco tiempo, se constituye, con medios escasos, en un grupo de presión agrupando a periodistas y a intelectuales izquierdistas, y en un sindicato fuerte uniendo a los obreros pobres para la defensa de sus derechos. El Bhatta Mazdoor Mahaz llega a ser la única fuerza de agitación y de oposición que se esfuerza en defender por todo Pakistán a los trabajadores esclavos. Esta tarea militante que conduce a sus miembros y a Ehsan Ullah Khan a atravesar las provincias, con el fin de entrar en contacto con el mayor número de obreros, les hace correr serios riesgos para su seguridad personal. Su vida se encuentra amenazada permanentemente aunque en su recorrido no sufren ellos mismos ningún atentado. Es dentro de las fábricas donde se libra la batalla. Los patrones amenazan a los trabajadores con quitarles su fuerza de trabajo, su única arma para pagar el paishgee, y los trabajadores, conscientes, aceptan con humillación la esclavitud. Es tan impensable no pagar la deuda como difícil hacer comprender la ignominia de la esclavitud a una clase dominante de feudales acostumbrados, de padres a hijos, a abusar de la voluntad de sus empleados y de sus criadas.

Con el tiempo, el frente se transforma en el Frente de Liberación del Trabajo Forzado (FLTF) e incluye a todos los trabajadores en estas condiciones. Recorren Pakistán tratando de sensibilizar a los trabajadores, de mostrarles que hay otra vida posible. Se suceden mitines en las plazas donde arengan a los trabajadores para que no contraigan más préstamos, intentan enseñarles cómo independizarse de sus patrones, tratan de crear los medios para que los trabajadores se organicen entre ellos y formen sus propios talleres de alfombras, sus pequeños corralones de ventas de materias primas; luchan por conseguir para todos una independencia económica. Pero el miedo es el mayor enemigo y la prédica muchas veces no rinde sus frutos. Los trabajadores eligen seguir con los préstamos, es también difícil hacerles creer en la fuerza de su trabajo sin el cual sus patrones no serían nada.

Mientras el frente recorre Pakistán, llega a Muridke, el pueblo de Iqbal. Para ese entonces Iqbal ya ha sufrido malos tratos de parte de Arshad y por desobediencia lo han atado al telar, el castigo mayor. El pequeño enclenque que ha empezado a trabajar a los cuatro años, decide rebelarse definitivamente a pesar del miedo. Cuando Ehsan Khan recalca en Muridke se encuentra con Iqbal en el rincón de una sala luego del mitin en la plaza. Su descripción del pequeño tejedor de alfombras es estremecedora: "Tenía diez años y la respiración de un anciano. Me pareció aterrorizado". Aquel encuentro casual cam-

bia la vida de Iqbal. El contacto con una voz nueva y diferente le hace perder poco a poco el miedo atroz a un patrón que no ha dudado en azotarlo. De la noche a la mañana, sin más apoyo que su tesón, se convierte en un improvisado líder sindical. Denuncia públicamente las condiciones laborales, el horario y el régimen esclavista que condena a la miseria y a la muerte a muchos niños como él en todo Pakistán.

Su voz es escuchada y numerosas asociaciones humanitarias comienzan a prestar atención a una situación que infringe los derechos infantiles y que el Gobierno de Pakistán ha preferido ignorar a pesar de los acuerdos internacionales suscriptos. En 1992, el Islamabad, el partido en el poder, firma la Convención contra el trabajo infantil poco después de haber prohibido la esclavitud por deudas. Sin embargo, tales medidas del gobierno de Benazir Bhutto, nulas en la práctica, no consiguen frenar la codicia de los patrones que esclavizan a más de cinco millones de niños pakistaníes menores de catorce años.

Lo que no consigue la tímida voluntad política amenaza lograrlo Iqbal Masih, que ya atrae el interés de numerosas organizaciones internacionales. Así prosigue, incansable, su lucha. Una mañana decide no regresar nunca más a la fábrica, un gesto que para muchos ha significado su segura condena a muerte. Cambia el telar por las plazas y por la denuncia. Dentro de su cuerpo diminuto se esconde

un líder natural. Y a eso dedica su vida, a ser un niño militante por los derechos de los niños con el objetivo de acabar con la plaga del trabajo infantil que involucra a más de doscientos cuarenta y seis millones de niños en todo el mundo. Y por primera vez comienza a ir a la escuela. Su voz y su físico frágil llegan a conmover tanto a quien lo escucha, que la misma primera ministra Bhutto endurece las leyes que regulan el trabajo infantil. Al mismo tiempo, numerosas fábricas de alfombras son cerradas en la región de Lahore.

A pesar de las amenazas de muerte, Iqbal rechaza la escolta policial, incluso trasladarse a la capital o a un lugar más seguro. Prefiere quedarse entre los suyos, entre los parias y los desposeídos. Y allí, en Muridke, en diciembre de 1994, recibe una invitación para acudir a Boston a recibir el premio Reebok para la Juventud, instituido para reconocer las actividades a favor de la infancia. Durante esa aparición pública concede un reportaje a la cadena CBS en el que se denuncia cómo la misma empresa que le otorga el premio utiliza mano de obra infantil en sus fábricas de Pakistán. El premio consta de veinte mil dólares. Iqbal tiene doce años y sueña con usar el dinero para fundar una escuela donde puedan estudiar y recuperarse los niños que han pasado por la esclavitud. Pero sus sueños no se quedan allí. Quiere estudiar abogacía cuando sea mayor para poder defender a los niños que trabajan, para lograr liberarlos del trabajo y llevar-

los a las escuelas, el lugar donde todo niño, cree Iqbal, debe estar.

Meses después realiza una acción en Estocolmo, en la sección de alfombras de unos famosos almacenes suecos. Una cámara de televisión —cuyas tomas se retransmiten en todo el mundo y también en Pakistán— muestra a Iqbal, vestido a la europea, mientras toca las alfombras chinas, hindúes y pakistaníes para mostrar la calidad del tejido y declara: “Me gustaría decir este mensaje: ¡no compren alfombras. Son confeccionadas por niños!”

Pero más allá de los premios y la militancia, Iqbal sigue siendo un niño y ahora, liberado de la esclavitud y sintiéndose útil en la causa de ayudar a otros niños, se permite gozar de juegos de niños. Le gusta andar en bicicleta y jugar carreras con sus amigos o primos. En una de esas tardes, concretamente el 16 de abril de 1995, mientras pasea en bicicleta con sus primos Liaqat y Fayad, es asesinado de un disparo. El crimen ha sido atribuido a la mafia de las alfombras. Los fabricantes se sintieron amenazados ante la militancia incansable de Iqbal que con su lucha vislumbraba lograr en poco tiempo verdaderos cambios en el trato hacia la infancia, desde el cierre de fábricas esclavas hasta la prohibición del trabajo por deudas. La policía es acusada de complotar con los asesinos. Muchos detalles de ese trágico domingo no han sido aclarados y el asesino jamás ha sido atrapado. Ha habido un solo detenido —probablemente un sicario— pero a los

pocos meses fue liberado. El Frente del Trabajo Forzado exige en vano que se haga justicia por Iqbal y que se condenen a quienes verdaderamente han encargado su asesinato. Nada sucede. El crimen sigue impune. Irónicamente, “Pakistán” quiere decir en la lengua urdu, la lengua oficial del país, la tierra de los puros. La pureza, sin embargo, no ha acariciado la vida de Iqbal.

Iqbal, trabajador esclavo y militante, no llega a cumplir los trece años. El día del entierro miles de personas acompañan el féretro. Entre lágrimas dan sepultura al defensor más elocuente de la causa más justa. Un sacrificio que aquel día suplican que no haya sido en vano.

A once años de su muerte, sin embargo, el trabajo infantil todavía azota a doscientos cincuenta millones de niños. Según el informe de 2005 de la Organización Internacional del Trabajo, setenta y tres millones son menores de diez años. Ningún país escapa a este fenómeno ya que existen dos millones y medio de niños que trabajan en los llamados países desarrollados y otros tantos en las consideradas economías de transición. Cada año mueren veintidós mil niños en accidentes relacionados con el trabajo. Ocho millones y medio de ellos están atrapados en trabajos esclavos, el tráfico de niños, la servidumbre por deudas, la prostitución, la pornografía y otras actividades ilícitas.

Ciento veinte millones de niños trabajan a tiempo completo, es decir, más de ocho horas diarias y

noventa millones trabajan al menos seis días a la semana. Ciento cincuenta y tres millones de estos niños viven en Asia, ochenta millones en África y diecisiete millones en América Latina.

Iqbal muere con su sueño partido, su corta vida no alcanzó para completarlo.

Sabine

Charleroi es una pequeña ciudad en el sur de Bélgica, en la provincia de Haute, que cuenta con algo más de doscientos mil habitantes. Todos ellos disfrutan de una buena calidad de vida. Ubicada a cincuenta kilómetros de Bruselas, la capital de Bélgica, la mayoría de los vecinos son propietarios de sus casas, tienen trabajo, un coche o dos, o un coche y una moto. Los jóvenes van a la escuela y luego de la secundaria suelen emigrar hacia alguna universidad de Bruselas o, los más ambiciosos, a alguna de las tantas de Francia. Muchos otros se quedan en la ciudad a continuar con la vida que han heredado de sus padres. Charleroi se caracteriza por una economía basada en empresas de nuevas tecnologías, telecomunicaciones y servicios. Es también un nudo importante de comunicación ferroviaria y de concentración de autopistas. Para moverse de un lado a otro del país, Charleroi se convierte en

paso obligado. No es un destino turístico muy concurrido, aunque cuenta con un aeropuerto internacional y hoteles cinco estrellas, como el palaciego Hotel du Ville, donde suelen alojarse hombres y mujeres que visitan la ciudad de modo efímero y por cuestiones de negocios. Franceses y luxemburgueses la eligen para pasar tranquilos fines de semana. Sin llegar a ser un sitio cosmopolita, aloja una variada cantidad de ferias internacionales como la de tatuajes y piercing, la de regalos y antigüedades y la de aeromodelismo. Cuenta con pistas de esquí de recorrido sencillo, por lo que también se convierte en destino para quienes comienzan a iniciarse en este deporte. A pesar de los visitantes extranjeros y de los de otras ciudades de Bélgica, es una ciudad tranquila y cerrada, donde la rutina de sus habitantes tiene horarios estrictos. De nueve a cinco se trabaja, por la mañana los chicos van a la escuela, los sábados se hacen las compras y se llenan supermercados y shoppings. Cuenta con una vida cultural módica, centrada en su Palacio de Bellas Artes, en un completísimo Museo de Fotografía y en una escuela de danza de fama internacional. Es una ciudad de trazos nítidos, que se puede recorrer a pie o en bicicleta, un medio muy usado por los más jóvenes.

El martes 28 de mayo de 1998, Sabine Dardenne, una chica como tantas otras de Charleroi, sale de su casa rumbo a la escuela. La noche anterior se ha peleado fuertemente con sus dos hermanas mayores y con su madre. Una pelea bastante común en

la familia, casi una rutina banal. La gran discusión se centra en quién debe pasear a Sam, el perro. Madre y hermanas coinciden en que es el turno de Sabine pero Sabine, aunque sabe que tienen razón, se niega. Detesta pasear al animal, prefiere quedarse en su casa jugando con su playstation, una de sus pasiones. Tiene doce años y fueron sus hermanas, de quince y diecisiete, quienes tuvieron el antojo de un perro; el animal a ella no le hace ninguna gracia. Se sale con la suya y su madre, para salvaguardar el ánimo de sus tres hijas, le pone la correa a Sam y lo lleva a dar una vuelta manzana. Sabine tiene un cuerpo de gnomo pero su carácter parece el de una leona. Su familia está acostumbrada a sus modos fuertes y si bien reconocen que es un punto de desarmonía dentro de la casa, también se sienten orgullosos de la independencia que demuestra en cada una de sus decisiones, aun en las más pequeñas, como esa rutina inocente de sacar al perro.

A la mañana siguiente de la pelea, durante el desayuno, se percibe la tensión de la noche anterior. Sólo el padre trata de distender el clima conversando con sus hijas, provocándolas para que hablen entre ellas. Pero Sabine permanece muda, como si le hubiesen hecho un desaire. Es el mismo padre quien acompaña a su hija más chica hasta la puerta de casa antes de que ésta se monte en su bicicleta y salga para la escuela unos minutos antes que sus hermanas, resentidas por su silencio. El padre trata de ser cariñoso, intenta besar a Sabine en la mejilla,

pero apenas puede rozar la suya con la de su hija. Está seguro de que por la noche ya se le habrá pasado el mal humor y esta suerte de venganza silenciosa y tirana que ejerce contra su familia. Son las siete y media de la mañana y queda un día intenso para aplacar los ánimos.

Sabine está en primer año de la secundaria y es una adolescente particularmente pequeña. A los doce años sus compañeras de escuela ya empiezan a perfilar su cuerpo de mujeres pero Sabine tiene un cuerpo delgado, de un metro cuarenta y cinco, y treinta kilos. Por lo demás, lleva una rubia melena corta y ligeramente enrulada, sus dientes sonríen desparejos y chiquitos, mostrando las encías rosadas. Es tan diminuta que nadie le cree en qué curso se encuentra, todos piensan que es al menos dos años menor de lo que declara. Al verla así pequeña y de apariencia frágil nadie, a primera vista, se atrevería a adivinar su carácter intrépido.

Es una mañana de primavera pero todavía hace frío y está oscuro. Sabine, montada en su bicicleta, una exclusiva y flamante Viking Dunlop que le ha regalado su tío hace pocas semanas, para Pascua, atraviesa a toda velocidad las calles desiertas de su pequeña ciudad. Carga su mochila roja y como siempre va apurada, le gusta llegar temprano, tener tiempo para ordenar sus cosas y conversar con sus compañeras.

Esa mañana lleva el boletín de calificaciones con un insuficiente en matemáticas. Le cuesta admitir

sus fallos, por eso el boletín está sin firmar. Ya pensará más adelante cómo se las arregla con esa firma. Las consecuencias no la desvelan.

Todas las mañanas suele pasar por la casa de una compañera de clase y juntas emprenden el camino hacia la escuela. Pero esa mañana su compañera no está esperándola frente al jardín de su casa, como de costumbre. Sabine no sabe si aguardarla o seguir de largo, pero finalmente decide continuar con su camino sola. No le gusta esperar. Apenas da unas pedaleadas cuando, a cincuenta metros de la casa de su amiga, siente el rumor de un coche que viene por detrás. Se trata de una furgoneta vieja, con dos asientos adelante y una cucheta atrás, con las ventanas y el vidrio trasero cubiertos de calcomanías variadas, por detrás de las cuales se ven colgadas con descuido un par de cortinitas sucias. Cuando la furgoneta la alcanza y se pone a la par, Sabine gira la cabeza. Un hombre conduce y otro va sentado a su lado.

“Estos tipos no se bañan desde hace días”, piensa mientras les echa una mirada rápida.

La camioneta frena junto a la bicicleta de Sabine, el hombre que no conduce se baja, arrebatando a Sabine de la bicicleta, le pone una mano sobre la boca y con la otra le tapa los ojos. El pie izquierdo de Sabine se engancha en el pedal pero el hombre tira, la arrastra, haciendo fuerza con sus manos que aprietan los ojos y la boca de Sabine. Consigue encerrarla en la parte de atrás de la furgoneta junto a la bicicleta.

Todo ocurre en un segundo y Sabine no logra entender qué le está sucediendo. Una vez en la camioneta, la misma mano que le ha tapado la boca intenta hacerle tragar unas pastillas con un sorbo de Coca-Cola. Sabine grita que la ayuden, que la dejen, aunque nadie la puede escuchar y el hombre le ordena callarse pero Sabine no le hace caso. Primero escupe las pastillas y la gaseosa y luego los increpa. Que quiénes son, que qué quieren, que adónde me llevan. Y con sus gritos aparece el miedo y para tapárselo llega una frazada desde delante de la furgoneta. Los tipos tratan de ocultarla de posibles testigos. Con la cubierta sobre su cuerpo siente que ha desaparecido del mundo y esa idea la petrifica. Deja de moverse, deja de gritar. Su miedo es tal que ni se le ocurre pensar en la posibilidad de escaparse del coche.

Por fin llegan a una casa en Marcinelle, una localidad pegada a Charleroi. La casa queda en una zona industrial, cercana a las vías del tren, parece que hace años que nadie le echa una mano de pintura. El hombre que conducía la camioneta se pierde en el interior y el que la ha arrebatado de su bicicleta la lleva a rastras —ahora con las dos manos tapándole la boca— hasta una habitación oscura. La encierra allí y le grita que se desnude. Sabine se queda quieta. El hombre levanta la mano como para pegarle, sus ojos irradian una violencia que inmediatamente hace reaccionar a Sabine, que baja la mirada, agacha la cabeza y empieza la ceremonia demorada de

quitarse la ropa: primero el pantalón, luego la camiseta y el suéter, más tarde el abrigo y finalmente las medias y las zapatillas y, por fin, la bombacha. No lleva corpiño. El hombre se enardece por la lentitud de Sabine y cuando finalmente logra tenerla desnuda frente a sí, la ata a una cama de dos plazas y sin sábanas con una cadena que le engancha al cuello y que va directo a la cabecera de la cama. Si Sabine se mueve, su cuello puede lastimarse con la cadena. La deja de este modo prácticamente paralizada. Sabine queda de espaldas, con su cuerpo tirante, dislocado. Solloza sin decir palabra. El hombre vuelve a levantar la mano, a amenazarla, nunca la golpea pero el solo movimiento de su mano aterroriza a Sabine. El hombre baja la mano sin dejar de mirarla con dureza, Sabine siente esa mirada en la nuca, entonces el hombre se acerca a la oreja derecha de Sabine, le susurra, casi rasgándole la piel, con su boca húmeda que se trague los mocos de nena cobarde.

Sabine hace silencio y en pocos minutos, tan demorados como el rito de su desnudo, siente el cuerpo del hombre por detrás, siente que todo su peso inmenso se mete dentro de su cuerpo de treinta kilos. Llega un dolor desconocido, mezclado con asco y desconcierto. Se siente aplastada, hundida en el colchón sucio, no tiene fuerza para sacárselo de encima. Casi no puede respirar. El hombre se mueve tras ella, jadea cada vez más fuerte y con su cuerpo enorme se traga el de Sabine, la agita de arriba abajo tomándola del pelo y haciendo rozar su cue-

llo frágil con la cadena. Tantea sus pechos, su panza, su vulva. Sabine no dice nada, no solloza, no grita, no susurra maldiciones. Y es así como pierde la virginidad.

Durante tres días, Sabine permanece encadenada a la cama y el hombre le roza, apenas, con leche la boca como único alimento. Y continúa su ritual de sexo agitado varias veces por día.

La noche del día del secuestro, cuando Sabine no llega como siempre a casa, sus padres creen que se ha fugado. Se suceden los llamados telefónicos a sus amigas, visitas a compañeras de la escuela y se enteran por éstas de la mala nota en matemáticas. Conocen la tozudez de la chica y creen que ese desliz en su carrera de buena alumna puede haber sido la posible causa de su huida. Confían en que aparezca de un momento a otro.

Pero pasa un día y el siguiente y el tercero. Entonces, alarmados, sus padres ya dan cuenta a la policía. Todo Charleroi amanece el 1º de junio con la foto del rostro de Sabine Dardenne empapelando las paredes con el rótulo de buscada. Los carteles con la foto pequeña, en blanco y negro, anuncian:

Menor desaparecida. Altura 1,45. Cuerpo pequeño, ojos azules, cabello rubio, de largo mediano. Vestida, en el momento de la desaparición, con zapatillas negras, jeans azules, remera blanca, pulóver rojo y

campera azul. Sabine tiene con ella su documento de identidad y su mochila, marca Kipling. Llevaba consigo alrededor de 100 francos belgas. En su bicicleta modelo VTT marca Dunlop, color verde metalizado, se encuentra escrito su domicilio en el portaequipajes donde también se encuentra la mochila roja. Fue vista la última vez en el camino de Aduenard, cerca del puente de la autopista que va en dirección a Tournai sobre las siete y media de la mañana del 28 de mayo de 1996. Si usted vio a Sabine o está en posesión de algún dato útil para localizarla, diríjase al destacamento de policía de Tournai.

La pegatina de los carteles ocurre el mismo día en que el hombre le quita la cadena y la traslada, dormida, a un sótano. Deposita el cuerpo inconsciente de Sabine en el piso y corre una puerta de cemento de doscientos kilos oculta detrás de una estantería. El sótano tiene una altura de un metro y medio, menos de un metro de largo y un metro veinte de ancho. El lugar es húmedo y no llega la luz del sol. El hombre deja que Sabine se recueste, siempre desnuda, en un catre escuálido. Cuando por fin se despierta, le da de comer algo sólido por primera vez, albóndigas de lata, una lata con fecha vencida que la suspicacia de Sabine no puede dejar de notar.

Es ese mismo día cuando el hombre le explica por qué está ahí, por qué la tiene oculta, por qué debe obedecerle. Finalmente es él, le mentirá, y nadie más, el que le ha salvado la vida.

Sabine no tiene idea de que ha sido secuestrada por Marc Dutroux, un pedófilo de cuarenta y pocos años que ya ha secuestrado y asesinado a cuatro niñas el año anterior: Julie Lejeune, Melissa Russo, Ann Marchal y Eefje Lambrechts. Niñas cuyos cadáveres están ocultos en el jardín de la casa donde tiene prisionera a Sabine. Niñas cuyos padres no conocen todavía su destino y cuyas fotos con el rótulo de buscadas ya se han perdido en los vericuetos de la burocracia belga.

Marc Dutroux es el mayor de cinco hijos. Nace el 6 de noviembre de 1956. Sus padres, ambos maestros, emigran al Congo Belga y regresan a Bélgica en 1960. Se divorcian en 1971 y Dutroux se queda con su madre, pero la deja a los dieciséis años cuando comienza a trabajar por un corto período acostándose con homosexuales. Se casa por primera vez a los diecinueve años y tiene dos hijos. Se divorcia a los veintisiete, cuando ya ha comenzado una relación con Michelle Martin, quien será su segunda esposa y quien se convertirá en cómplice del secuestro de las niñas. Dutroux, que dice ser un electricista desocupado, tiene una larga carrera criminal que se inicia con el robo de autos, contrabando y trapicheos con drogas. En febrero de 1986 Dutroux y Michelle Martin son arrestados por abuso y secuestro de cinco niñas. En abril de 1989 es condenado a veinticinco años de prisión y Michelle a

cinco. Dutroux y Michelle se casan en la prisión ese mismo año. En abril de 1992 Dutroux es liberado bajo palabra por buena conducta, luego de haber cumplido apenas tres años de cárcel. Michelle sale para la misma fecha. Después de ser liberado, el director de la prisión recibe una carta de la propia madre de Dutroux donde ésta le advierte de la peligrosidad de su hijo: es un hombre peligroso porque es un psicópata. A pesar de esta advertencia y luego de ser liberado, convence a los psiquiatras que lo atienden en la cárcel de que es una persona discapacitada, lo que da como resultado que comience a recibir de por vida una pensión del gobierno. También comienza a recibir sedantes. Esas cajas de rohypnol son las que usa para dormir a sus víctimas luego de los secuestros. El rohypnol ha sido motivo de preocupación en los últimos años debido a su abuso como droga para la llamada violación por acompañante, *date rape*. La droga puede administrarse a la persona sin que ésta se dé cuenta y al mezclarse con alcohol puede incapacitar a la víctima y evitar que ésta pueda resistir un asalto sexual. Produce efectos sedantes-hipnóticos, incluso relajación muscular y amnesia. El uso ilícito de rohypnol comenzó en Europa en 1970; en los años 90, se comenzó a conocer como “rocha” y en inglés como “rophies”, “roofies”, “roach”, “rope”: la droga para el “date rape”.

Dutroux llega a tener siete casas. Tres de éstas son usadas para secuestrar y torturar a las niñas a las que hace circular de un lugar a otro. En tanto, se gana la vida contrabandeando autos a la República Eslovaca y a Polonia.

Julie Lejeune y Melissa Russo, ambas de ocho años, son secuestradas juntas el 24 de junio de 1995. Dutroux abusa sexualmente de ellas y produce videos pornográficos junto a uno de sus cómplices, Bernard Weinstein, que sólo las registra en video pero no las viola.

Ann Marchal, de diecisiete años, y Eefje Lambrechts son secuestradas el 22 de agosto de 1995 también juntas. Secuestrar a dos amigas juntas es en principio el patrón de Dutroux. Ann y Eefje son secuestradas mientras acampan en Ostende, probablemente por otro cómplice de Dutroux, Michel Lelièvre, el mismo que lo acompaña en el secuestro de Sabine. Lelièvre es adicto a la heroína y es lo que recibe como única paga por su trabajo con Dutroux.

Todas las niñas secuestradas son encadenadas en el sótano y violadas de a una por vez. Las primeras en morir mientras intentan huir son Ann y Eefje, las mayores. El estudio de sus cuerpos da como resultado que fueron asesinadas pocas semanas después de su secuestro. En tanto, las niñas más pequeñas siguen secuestradas y abusadas por Dutroux. Lelièvre no participa en las violaciones y la esposa de Dutroux, Michelle, está al tanto de lo que sucede con ellas pero no interviene. Su complicidad

ha sido su indiferencia. A tal punto que cuando a finales de 1995, Dutroux es detenido durante dos semanas a causa de una investigación por autos de lujo robados, regresa a su casa y encuentra a las niñas Melissa Russo y Julie Lejeune muertas por inanición. Su mujer no se ha ocupado de darles de comer, aun sabiendo dónde se encuentran. Su otro cómplice, Bernard Weinstein, encargado de cuidarlas y filmarlas, es asesinado por Dutroux por no alimentarlas. Primero le corta los testículos y luego lo entierra vivo junto a los cuerpos de las niñas que ha dejado morir de hambre.

Dados los antecedentes de Dutroux, cuando se producen los secuestros de las dos últimas jóvenes —las mayores, las que intentan escapar en vano— la policía allana la casa de Dutroux el 15 de diciembre de 1995 pero su pericia es pobre. Los policías no encuentran el sótano ni el cuarto contiguo donde viven las chicas mientras no son violadas. En el momento de la requisa, las dos niñas pequeñas todavía están vivas. Dutroux es descartado como posible culpable. Se sospecha que la impericia de la policía no es casual.

Mientras los cuerpos de las cuatro niñas secuestradas y asesinadas se descomponen bajo los pastos secos del jardín de Dutroux, éste le cuenta a Sabine la fábula de su propio secuestro. Le dice que él trabaja para un hombre poderoso que tiene cuentas

pendientes con el padre de Sabine. El padre de Sabine es un ex policía. Dutroux siempre estudia a sus víctimas antes de secuestrarlas. Trata de conocer parte de su historia para tener información para manipularlas. No las elige por su apariencia. Las chicas no tienen ningún parecido físico entre sí. Julie tiene el pelo largo y castaño. Es la más bonita y su sonrisa es impecable. Ann es una adolescente con look punk y sexy; Eefje, en cambio, parece una muchacha de aspecto corriente. Dutroux sólo se asegura de que circulen por lugares donde no pueda haber testigos del secuestro.

Estudia de modo básico su entorno para después poder manipularlas con información precisa sobre sus vidas.

Es lo que hace con Sabine, que presta atención a sus palabras. A la niña el relato le parece creíble, pocos saben que su padre ha trabajado para la fuerza pública. Dutroux le cuenta que este hombre, por venganza, quiere extorsionar a su padre con la desaparición de su hija más querida y que él, Marc Dutroux, por compasión la ha escondido en ese sótano para salvarla de la amenaza de su jefe que podría llegar a matarla si sus padres no obedecen sus órdenes. Le cuenta, también, que por decisión propia se ha puesto en contacto con su familia pero que sus padres, asustados por las consecuencias que todo esto podría llevar a sus propias personas, prefieren darla por muerta, canjear su vida por la salvación de ellos.

Sabine cree todo palabra por palabra. Se acuerda de la pelea con su madre y con sus hermanas. Quizá nunca la perdonarán. Se desmorona por el falso abandono y a partir de ese día comienza a escribir cartas a su familia rogándoles por su vida, prometiendo ser una mejor hija, hacer puntualmente los deberes, agradecer la comida diaria, su cuarto cálido, su bicicleta, sus libros, en fin, la vida maravillosa que ahora siente que ha perdido para siempre y que no sabe cómo recuperar.

Puede escribir las cartas porque Dutroux le ha permitido quedarse con su mochila roja, donde guarda cuadernos, bolígrafos, marcadores de colores. Y de ahí en más su mochila roja será todo su mundo. El sótano sólo tiene la cama pequeña y una lámpara de mesa de luz apoyada sobre el piso.

Las cartas, donde señala puntualmente qué cosa siente cada día, se convierten en su único desahogo. Dutroux promete despacharlas por correo pero nunca lo hace. Las cartas —escritas en hojas que arranca de su cuaderno— se acumulan bajo el colchón donde duerme Sabine que sólo así se siente menos sola, hablando desde las cartas con su familia, dejando constancia de su ternura y también de su ingenuidad, de su miedo por no poder volver nunca más a su casa. En una de las primeras misivas dice:

Me encantaría estar allí, en casa, con ustedes. Hay, además, un pequeño problema con las cartas. El amigo del tipo que me cuida no quiere darles las

cartas en mano porque dice que es peligroso. Parece que las va a despachar por correo. El tipo que me cuida los va a llamar por teléfono no sé cuándo ni sé adónde. Si a casa o si a casa de la abuela o de algún otro.

Más adelante en la misma carta, cuenta:

Ayer me pude dar un baño. Mejor dicho me di su baño porque me dejó lavarme en el agua que él ya había usado. Me frotó fuerte la piel con la mano y así se me formaron ampollas y quedé toda roja. (...) Cómo extraño el baño de casa, la calefacción, acá el piso está todo sucio, no hay cortina, el jabón y el champú son malos y me siento siempre sucia.

En otra carta, relata:

Mi ropa huele tan mal que me la sacó él para poder lavarla. Me dio una camiseta suya liviana y corta, de esas que se adhieren al cuerpo y también me dio la parte de abajo de un traje de baño. Mamá, si te llama por teléfono, decile cómo tiene que hacer para lavar mejor la ropa porque por más que la lava siempre parece sucia.

En otra carta se atreve a pedir:

Me gustaría que pudiesen pagar el dinero para que me devuelva (a casa). Sé que necesitarían pedirle la

plata a alguien porque habría que pagarle mucho. El jefe del tipo cree que estoy muerta, entonces al tipo habría que darle mucha plata para que se calle y me suelte. A propósito, ¿cómo tomó la familia todo esto? ¿Y en la escuela? (...) Espero poder seguir escribiéndoles, en el caso de que no pueda continuar por mucho tiempo, quiero desearles a todos las cosas más maravillosas posibles. Espero que piensen en mí. Los quiero mucho. Les deseo buenas vacaciones, díganle a este señor si están trabajando o si salen de vacaciones y adónde van a ir y hasta cuándo.

En una de las cartas más conmovedoras, escribe en el sobre que está dirigida exclusivamente a la madre:

Mamá, si supieses las cosas que tengo que soportar. Dice que tengo que “hacer el amor” con él y que después se me van a pasar todos los dolores, que debería besarle vos sabés cómo y dónde y cada vez que viene tengo que besarlo en la boca (puaj, puaj). Ya sé que se lo pedí muchas veces, pero para mí es absolutamente necesario que me saquen de acá. Al principio podía aguantar, pero ahora pasó todos los límites.

Sabine se cuida de dar más detalles sobre lo que Dutroux la obliga a hacer pero siempre insiste con una idea que se va a ir repitiendo en todas las cartas:

El otro tipo me cree muerta, por eso hay que conseguir mucha plata. Él quiere un millón pero si consiguen tres, yo sé que es mucho, seguro que me deja libre. Lo sé porque le pregunté qué pasaba si ustedes pagaban, si me dejaría libre y él me respondió: sí!!! (...) Espero que puedan ganar al Lotto o a cualquier concurso de la tele. O a lo mejor se pueden poner de acuerdo con el resto de la familia de modo que cada uno ponga un poco de plata. (...) En este tiempo pensé en muchas cosas del pasado y en todas las veces que me porté mal y en la que no los quise como debería, pero si vuelvo les prometo que no va a volver a pasar. Me dije que si todavía estoy viva es porque el Señor lo quiere, porque quiere darme otra oportunidad, para que pueda mejorar en las cosas que digo, que hago, que vivo y es por eso que me tracé una serie de objetivos para cuando llegue esta NUEVA VIDA.

Sugestionada por Dutroux, Sabine pide una y otra vez lo mismo. Cree que su familia la ha abandonado por no ser una buena hija y en sus cartas surge la voz de una nena desesperada, totalmente manipulada por las mentiras de Dutroux. Y lo deja claro en una de las últimas cartas:

Quizá no les hice ver lo suficiente cuánto los quiero pero de verdad quiero mucho a todos. Les prometo que voy a sacar a pasear a Sam (el perro) mucho más seguido. Créanme que los quiero mucho.

Sabine habla poco con el hombre, a pesar del miedo, a pesar de hacerle caso y de poner el cuerpo a su disposición cada vez que se lo pide, acumula odio que despliega en las palabras vertidas en las cartas donde lo llama “el imbécil, el monstruo, el retardado”. Con todo, Dutroux la deja viva más tiempo que a las demás. No se sabe si es azar o un extraño cariño. Al mes comienza a llamar a Sabine “mi amor”, se dirige a ella como “mi mujer”. Sabine lo relata en las cartas e intuye que es una estrategia que despliega el “imbécil” para manipularla, para hacerla más sensible a sus necesidades sexuales.

Junto a las cartas y desde el primer momento va contando, secretamente, los días que pasa en cautiverio.

A veces Dutroux la saca del sótano y la lleva al cuarto de los primeros días, prefiere la cama grande para sus ritos sexuales. Allí hay una televisión y una playstation.

Y los días pasan todos muy parecidos entre sí. Uno, dos, tres, cuatro y Sabine cuenta hasta setenta y dos. Más de dos meses en los que sigue comiendo comida vencida frente al hombre que ostenta succulentas comilonas que comprenden carne, verdura fresca y algún postre. Su única diversión consiste, algunas veces, en mirar una televisión siempre anclada en un canal de pago sin decodificar luego de las dos de la madrugada, “cuando el imbécil ya ha satisfecho sus apetitos sexuales”, cuenta en las cartas. Sabine sólo ve rayas y escucha palabras defor-

madras. No puede ver los noticieros, no logra enterarse de que toda Bélgica la está buscando, que un gran operativo se ha desplegado en el país y que, a pesar del paso de los días, ni sus padres ni sus amigos ni las autoridades han cesado la búsqueda. Tiene la playstation con un único juego. Pero las vejaciones, la rutina agobiante y la soledad logran enajenarla. Y cuando ya pasan los setenta días de cautiverio, de ritos sexuales que cada vez le dan más asco, de suciedad que ya no puede soportar, cuando ya se le van las ganas de todo, de jugar siempre al mismo juego, de ver un monitor con rayas y hasta de escribir las cartas en las que ruega por su rescate, cuando ya pierde toda esperanza de volver con su familia, tiene una idea.

Ocurre en el día número setenta y dos, luego de haber sufrido vejaciones que no consigue contar a diferencia de los días que transcurren tediosos y convulsionados por las violaciones constantes, es en ese día cuando por primera vez la gana la desesperación y le exige al hombre, casi enloquecida, que le traiga a una amiga. No soporta más la soledad de ese agujero oscuro, de esa cama sucia, del ruido impreciso de la televisión, de la mugre de su ropa —la misma que llevaba la mañana en que se dirigía a la escuela—, de las comidas enlatadas, del silencio obligado, del pan que se enmohece, de su cuerpo manoseado contra su voluntad, de su cabeza que la machaca llena de pensamientos oscuros. Y el hombre parece obedecerle. En el día número setenta y

cuatro de su cautiverio le cuenta que tiene una sorpresa, que ha cumplido su deseo, que efectivamente le ha traído una amiga. Sabine no le cree, piensa que es alguna patraña por la que le pedirá más a su cuerpo que ya ha sangrado por primera vez en ese sótano haciéndola pasar oficialmente de la infancia a la adolescencia. Es luego del anuncio, pocas horas después, cuando llega al sótano Laetitia Delhez, apenas dos años mayor que Sabine, una nueva víctima que ya ha pasado como Sabine por el cuarto principal y por los ritos de la cama sin sábanas y la cadena al cuello.

Laetitia llega medio dormida. Ella sí se ha tragado las pastillas que Dutroux le ha dado. El primer día lo pasa prácticamente durmiendo y cuando se despierta apenas puede hablar con Sabine. Dutroux las está vigilando. Pero al segundo día las deja solas y las chicas pueden hablar.

Laetitia no reconoce inmediatamente a Sabine. Primero se presenta, le cuenta que ha tomado unas pastillas que la tienen como una zombi. Y le relata cómo la secuestró. Cuenta que la tarde anterior había ido a la pileta con una amiga y su hermano y que como tenía la menstruación había decidido no meterse en el agua. Aburrida de ver a los demás nadar sin poder hacerlo, decide volver a su casa y es en el camino cuando la encuentra y la mete en la furgoneta.

Laetitia le dice a Sabine su nombre y a su vez le pregunta cómo se llama y es cuando escucha el

nombre “Sabine Dardenne” que se da cuenta. Recuerda que ha visto sus fotos en los muros de las calles de Charleroi, que ha visto su cara una y otra vez en la televisión. Y entonces se lo dice, le cuenta que todo el mundo la busca, que nadie sabe dónde se encuentra, que su familia está desesperada. A pesar de las evidencias, Sabine no logra procesar la información. Se le confunden los relatos, todavía cree en las palabras del hombre, en su padre extorsionado, en el rescate no pagado, en el abandono. Parece haber perdido la razón. Y cuando lo cree todo perdido, ocurre lo inesperado.

Fuera de la casa de Marc Dutroux, un joven ha presenciado el secuestro de Laetitia y ha llegado a anotar el número de la matrícula de la furgoneta casi completo. Con estos números y la descripción detallada del coche, el juez Jean Marc Cannerotte, que lleva la causa, descubre en seis días la identidad del secuestrador. Y no pierde un segundo desde el descubrimiento de la identidad de Dutroux hasta ejecutar su detención.

La policía llega a la casa de Dutroux, lo acorrala, no le deja escapatoria y éste los conduce, muy a su pesar, a la puerta de cemento de doscientos kilos tras la cual se esconde el sótano donde tiene ocultas a Sabine y Laetitia.

Cuando la luz entra en el refugio de Dutroux luego de ochenta días, Sabine no sabe qué hacer. Ve a

Dutroux, ve a la policía y se paraliza. Dutroux, con un gesto de la mano, le indica que salga. Sabine cree que por fin el hombre ha conseguido salvarla, que se ha animado a dar parte a la policía y convencer a su familia del rescate. Confundida, sale del sótano y lo primero que hace es besar en la mejilla derecha a Dutroux.

—Gracias —murmura, sinceramente agradecida.

Ocho años después Sabine Dardenne, con casi veinte años, se encuentra sentada en el juzgado de Arlon donde tiene lugar el juicio por el que finalmente se condenará a cadena perpetua a Marc Dutroux, conocido ya como el monstruo de Marcinele, por el asesinato de cuatro niñas y el secuestro y abuso de otras dos, la misma Sabine y Laetitia Delhez. Los únicos crímenes de su autoría que han sido probados, pero existe una fuerte convicción de que ha habido más que la impericia de la policía y de los funcionarios ocupados de manejar el caso Dutroux no han considerado.

En el transcurso de la investigación que lleva a Dutroux al banquillo de los acusados toman estado público y extraoficialmente, no como carácter de pruebas, muchas irregularidades que demoran el juicio y su posterior condena. Sabine Dardenne fue encontrada en 1996 y el juicio por su secuestro y abuso ocurre recién ocho años después. Entre otras cosas, se ignora el hecho de que mujeres jóvenes co-

mienzan a desaparecer cerca de las propiedades de Dutroux poco tiempo después de su liberación bajo palabra en 1992. Se pasa por alto una segunda carta escrita por la madre de Dutroux a los funcionarios judiciales en las que da cuenta de que su hijo vende mujeres jóvenes para una cadena de prostitución. La policía no da a conocer todas las pruebas condenatorias, entre las cuales se encuentra la declaración de un miembro de la policía en la que se confirma un intento de soborno en 1993 por el cual Dutroux le ofrece entre tres mil y cinco mil euros si contribuye al secuestro de niñas con fines de venta a cadenas de prostitución. Incluso mientras las niñas estaban desaparecidas, un magistrado ocupado del caso olvida decir a su reemplazo que existen seis niñas desaparecidas. Tiempo después, en 1995, el mismo policía que denunció el soborno cuenta a la policía que él tuvo conocimiento que Dutroux estaba construyendo un sótano para esconder a las niñas que vendería luego a una red de prostitución. Las pistas vitales de niñas desaparecidas fueron ignoradas. Además del allanamiento fallido a la casa de Dutroux en diciembre de 1995, existió otro a comienzos de 1996 que revistió la misma y curiosa impericia. Pasaron años hasta que la policía hizo caso a sus informantes. La mayor irregularidad consiste en el despido del juez que logra atrapar a Marc Dutroux. Se trata de Jean Marc Cannerotte, quien es relevado de sus funciones luego de haber asistido a una cena con los familiares de las víctimas. Acusa-

do de imparcialidad, se lo despide de su cargo. Este hecho hace estallar a la comunidad belga, que organiza una manifestación multitudinaria, la más grande luego de la Segunda Guerra Mundial. Se llama “la marcha blanca” y acuden trescientas mil personas. Es encabezada por los padres de las cuatro niñas asesinadas. También asisten Sabine y Laetitia. Familiares de niñas y jóvenes desaparecidas han comenzado a llamar a Marcinelle, el refugio de Dutroux, la Ciudad Juárez belga, aludiendo a la ciudad fronteriza mexicana donde han desaparecido miles de mujeres sin, todavía, una explicación certera ni culpables condenados. Estos familiares insisten en afirmar que Dutroux actuaba para una cadena de pedófilos y satanistas o bien para una red de prostitución en la que habrían estado involucradas prominentes figuras del gobierno. El mismo Dutroux confiesa que actúa para una red para amortiguar su condena. Pero sus declaraciones son vagas y no da nombres concretos. En 2003 Sabine Dardenne concede su primera entrevista a la prensa en la que declara que, según lo que ella misma ha podido observar, cree que Dutroux actuaba solo. Ese mismo año, los familiares de Melissa Russo y Julie Lejeune, descontentos con la investigación, abandonan la causa, convencidos de que nunca se hará justicia.

El caso Dutroux marca a la sociedad belga de tal modo que miles de ciudadanos que se llaman “Dutroux” solicitan cambio de apellido por pura vergüenza. Nada de lo relativo al tráfico de jóvenes ha

podido probarse. Sin embargo, Dutroux es condenado a la pena mayor, a cadena perpetua. Su mujer es condenada a treinta años y Lelièvre a veinticinco. En tanto Michel Nihoul, acusado de ser el contacto con la supuesta red de prostitución y pedofilia, es absuelto por falta de pruebas.

Sabine es la testigo estrella del juicio. Con casi veinte años parece una mujer sobrepuesta a los momentos vividos durante su infancia. A diferencia de Laetitia, que todavía duerme con la luz prendida, la bravura de Sabine se ha mantenido durante todos estos años y la ha acompañado firmemente para seguir adelante, tratando de no anclarse en esos ochenta días de su infancia.

Sabine habla claramente y con tranquilidad. Se expresa con los giros propios de los adolescentes, en un francés elegante y un poco arrastrado. Tiene sentido del humor y lo manifiesta intercalando algunas bromas durante su declaración. Dice que no le gustan las películas pornográficas que Dutroux la ha obligado a ver, ya ha tenido bastante de eso en vivo y en directo. Pocas veces mira a su verdugo, protegido de la ira del pueblo por un cubículo de cristal antibalas durante el juicio. Prefiere castigarlo con su indiferencia. Cuando lo mira, lo hace de frente, con una mirada limpia que en sí misma constituye todo un desafío. Como si le estuviese diciendo que a pesar de todo lo que le hizo nunca lo-

gró poseerla totalmente, ni mucho menos quebrarla. Su aplomo es impactante. Y es una prueba de su victoria.

Dutroux, por su parte, es un hombre feo. Se muestra desaliñado, con la piel grasienta y siempre parece sucio. Cuando habla mira para abajo o fija su mirada en una pared, lejano a los miles de ojos que sabe se están clavando en él. Su voz es ronca y grave. Parece enajenado, como si estuviese asistiendo al juicio de otro, no al suyo.

Sabine sólo se quiebra cuando debe ir a reconocer el sótano donde estuvo secuestrada. Sus nervios la traicionan y llora como nunca antes lo ha hecho. Se abraza a Laetitia y al padre de Julie, que se ha convertido en una especie de padre-amigo y que a pesar de abandonar la causa legalmente trabaja para una organización de niños desaparecidos.

Ese día, Sabine Dardenne tiene por primera vez la posibilidad de mirar a Dutroux a los ojos sin cristales de por medio. Y ese gesto le parece un triunfo ya que obliga a su verdugo a bajar la mirada, aún más abajo de lo que suele colocarla. La mirada, la cabeza, el cuerpo. Es un hombre derrumbado.

Nuevamente en el juzgado, Sabine continúa dando testimonio. Habla de las torturas a las que ha sido sometida durante su largo cautiverio, omite los detalles sexuales ya que éstos figuran en el sumario, relata la ingenuidad de su agradecimiento del último día de su secuestro y por fin pide permiso al juez para formular una pregunta a Dutroux. Parece

su momento más esperado. El juez le permite preguntar.

“¿Por qué no me mató?”, suelta Sabine.

Marc Dutroux murmura una respuesta incomprendible con la mirada clavada otra vez en un punto impreciso de la sala.

Sabine Dardenne esboza una sonrisa triste. Ya lo ha decidido. Nunca va a perdonarlo.

Denis

Así es como el chico viene al mundo. Su madre, cuando todavía no era su madre, una mujer soltera de algo más de treinta años, trabajadora de la mayor fábrica de conservas de Vladivostok, una ciudad rusa de ochocientos mil habitantes donde se construyó la estación terminal del tren Transiberiano, situada cien kilómetros al este de la frontera con Corea del Norte, sale de su trabajo una tarde de primavera de 1997 y, junto con dos compañeras, se encamina a su bar habitual, a tomar sus habituales vodkas de final de día, jornadas mecánicas y agotadoras en las que descuenta ocho horas en el control de la línea de producción donde las latas de conserva se sellan antes de distribuirse para la venta.

Como cada noche, se sientan en la mesa del fondo, junto a las maquinitas de juegos en las que a veces pierden unos billetes, y piden la primera vuelta de vodka que les sirven en largos vasos de

agua, sin hielo. La noche acaba de empezar y ninguna de las tres sabe cuándo terminará. Jamás piensan en eso.

La mujer amanece al día siguiente en una cama desconocida junto a un hombre cuyo nombre no recuerda o nunca supo. No es capaz de acordarse cómo ha llegado hasta allí y si lo que sucedió en ese trecho de olvido ha sido bueno, divertido y excitante o si el olvido vale la pena. Sale de la cama tambaleando, como si todavía estuviese ebria. Son las siete de la mañana y en media hora tiene que volver a la fábrica. Está casi desnuda, sólo lleva puesta la camiseta que usa debajo de la camisa. Para no despertar al desconocido, un tipo gordito, como de su edad —calcula— que duerme pesadamente, con una respiración sonora, se viste rápido, con sigilo. La bombacha, el pantalón, el corpiño, la camisa, los zapatos. Mientras lo hace, por más que se esfuerza, no logra reconstruir el momento en que se despidió de sus amigas, salió del bar y llegó a esa casa. No es la primera vez que le sucede eso de olvidarse, de que en su cabeza quede en suspenso algún fragmento de su vida. No se asusta. No se inquieta. Sólo puede pensar ahora en la sed que le empasta la boca. Se dirige a la cocina y toma agua de la canilla. Un momento después, cuando busca el peine en su bolso para arreglarse el pelo, encuentra su diafragma. Mala señal. Respira hondo. De eso va a olvidarse a propósito.

Pero no va a conseguirlo. Nueve meses y muchos litros de vodka después, nace Denis, su primer hijo, el único que tendrá. Por suerte para él, nace sin malformaciones y sin una adicción congénita al alcohol. A su madre, desde el primer grito, no le interesa nada del chico, esa cosa molesta.

Según el historiador Iuri Afanasiev, “El consumo de alcohol en Rusia tiene lugar, normalmente, en las siguientes situaciones: cada día en el trabajo o después del trabajo; de forma regular todos los días libres; el día de paga; de forma regular en las fiestas. Puede resultar gracioso, pero no puede haber sorna cuando se habla del drama de la bebida en Rusia”.

Un informe de la Academia de Ciencias de la ex Unión Soviética, destinado a los cuadros superiores del partido y obtenido por la prensa occidental a finales de 1984, afirmaba que en la Unión Soviética existían diecisiete millones de alcohólicos clínicamente enfermos y un total de cuarenta millones de personas que se encontraban en el umbral del alcoholismo.

Denis no sólo fue concebido en una noche de borrachera loca. Es, además, el hijo de una mujer que trastabilla en el borde del alcoholismo.

Los parámetros de la Organización Mundial de la Salud consideran alcoholismo —redefinido recientemente como “dependencia al alcohol”— la ingestión diaria de alcohol superior a cincuenta gramos en la mujer y setenta gramos en el hombre (una copa de licor o un combinado tiene aproxima-

damente cuarenta gramos de alcohol, un cuarto de litro de vino treinta gramos y un cuarto de litro de cerveza quince gramos). El Ministerio del Interior ruso afirma que, en 1993, los rusos consumieron doce litros por cabeza anuales, y en 1994, catorce litros y medio, incluyendo toda la población; en 2005 esta cifra había llegado a los dieciséis litros. En 2006, dada la crisis económica, se buscan bebidas alternativas como el vodka casero pero el veinte por ciento del alcohol que se consume por estos tiempos en Rusia proviene de los perfumes, de los quitaesmaltes o de los productos de limpieza.

Las consecuencias de la ingesta desenfrenada se agudizan por la propia cultura de consumo: bebidas fuertes, calidad baja, dosis de choque. La cerveza es considerada un refresco, no una bebida alcohólica.

El alcohol se convierte, de este modo, en un problema de Estado a tal punto, que se está estudiando implementar medidas para restringir la venta de perfumes.

El prestigioso escritor Valentín Rasputin afirma que “en los pueblos y en las ciudades aumentaron las intoxicaciones, los suicidios, los nacimientos no deseados, el maltrato familiar”.

Denis nació de casualidad y su madre nunca pudo perdonárselo: ni a ella ni tampoco a él.

Denis no va a aprender a leer y a escribir, no va a ir a la escuela. Pasa los primeros años de su vida

en la casa de una vecina, amiga de su madre, que lo cuida como a un mueble. Lo tiene ahí sin hablarle, dándole de comer lo que la madre le deja como si estuviese aceitando una máquina, está primero atrapado en su cuna y luego en una silla de la que no le permite moverse. Debe quedarse ahí hasta que su madre vuelva del trabajo y lo lleve a su casa. Y en su casa las cosas no son muy diferentes. Su madre se ocupa de servirle una cena —muchas veces proveniente de las latas que procura en la fábrica donde trabaja— y nada más. No juega con él ni lo deja ver televisión. No le lee cuentos y siempre lo mira con rencor como si fuese por su culpa que ahora debe liquidar sus vasos de vodka sin poder ir al bar porque tiene que cuidarlo.

Cuando cumple cinco años, Denis ya no va más a la casa de la vecina. Pasa la mayor parte del día encerrado en el departamento, mirando por la ventana, esperando a su madre, esperando quién sabe qué. Pero no llega nada. Ni una caricia, ni una mirada, ni un plato especial de comida, ni un regalo. Indiferencia y golpes extremadamente enérgicos sobre su cabeza es todo lo que encuentra en la casa donde vive. Y así se van sucediendo los días: iguales y desesperanzados.

Como un animal enjaulado, al día siguiente de una fuerte golpiza, en la que su madre le deja la cabeza calada por cicatrices que va a tener que llevar por el resto de su vida, ese día, decide huir. No se acuerda por qué le pegó, ni siquiera cree que haya

habido una razón. Se carga el cuerpo de abrigo: varias camisetas, un pulóver arriba de otro y su único sacón grueso con piel falsa. En la calle lo espera una temperatura de por los menos veinte grados bajo cero. No dará marcha atrás. No extrañará a su madre, esa desconocida que lo ha zamarreado hasta partirle la cabeza. No hay nada que esperar. No tiene qué perder porque ya ha conocido el infierno, nada puede ser peor de lo que le ha estado sucediendo.

Sin embargo, a los tres días de vagar escondiéndose por las calles de la ciudad, comiendo sobras de la basura o lo que se atreve a robar, lo encuentran dos policías y lo quieren devolver a su casa pero Denis miente y afirma que no tiene familia, que todos han muerto. Los policías intuyen que no es verdad, que se trata de un huérfano social, de un chico que elige vivir en la calle antes que dentro de las violentas paredes de su casa. También saben que esos chicos tienen razón, pero ellos, los policías de Vladivostok, quieren cumplir con lo que marca la ley y la ley dice que un niño de esas características debe vivir en un orfanato, donde será alimentado, educado y preparado para su reinserción social cuando cumpla dieciocho años. Los policías de Vladivostok creen en esas premisas, las consideran verdaderas. Se conmueven ante Denis y le cuentan lo que tienen preparado para su futuro. Pero Denis sin saber, sabe más que ellos: no puede haber un paraíso rodeado de rejas. Y además, si llega aceptar, después de los dieciocho qué. Otra vez la calle. Es me-

mejor conocer sus leyes cuanto antes. No se va a dejar atrapar.

Los dos policías insisten en que no pueden dejarlo en la calle. Denis pelea por su libertad, por su derecho de hacer de la calle su casa y en su defensa enardecida le muerde la mano a uno de los policías con una fuerza implacable. Muerde y muerde hasta casi tocarle el hueso. Y la acción de sus dientes afilados marcará la próxima parada de su destino.

Pasa esa noche en el destacamento del centro de Vladivostok y al día siguiente es enviado a un orfanato —*internat* los llaman en Rusia—, uno de los ciento cincuenta y cinco que existen en toda la Federación. Lo envían a una institución para niños con discapacidad mental.

Al principio lo confinan a una cama a la que lo atan con sogas y de la que no lo sacan ni para hacer sus necesidades. Una enfermera pasa una vez por día con una chata.

Denis ha escuchado decir al director de su orfanato que un chico como él es “ineducable”, que su dolencia es tan grave que nunca podrá aprender a andar o a usar una cuchara —dos cosas que Denis ya ha hecho—, el director insiste en su incapacidad y agrega que no tendrán jamás necesidad de hacer nada porque seguramente se pasará la vida en instituciones del Estado.

Un muchacho muy despabilado de quince años, Ior, no está atado a una cama pero sí lo está su hermano, Andrei, al que por las noches, además, le co-

locan una camisa de fuerza. Andrei e Ior han tratado de escaparse de su casa treinta y tres veces y cuando creían que lo habían logrado fueron confinados al *internat*.

Poco a poco Ior y Denis entablan una relación basada exclusivamente en la necesidad, en la imperiosa exigencia de organizar un plan para huir.

Denis atado en la cama piensa en cómo llevar adelante alguna estrategia que le permita salir de allí e Ior, por las mañanas, recoge los elementos necesarios con los cuales podrán llevar a cabo su idea de fuga. Por una vez la vida se les pone fácil. Los niños son tan subestimados que la huida es tan sencilla como conseguir la llave de la puerta principal, abrirla e irse. Y eso hacen. Se escapan por la que consideraban la puerta más peligrosa, increíblemente sin custodia.

Ahora su objetivo es Moscú, donde sueñan con que la vida por fin pueda rendirse más suavemente.

Denis ya no está solo. Cuenta con Ior y con Andrei. Ya casi tiene ocho años.

El gran desafío en la calle es no ser nuevamente atrapado por la policía. Es en ese momento cuando comienza el giro por los vagones de los trenes. Un día uno, el próximo día o la próxima hora, algún otro. Eligen los andenes donde hay trenes que no parten, se quedan en ellos durante esas horas, hasta que la partida es inminente y entonces les toca buscar otro tren. Como prófugos, van viajando, atravesando la Federación con destino a Moscú, co-

men las sobras que encuentran en los vagones comedores, beben de las latas que dejan los pasajeros, empiezan a trapichear con pequeños robos: una billetera aquí, un móvil allá. Nada deslumbrante, nada que cambie su historia de forma definitiva. Pequeñas transgresiones para ir sobreviviendo. Tratan de pasar desapercibidos.

Por fin, luego de dos semanas de viajes interrumpidos por el cansancio y el desconcierto, llegan a Moscú. Denis decide separarse de los hermanos, cree que moviéndose solo será más fácil ganarse la vida, encontrar un refugio, sobrevivir. La alianza ha sido buena hasta llegar al destino añorado: Moscú. Se separan sin despedidas, ninguno de ellos conoce el valor de un abrazo.

En Moscú se da cuenta de que se ha equivocado, de que sólo estando rodeado de otros chicos como él puede estar protegido. Decide quedarse en la zona central de las tres estaciones, donde parece que los niños gozan de una vigilancia débil por parte de la policía. Pasa las primeras semanas rumiando entre otros chicos como él, sin atreverse a confiar en ninguno. Es en esos primeros días en la capital cuando conoce a un grupo de trabajadores de Médicos sin Fronteras de Bélgica que todos los días le llevan comida, lo buscan, lo acompañan, tratan de saber por qué no quiere volver a su casa. Los trabajadores sociales pasan el día conversando con Denis y con chicos como él. Su objetivo es, sin presionarlos, conseguir que por decisión propia vuelvan a

sus casas. Denis los pone a prueba. Los maltrata, los insulta, a veces no les habla pero ese grupo formado por dos psicólogos rusos y una abogada italiana se presentan puntualmente todos los días. Entonces Denis por primera vez en su vida empieza a confiar. Les cuenta de la vida en su ciudad, del encierro en el departamento, de la luz de la ventana, de los golpes de su madre, del orfanato, hasta les muestra sin vergüenza las cicatrices de la cabeza. Pronto los trabajadores sociales se dan cuenta de que Denis y todos los chicos como él no tienen adonde volver. Se sienten frustrados porque no pueden darles nada, sólo la tibieza de sus palabras. El objetivo de sacarlos de la calle, ya lo saben, es un fracaso, porque la calle para esos chicos es su último refugio.

Desde 1922 se acuñó en la ya desaparecida Unión Soviética el término *besprizorniki* para dar nombre a los chicos que vagaban por las calles, huérfanos de unos padres que habían muerto en las largas luchas de la guerra civil que enfrentó al llamado ejército rojo —formado por comunistas y revolucionarios en el poder— con el ejército blanco, integrado por conservadores y liberales favorables a la monarquía y socialistas contrarios a la revolución bolchevique. Luego de la Segunda Guerra Mundial, los *besprizorniki* aumentaron en número y ya se instalaron en las calles de las ciudades soviéticas para siempre.

Desde entonces, Moscú se ha convertido en el destino preferido de los huérfanos que por diversas razones sociales e históricas poblaron y pueblan

hoy mismo la capital de la actual Federación Rusa. Pero ya no son huérfanos de guerra, al menos de una guerra entendida en términos convencionales. Son huérfanos sociales, como Denis, uno más del ejército de los miles de chicos temerarios que hoy hacen de la calle su casa porque no tienen otro lugar donde refugiarse y que llegan a la ciudad de la Plaza Roja desde distintos puntos del país en busca de una vida menos dura. No se puede calcular cuántos son. Algunas fuentes hablan de setecientos mil en toda Rusia; otras avalan la cifra de dos millones y medio, ubicando entre cincuenta y doscientos mil sólo en Moscú. La mayoría ha decidido escapar de sus hogares, en otros casos son abandonados.

Para ninguno de ellos existe una familia que los espere ni una casa adonde regresar.

El trabajo del equipo de Médicos sin Fronteras termina. Son expulsados por el gobierno de la Federación Rusa. Denis se queda sin sus únicos amigos. El día que se despidieron cumplió ocho años y es la primera vez que casi se atreve a llorar.

El mundo vuelve ahora con toda crudeza a ser un espacio sórdido, inhóspito, sin aliados, que lo obliga a estar siempre alerta. Y empieza a prestar más atención, comienza a parecer pendenciero, aprende a poner cara de chico malo. No quiere tener miedo: quiere provocarlo.

Denis se busca la vida mendigando. No puede menos que gritar cuando no le dan la moneda que exige —Denis no pide, no suplica, no implora: obli-

ga— porque pocas veces se atreve a exhibirse en la calle. En general, prefiere la invisibilidad, una vida trajinada en los túneles de los subtes de Moscú o en los vagones de los trenes, de los que se va mudando según le convenga, tratando de ser visto lo menos posible. La policía debería arrestarlo tanto a él como a otros chicos de su condición para llevarlo a un orfanato donde tendría que vivir hasta cumplir los dieciocho.

Ningún gobierno desde 1922 ha encontrado una solución para los *besprizorniki*.

Escondarse es el único camino que Denis ha encontrado para la supervivencia, para escapar del castigo de los orfanatos y del maltrato al que lo ha sometido su madre desde que es capaz de guardar algún recuerdo. Escondarse para ocultarse de la policía que acecha, de los transeúntes que no le ocultan su desprecio, de los turistas que lo fotografían como si fuese un souvenir de un viaje exótico, de los chicos mayores que pretenden usarlo para que trabaje para ellos. Y ése es el verdadero peligro. Denis ve a chicos de su edad que están manejados por otros chicos, apenas más grandes, que los obligan a prostituirse. Hay que ser fuerte y pelearse a los puños o con cuchillos o navajas robadas para evitar ser reclutado. Y a Denis, como a todo nene pequeño, le toca participar de una batida. Quizás haya sido lo único bueno que le ha enseñado su madre porque logra partirle la cabeza al muchacho de quince años que pretende obligarlo a formar parte de su

pandilla y alquilarlo para que quien pague pueda acostarse con él.

La pelea tiene lugar en uno de los túneles de las estaciones centrales donde nadie vigila, ni siquiera el sector de la policía que encubre a los chicos más grandes y es el mayor promotor de estos actos de corrupción. Nadie apuesta por Denis pero él apela a la fuerza de su inteligencia innata, a la brutalidad que sale de su boca y, como ya ha hecho con los policías de su ciudad, muerde con fuerza de caníbal la mano del chico mayor hasta que le hace soltar la navaja con la que el chico pensaba rajarle la cara. Y el dolor de la mano lo hace caer al piso y entonces Denis aprovecha y lo pateo una y otra vez en la cabeza hasta dejarlo inconsciente. Nadie se mete entre ellos. Todos miran con cautela, cada uno protegiendo su propia vida. Cuando termina con la golpiza, Denis se escapa por otro túnel, busca inútilmente un cigarrillo en el piso hasta que una mano adulta le extiende uno encendido. Se trata de la mano de uno de los policías que ha observado a distancia la pelea. Denis dice que no con la cabeza y trata de escaparse pero el policía le corta el paso ayudado por un chico bastante mayor que él. Denis entonces se detiene y con la mejor cara temeraria que ha aprendido a dibujar los atraviesa con la mirada, como advirtiéndoles que no podrán con él.

El policía tiene algo para proponerle. Se trata de una especie de mensajería por la cual debe entregar sobrecitos con droga en los locales que él le indique.

A cambio le dará un equivalente a diez dólares por semana y protección.

De este modo, Denis —que ya ha cumplido nueve años— se encuentra distribuyendo pequeñas dosis de cocaína por la ciudad bajo la protección de la policía. Ya no lo molestan los chicos más grandes; ahora forma parte de una organización que lo protegerá.

A finales de 2004, la asamblea urbana de Moscú (la Duma) empieza a estudiar una especie de toque de queda para todos los niños menores de dieciséis años: no podrán estar fuera de su casa después de las once de la noche sin sus padres. Denis no tiene padres. Su única alternativa es esconderse. Sus “amigos” policías esta vez no pueden ayudarlo. Las cosas se complican también para ellos que buscan otros mensajeros menos comprometidos para seguir con sus negocios. Ahora se inclinan por los chicos mayores de dieciséis.

El presidente Putin quiere una Moscú limpia de chicos vagabundos, vacía de *besprizorniki*. Como sus antecesores, querría borrarlos de la faz de la Tierra. Pero sus motivos son otros. El turismo está dando mucho dinero, Moscú, una de las ciudades más caras del mundo a comienzos del siglo XXI, debe estar despejada, sin las secreciones creadas por un tejido social que reproduce *besprizorniki* sin cesar.

Denis se queda sin su trabajo de distribuidor de sobrecitos de cocaína, se queda sin nada, hasta sin la posibilidad de vivir en la calle. Sólo posee la es-

capatoria de los túneles de los subtes de la ciudad, catacumbas donde esconderse hasta que la ley afloje o su cuerpo no resista y se pierda como tantos otros miles en los agujeros negros de la ciudad que nunca le dio la bienvenida y no teme aniquilarlo.

A mediados de 2006 una misión de Médicos sin Fronteras de Barcelona actúa en Moscú, no tienen rastros de Denis, pero atienden a un promedio de seiscientos niños al mes. La ley apretó sus clavijas: los niños de la calle menores de catorce años deben ser arrestados y llevados durante tres días a un hospital, luego pasan a una *priut*, un centro de internamiento temporal donde sólo los alojan durante seis meses y el destino final es el orfanato, el *internat*. Todos los niños de la calle en Moscú quieren huir de este circuito. Y Denis, que aprendió bien la lección de la calle, se debe estar resguardando, aun de quienes querrían ayudarlo. No es probable que alguien vaya a encontrarlo.

Horacio

En el otoño de 1976 las calles huelen a miedo y lucha. Ya se está gestando el golpe militar que devorará en un cóctel de terror siete años de historia en la República Argentina.

Sin embargo, la represión ya ha comenzado. Cada día puede ser el preámbulo de una masacre.

El 11 de marzo de ese año nace Horacio Pietragalla Corti. Horacio Pietragalla, su padre, militante montonero conocido como “Chacho” por su impetuoso parecido con el caudillo riojano “Chacho” Peñaloza, es uno de los tipos más carismáticos de su célula. Encantador, inteligente, seductor. Todos lo quieren y buscan su compañía y consejo. Y la que está locamente enamorada es su compañera, Liliana Corti, una estudiante de psicología —Chacho está en Ciencias Políticas— con la que ya ha tenido dos hijos. Horacio es el tercero. Sin embargo, se convertirá en su único hijo vivo. El primogénito, Pablo,

muere súbitamente antes de cumplir dos años y medio; la segunda, María Eva, una beba luminosa y frágil, no supera las dos semanas en una incubadora.

Horacio será entonces el bien por venir máspreciado.

Pero esta alegría tan próxima es desbaratada. Horacio “Chacho” Pietragalla no llega a conocer al hijo destinado a perpetuar su apellido porque es asesinado en la ciudad de Córdoba, pocos meses antes del nacimiento de su hijo, en un enfrentamiento con la Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina.

Liliana, castaña, de ojos claros, militante comprometida y valiente, le da el nombre de Horacio a su tercer hijo en homenaje a su hombre amado. Se saca unas pocas fotos de estudio con su bebé de dos meses y éstas se convertirán en el único testimonio que Horacio adulto podrá conservar de su vida breve junto a su madre. Esas fotos, sólo tres, se convierten en su mayor reliquia.

A poco menos de dos semanas del nacimiento de su tercer hijo, las Fuerzas Armadas habían dado un golpe de Estado que sería el más sangriento de la historia argentina. Desde ese momento, el régimen militar, que se autodenomina “Proceso de Reorganización Nacional”, llevó adelante una política de terror en la que la “desaparición”, forma predominante a través de la cual ejerció la represión política, afectó a treinta mil personas de todas las edades y condiciones sociales que fueron sometidas a la privación de su libertad y a la tortura, y entre ellas

a centenares de bebés secuestrados con sus padres o nacidos en los centros clandestinos de detención, los chupaderos, adonde fueron conducidas las jóvenes embarazadas.

Cuando Horacio apenas tiene cinco meses, los mismos meses que tiene la dictadura, su madre también es asesinada. Corre agosto de 1976 y Liliana Corti vive en la clandestinidad en un suburbio del norte de la provincia de Buenos Aires, en Villa Adelina, escondida en la casa de unos compañeros, militantes montoneros como ella y su compañero. Luego del asesinato de Horacio, sabe que la tienen en la mira. Y la mira se ajusta aún más cuando comienza la dictadura. Esa mañana de agosto, la cuadra de la casa de Villa Adelina, donde vive escondida junto a su hijo, es declarada zona liberada. Tierra allanada para que actúen las fuerzas conjuntas del ejército y la policía. En el sigilo de la mañana que recién despunta, las fuerzas rodean la casa y se preparan para liquidar a todos los que la habitan.

Liliana nota los movimientos precavidos que se suceden en el exterior, escucha los sonidos ahogados de los pasos que se acercan, imagina el escuadrón de la muerte que viene a arrebatar su vida y la de su hijo. Sabe que debe defender su bastión, su cuerpo y el del niño. Se prepara para el enfrentamiento. Ese día no ha tenido tiempo de dejar a Horacio con sus padres como suele hacerlo por cuestiones de seguridad. Todavía es muy temprano. Esa mañana, mientras escucha los pasos sigilosos e in-

tuye las metralas, besa a su hijo con la esperanza de que lo salvará y que podrá salvarse ella misma para criarlo y verlo crecer, disfrutando del mundo diferente que sueña poder construir, que siente que está construyendo. Esa mañana, la última de su vida, esconde al bebé bajo un sillón al que cubre con mantas y se prepara para la lucha. Toma su arma, tantea la pastilla de cianuro en el bolsillo derecho de su campera. No cree que necesite usarla. Espera que no. Pero no tiene tiempo prácticamente para tomar una decisión sobre el asunto. En pocos minutos llega la derrota. Liliana no logra resguardarse de las balas cruzadas que tienen como único objetivo su cuerpo que es primero acribillado y luego robado y, al igual que el de su marido, se convierte en un cuerpo más de desaparecido.

Su cuerpo y su nombre vagarán entre las sombras por años. Y si bien el pequeño Horacio sobrevive, su cuerpo y su nombre son envueltos por las mismas sombras que amortajan a sus padres.

Horacio queda a resguardo del tiroteo, las fuerzas conjuntas que asesinan a su madre no lo encuentran enseguida. El bebé, a pesar de haber escuchado como un testigo de raro privilegio todo lo que sucede en la casa, no llora, como si supiese que cualquier ruido podría delatarlo, como en un pacto mudo con su madre casi contiene la respiración, su cerebro de bebé parece razonar más allá de sus posibilidades para defenderse y para capturar, en algún rincón que por cierto tiempo quedará oculto, la

calidez de su madre, su perfume y su rostro del que él, ya adulto, se convertirá en una copia fiel e indestructible.

Sin embargo, la policía desvalija la casa, cuarto por cuarto, hasta que llegan al sillón y un oficial encuentra al bebé. Es el mismo que lo traslada a la Clínica Mayo de Villa Adelina, adonde lo entrega sin ninguna identificación, aun conociendo perfectamente su nombre, su apellido y la identidad de sus padres. Las fuerzas conjuntas que acaban de asesinar a su madre saben que el chico es Horacio Pietragalla Corti pero desde ese día le quitan su nombre y lo dejan vacante para que otra familia lo anote como propio, borrándole la historia de sus cinco meses, haciéndolo nacer de nuevo, en otra fecha, con otra edad, con otro nombre, con otro entorno y, sobre todo, con otros valores bien distintos de los del mundo por el que Horacio y Liliana se jugaron la vida.

Al día siguiente del tiroteo, los padres de Liliana comienzan a buscar a su nieto, reclaman por él en la comisaría de Villa Adelina, pero nadie quiere decirles dónde está. Nunca dejarán de buscarlo. Horacio ya ha entrado en la espiral de niños apropiados por la dictadura, “los hijos de zurdos entregados a familias de bien para ser enderezados”, tal como confiesa un militar, Santiago Omar Riveros, a un colega de la Marina. El administrador de la Clínica Mayo cuenta, años después, cuando comienza a desmantelarse la trama del secuestro y robo de niños por parte de la dictadura, que el bebé ha sido retira-

do de su establecimiento por un militar y una enfermera. Presuntamente, habría pasado después por la Brigada Femenina de San Martín.

El militar que lo roba es el teniente Hernán Tetzlaff, un torturador que actúa bajo el seudónimo de Gordo José en el campo clandestino de detención El Vesubio, Batallón de Artillería-Logístico 10 Villa Martelli, en la provincia de Buenos Aires.

Tetzlaff roba a Horacio para entregárselo a una pareja de su entorno. La pareja, sin embargo, se siente decepcionada con el bebé, ellos sólo aceptarían a una nena. Tetzlaff no sabe qué hacer con el niño, él ya cuenta con su propia niña robada a otra pareja de montoneros a los que han hecho desaparecer y no tiene presupuesto para sumar un chico más a su familia. La niña, su hija falsa, es Hilda Victoria Montenegro. Hilda es secuestrada por fuerzas de seguridad junto a sus padres, Hilda Torres y Roque Montenegro, luego del 13 de febrero de 1976 en Lanús, provincia de Buenos Aires. Tetzlaff y su esposa, María del Carmen Eduartes, la anotan como María Sol Tetzlaff Eduartes, nacida el 28 de mayo de 1976. Tetzlaff no se encuentra solo en la apropiación de Hilda; además de la complicidad de su esposa, cuenta con la ayuda del médico Juan Carlos Zucca, que firma la partida de nacimiento falsa, según la cual María del Carmen Eduartes —esposa del represor— da a luz el 28 de mayo de 1976. Pero los análisis de sangre realizados en el Banco Nacional de Datos Genéticos demuestran que ese parto nunca

ha existido y que la supuesta hija de Tetzlaff es en realidad Hilda Victoria Montenegro, nacida el 31 de enero de 1976 e inscripta por sus padres el 10 de febrero de ese año, poco antes de que toda la familia sea secuestrada.

Un testimonio importante para este caso es proporcionado por el padre de una desaparecida que durante ocho meses busca a su nieta. Debido a que ha trabajado en la Marina hasta 1967, este señor consigue entrevistarse con Santiago Omar Riveros, comandante de Institutos Militares, para pedirle datos sobre su hija y su nieta, que han sido secuestradas a principio de junio de 1976. El militar designa a Tetzlaff, que en ese momento se desempeña como “representante de la Escuela de Comunicaciones y era jefe de la zona de San Isidro, Boulogne y Tigre” y “trabajaba en forma conjunta con el Batallón de Inteligencia de Campo de Mayo”, para que “lo ayudara a reconstruir el operativo” en el que se habían llevado a la mujer y la beba.

El testigo declara ante el juez federal Roberto Marquevich que Tetzlaff y su esposa le confiesan que no pueden tener hijos. En una oportunidad, el represor lo lleva a una vivienda donde la noche anterior ha participado de un procedimiento del Ejército en el que —según dijo— “los guerrilleros padres” han muerto. El entonces mayor —que se retira como coronel— le asegura: “cuando entramos nos encontramos con dos chicos con los ojos gigantes, abiertos, y me quedé con uno”. Ante ese comenta-

rio, el abuelo va a ver a Riveros para preguntarle si su nieta no ha sido entregada a una pareja como la de Tetzlaff-Eduartes. El general le asegura que en su caso no ha ocurrido lo mismo pero que “ésas eran normas para que los hijos de zurdos caigan en hogares bien constituidos”. Incluso hace una mención acerca de que existe una estructura dentro de las Fuerzas Armadas para apropiarse “de los hijos menores de matrimonios zurdos con el fin de endejarlos”.

Este caso es uno de los cinco que sirvieron como base para la detención del dictador Jorge Rafael Videla, ordenada por el juez Marquevich el 9 de junio de 1998. Las apropiaciones de Mariana Zaffaroni Islas, Carlos D’Elia y los dos jóvenes robados por el mayor médico del Ejército Norberto Bianco y su esposa fueron los otros cuatro expedientes que se sumaron para que el magistrado considerara que el dictador Videla era autor mediato del robo de hijos de desaparecidos durante la última dictadura militar.

Tetzlaff, en la época de la apropiación de Hilda y Horacio, habita en Villa Lugano. Su sirvienta y vecina, Nina, que vive unos pisos más arriba del departamento del militar, enterada del asunto, le ruega que le entregue a ella el niño recién robado. Le encantan sus rulos, sus ojos claros, completamente diferentes de su pelo negro, lacio y duro, de su piel morena, de sus ojos pardos y almendrados. El militar se niega rotundamente. Pero la mujer insiste e

insiste y Tetzlaff, pensando también que el chico puede convertirse en una carga ingrata para él, accede a entregárselo con la condición de que pueda convertirse en su padrino, una manera de custodiar su educación, y sobre todo de asegurarse que esta familia humilde y no comprometida con la dictadura hasta entonces no lo delatará.

Es así como Horacio Pietragalla Corti pasa a ser, en poco tiempo, César Sebastián Castillo, nacido en Villa Martelli el 22 de mayo de 1977, hijo de Nina, empleada doméstica, y Chacho Castillo, carpintero, residentes en Villa Lugano, en la provincia de Buenos Aires, ahijado de Hernán Tetzlaff, el militar que lo entrega y es cómplice de la muerte de sus padres.

Apenas llega a la casa de su nueva familia algo explota en Horacio y durante meses no deja de llorar y vomitar. No hay nada que lo calme. Ni las caricias de quien comienza a hacerse pasar por su madre, ni las mamaderas tibias con que tratan de alimentarlo. El bebé parece llorar todo el horror que acaba de vivir y que se graba en su cuerpo como parte adicional de su ADN. En el departamento pequeño donde va a vivir, comparte cuarto con Adriana, hija biológica de Nina y Chacho, tres años mayor que él. A veces juegan juntos en el living, pocas veces los sacan a pasear. Horacio también juega con Hilda, la nena que robó su padrino —el torturador—, juega al doctor y con ella comienza sus

primeros tanteos sexuales. A veces su padrino los lleva a todos a Campo de Mayo donde los chicos corretean y se divierten sin saber que están pisando campo minado.

A Horacio su padrino le cae pesado desde chiquito. Va a su casa a jugar con Hilda porque su madre lo manda, no porque tenga ganas. Pasa muchas tardes jugando allí y prácticamente se cría junto a Hilda, tan robada como él, también ignorante de su verdadero origen. A Horacio lo irritan los modos de su padrino, sus maneras autoritarias con su única hija y hasta con él. No es que les pegue, simplemente habla fuerte y de modo inapelable. De esa manera militar inconfundible que mete miedo. Su palabra es sagrada. Y hay que jugar cuando él dice, donde él quiere, siempre a la vista, para tenerlos vigilados. Siempre a recoger los juguetes a la misma hora, a dejar todo impecable, a cenar sin chistar la comida que se sirve en la mesa. Los caprichos o mañas que tiene cualquier chico —quejarse por una comida que no gusta, querer un chocolate, pedir un juguete— son castigados: se prohíben los juegos, se ajustan al máximo las horas de estudio, se reducen las comidas, se somete a los chicos a encierro en sus cuartos. A pesar de ser su padrino, el torturador, no demuestra cariño hacia Horacio, más bien despliega un evidente desprecio —como si se tratase de un ser inferior— que el chico percibe y que va gestando el rechazo que va a tenerle de por vida. Le palmea la espalda con frecuencia en un gesto que pretende pa-

recer cómplice, de hombre a hombre, pero que se parece más a un castigo, a una advertencia. Y Horacio se llena de furia, lo maldice para sus adentros. “Milico hijo de puta”, murmura para sí sin llegar a entender completamente el significado preciso de sus palabras. Lo más importante de la oración es el adjetivo “hijo de puta”, no la palabra “milico” que obedece a su profesión. Como si fuese carnicero, vendedor de seguros, maestro. Pero no. Su ADN le está enviando un alerta que él no descifra pero que obedece. “Milico hijo de puta”, repite.

En su casa, en la casa de Nina y Chacho, las cosas son menos contenidas pero definitivamente más violentas. Los domingos familiares y distendidos no alcanzan a compensar la violencia que invade esa familia y la arrastra en una cotidianidad de malos modos y de malos tratos.

En la rutina de la familia está que todos se metan juntos en la cama los domingos a la mañana. A Horacio desde chiquito le produce rechazo esta situación, el aliento agrio de su madre siempre le hace dar un respingo. Siente vergüenza de su propia vergüenza pero ése es quizás el sentimiento más auténtico que logra desarrollar hacia la familia que lo ha arrebatado. Nina parece registrar el rechazo y lo “premia” con alguna que otra cachetada, con algún que otro abrazo que más que parecerse a un mimo se asemeja a un forcejeo desprovisto de amor.

Horacio pasa los primeros años de su nueva vida como un chico irritable, llorón e inconformista.

Su vida no le gusta. Ni los juegos con Hilda, ni la vida en el departamento pequeñito cargado de promiscuidad y forcejeos. Pero el tiempo lo calma imponiendo una pavorosa frecuencia de hábitos que instintivamente ha ido rechazando pero a los que se va acostumbrando. Entonces comienza a crecer, a circular por ese entorno que desde que tiene uso de razón ha vivido como hostil. Horacio crece y pronto su cuerpo delata su primera incomodidad, es demasiado alto y demasiado flaco. Muy diferente de los cuerpos robustos y macizos de sus padres morochos y pequeños y con esa evidencia comienzan sus primeras dudas, que por ese entonces él considerará locas fantasías. Sus padres definitivamente no le gustan y desde muy chiquito comienza a imaginar que es hijo de otros pero todavía no termina de completar el cuadro. Cree que su inconformismo tiene que ver con que sus padres le dan vergüenza. Y la vergüenza tiene que ver con la violencia que día a día se vive en la casa donde con golpes y gritos se pretende resolver todo. En la familia no se dialoga, lo poco que se dice, se dice a los gritos y si alguno de los chicos hace algo que sus padres consideran incorrecto o simplemente molesto, llegan las reprimendas, los golpes calculados.

Chacho, su padre adoptivo, un hombre de campo, afín a la bebida, descarga sus desbordes de alcohol en el cuerpo de Nina ante los ojos espantados de Horacio, que la primera vez que ve una golpiza a la que su supuesto padre somete a su madre, se

esconde, como si no hubiese otro lugar en el mundo, detrás de un sillón. Y luego el cuerpo cargado de golpes de Nina se descarga sobre él, sobre Horacio, al que ella llama César. Así pasa toda su infancia, asustado por los golpes de su madre, palizas ensañadas que vienen cada vez que Horacio hace una travesura, trae una mala nota o se atreve ya a contestar, en defensa propia. A veces pasa horas enteras contra la pared, castigado por algún juego que incomodó a quien dice ser su madre. Y a Horacio le duele, nota que esos que se llaman sus padres lo quieren pero no logra comprender esa manera tortuosa de amarlo. El castigo favorito de Nina consiste en someterlo a sesiones de ducha fría, aunque sea pleno invierno. Y lo hace sin vacilación, sin mostrar la más mínima compasión. Para ella los castigos son algo natural en la educación que dispensa a sus hijos.

Y a los trece años su duda instalada cuando es un nene, aquella por la que se atreve a soñar que es hijo de otros, florece porque ya no quiere aguantar más los golpes. No puede concebir que padres verdaderos traten así a sus hijos. Se promete que jamás le pegará a un hijo suyo. Se siente en el infierno y para salir de él tiene que comprobar que sus dudas son consistentes.

Es así como empieza a preguntarse por qué es tan distinto físicamente a sus padres. Chacho mide

un metro setenta y cinco y él ya superó esa altura, todo hacer prever que será un chico altísimo. Su pelo enrulado no tiene ninguna semejanza con el de su familia ni el resto de su contextura física. Horacio empieza a pedir explicaciones, anda en busca de pruebas. Y llegan balbuceos, que un tío que no conocés es altísimo y con rulos pero es una explicación fácil, que se cae por sí sola. Horacio quiere ver fotos de Nina, su supuesta madre, embarazada y ellos tratan de conformarlo diciéndole que siempre han sido pobres, que nunca tuvieron una cámara de fotos y que es por esa sencilla razón que no hay registros de esos momentos de su vida. Tampoco comprende cómo es que ha nacido en Villa Martelli, un barrio que no le suena a nada y del que no tiene idea de dónde queda. Él vive allí, en Villa Lugano, y le consta que su familia nunca se mueve del barrio. Pero le mienten, le dicen que sus padres fueron a visitar a unos amigos a Villa Martelli el día que su supuesta madre dio a luz y que es por esa razón que él nació en esa zona desconocida del conurbano. Horacio duda que tengan amigos tan lejos, amigos a los que él no conoce, a los que no han vuelto a ver desde su nacimiento. Y Horacio quiere creer a veces y otras tantas no puede. En realidad está anotado en Villa Martelli porque ésa ha sido la zona de influencia de su entregador, donde se falsificó su partida de nacimiento.

Empieza a rondarle en la cabeza que es hijo de desaparecidos, nunca cree que es un chico adopta-

do. “No, adoptado no. Hijo de desaparecidos. Siempre pensé eso”, dirá ya adulto a quien quiera preguntarle. Pero de chico no se lo cuenta a nadie, es su secreto mejor guardado, a veces la enunciación de una locura en su desesperado deseo de ser hijo de otros, no de esa gente que lo quiere de un modo primitivo, que le pega, que lo asusta, que lo llena de miedos, que le da lo que puede del mejor modo que sabe pero que a Horacio no termina de alcanzarle, algo de todo eso no le pertenece. “Andá a la puta que te parió”, suele decirles por lo bajo. Violencia contra violencia. Pero a Horacio no le va. Es como si él viniese de otra parte.

A los catorce años dice “basta” y cuando Nina, en un nuevo ataque de nervios como una reacción a una golpiza de Chacho, intenta levantarle la mano, Horacio la frena. Sin violencia se saca las manos de la mujer de encima y le dice con firmeza: “A mí no me pegan más”. Y así terminan los golpes pero las cicatrices de las dudas se hacen cada vez más profundas.

Cuando terminan los golpes, él declara su independencia. Ya no le hace caso a sus padres, no les cree nada de lo que dicen, desprecia la chatura con la que piensan el momento político que vive el país, el paso de la dictadura a la democracia. Comienza a ser un chico informado, comienza a tomar partido y el “no te metás” o el “algo habrán hecho” también conjugado por su familia falsa es otro motivo de vergüenza y, ahora que es casi un adolescente, es

un motivo de alejamiento y de discusión. Ya no hay golpes pero sí peleas fuertes donde se marcan posiciones encontradas. Horacio se rebela ante la dictadura, su familia ejerce una indiferencia cómplice. Ya les ha perdido completamente el respeto.

Un poco antes, cuando termina la dictadura y él todavía es un nene y las Abuelas de Plaza de Mayo comienzan más abiertamente a buscar a los nietos, su supuesta madre toma recaudos. Horacio estudia en la escuela pública República de la India, en Villa Lugano. Recuerda a su madre falsa acomodándole el delantal y advirtiéndole “nunca digas que tenés un padrino militar porque hay gente que se está llevando a los chicos”. Y es una imagen que le ha quedado muy fija: él levantándose de la cama, medio dormido y escuchando la voz de Nina susurrándole todos los días que es peligroso que diga lo del padrino militar, que es muy peligroso, que hay gente que está poniendo bombas.

Horacio adolescente procesa ese recuerdo y profundiza sus sospechas y es todo un volcán por dentro. Sabe perfectamente lo que ha sucedido en el país, sabe que ha habido desaparecidos, sabe que existen las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, sabe que hay niños que fueron robados. Ya se le instala casi como una certeza que él es uno de ellos. Pero continúa sin decirlo. Y se lo sigue guardando.

Apenas comienza la secundaria, abandona los estudios y es por ese entonces que tiene una novia carioca de treinta y uno. Prácticamente rompe con

su familia aunque sigue viviendo con ella. Ahora duerme en el living, el cuarto se lo ha quedado su hermana con la que apenas se relaciona. Su familia es su chica brasileña, la envidia de todo el barrio, el pendejo de dos metros que parece de veinte saliendo con el minón más deseado del barrio. Y así pasa un año enamorado, descubriendo el sexo, el amor, la ternura. Su vida ya no será igual después de esa mujer y aunque todavía no lo sepa, va afirmando su identidad, intuyendo que su historia empezó a contarse en otra parte. Durmiendo en el living es el dueño absoluto de la televisión durante las noches. Es allí donde ve las películas *La historia oficial* de Luis Puenzo y *La noche de los lápices* de Héctor Olivera y le surge una necesidad repentina de investigar más seriamente sobre el período de la dictadura militar. A tuestas, sin conciencia todavía, va en busca de su historia.

Por su altura, es un crack en los partidos de básquet que se juegan en el barrio y tiene un compañero de juego cuyo padrino ha desaparecido. A Horacio le gusta visitar su casa, hablar con la madre de su amigo, preguntarle por su hermano, por cómo desapareció, dónde militaba, cómo podían encontrarlo.

En ese momento es cuando comienza a dudar de su padrino, el torturador Teztlaff, su entregador; necesita saber cuál ha sido su rol durante la dictadura.

Es por la misma época de la novia brasileña cuando, por decisión propia, lee el *Nunca más*, el

informe sobre la dictadura realizado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, CONADEP, y encuentra el nombre de su padrino, Teztlaff, alias el Gordo José, como una de los torturadores. Siempre supo que era un hijo de puta. Y no sabe con quién hablarlo. Pero cada vez va más allá. A escondidas busca su certificado de nacimiento, indaga sus documentos, tratando de encontrar alguna irregularidad. A esa altura ya está prácticamente convencido de que no es hijo de Nina y de Chacho, que se llama igual que su padre biológico pero que, ya lo siente, no lo es.

A los dieciséis años toma cerveza con sus amigos del barrio y cada vez que se emborracha termina diciendo que él es hijo de desaparecidos. Sus amigos se quedan perplejos pero no dicen nada. Todo el barrio sabe su verdadera historia, que es un chico robado, pero nadie abre la boca, nadie lo ayuda a descubrir quién es, a sacarlo de esa duda que ya lo agobia.

Y así pasa el tiempo sin animarse a encontrar su verdadero nombre. Trabaja como repositor de supermercado, tiene veintiséis y la duda clavada desde hace más de diez años.

Es por entonces cuando se enamora de Magalí, a quien considera en ese momento el amor de su vida. Llega la crisis de 2001. Adolfo Rodríguez Saá, presidente del país por ese entonces, se presenta en un acto en Villa Lugano. Horacio está entre los asistentes y desde adentro le sale una fuerza descono-

cida: le grita, puteándolo, como si hablara por la boca de su padre asesinado. Se sorprende a sí mismo ante su propia actitud. Nunca ha asistido a un acto político. Si bien tiene una posición política clara nunca se imaginó que podría tener una reacción semejante. Es otra alerta que le tira su ADN.

Al año decide irse con su novia a vivir a Brasil, adonde ya había ido algunas veces de vacaciones. Quiere irse a hacer cualquier cosa: desde fabricar velas a vender chocolates. No le gusta nada en lo que se está convirtiendo la Argentina. Magalí le comenta a Nina las intenciones que tienen de armarse una vida en otro país y es allí cuando Nina le lanza un frase que suena a intriga: “el día que yo me muera, Horacio se va a enterar de una noticia muy fuerte”. Y es en el medio de ese comentario cuando Horacio enlaza sus sospechas con esa frase y le cuenta a Magalí con toda claridad sus dudas sobre su identidad. A su vez, Magalí le confiesa que desde el primer día que conoce a su familia ella piensa que él es adoptado. Y va más allá: su teoría es que Horacio es un hijo extramatrimonial de su padrino. “Estás loca, yo no puedo ser hijo de esa larva”, afirma convencido. Su identidad está muy lejos de allí.

Junto a Magalí empiezan a considerar la posibilidad de acudir a Abuelas de Plaza de Mayo. Pero Horacio se frena, tiene temor por lo que puede sucederle judicialmente a Nina y a Chacho. Tiene temor y también tiene culpa. La culpa lo devora. Más allá de todo, ellos le han dado un hogar, lo han ali-

mentado, lo han mandado a la escuela. Los golpes y las peleas son menos importantes en el momento de tomar la decisión. Todo se lo come la culpa que lo paraliza.

Magalí es la que toma la iniciativa y decide investigar por su cuenta. Entra en la web de las Abuelas de Plaza de Mayo, un sitio perfectamente organizado y con archivos valiosos, y lo navega hasta que se encuentra con una foto que la deja helada. Es la de Liliana Corti, una mujer que tiene la misma cara de su novio.

A partir de ese momento todo se acelera en la vida de Horacio. Magalí imprime la foto y se la muestra pero Horacio le dice que no puede ser, que esa mujer no se le parece en nada. Pero es evidente, él es igual a ella y se rinde. O mejor, por fin se atreve.

Horacio decide presentarse en la institución Abuelas de Plaza de Mayo con la sospecha de que puede ser hijo de Liliana Corti. La organización, a su vez, ya lo ha ubicado. Todo se acepta en el organismo luego de haber dado en 2000 con la identidad de su vecina, compañera de juegos de la infancia, la hija falsa del torturador Teztlaff. De ese modo también ubican a Horacio, saben que es un chico apropiado y están a punto de conseguir la orden del juez para citarlo y solicitarle que se haga los análisis correspondientes para comprobar su identidad. Pero Horacio les gana de mano. Les dice que es primo de Hilda, la chica apropiada por su padrino, y que él mismo tiene dudas sobre su identidad.

El día antes de hacerse los análisis, tiene una conversación con Nina y Chacho. Es uno de los momentos más ásperos de su vida. Hace ya mucho que no habla de nada serio con ellos, por eso Chacho y Nina se sorprenden ante el pedido formal de tener una conversación. Con mucha dificultad, eligiendo las palabras para no lastimarlos, Horacio les informa que existe la posibilidad de que sea hijo de desaparecidos, él tiene la firme convicción de que lo es y les pide, dándoles una última oportunidad, que le digan la verdad. Chacho y Nina guardan silencio. No se miran entre sí, tampoco miran de frente a Horacio. Nina es la que comienza a hablar. Pregunta de dónde sacó ese disparate, niega absolutamente toda posibilidad de que él sea hijo de otros. Chacho no habla. Sólo cuando Horacio les dice que al día siguiente se irá a hacer un análisis que podría comprobar sus sospechas, sus padres falsos parecen alarmarse. Aunque no habla, Chacho ahora sí mira desafiante al chico que robó y Nina, con prepotencia, le pide que le muestre la orden del juez. Horacio decide mostrarles el documento. Se lo da a Chacho para que lo lea. Y Nina se derrumba. No piensa en Horacio, piensa en ella y en su marido, es como si imaginara los barrotes de una celda y el resto de su vida tras ellos.

Empieza a murmurar que tienen que huir, que deben irse. A Horacio lo irrita esa actitud cobarde, sin embargo, le dice que se tomen la noche para pensar, que por la mañana hablarán más tranqui-

los. A pesar del egoísmo demostrado en ese momento por Chacho y Nina, les aclara que él no quiere perjudicarlos, que se trata de descubrir quién es, que no tiene nada contra ellos. Y les está diciendo la verdad.

A la mañana siguiente, Chacho y Nina por fin deciden hablar y contarles su versión de la historia: la de un bebito abandonado, precioso y lleno de rulos que tenía su vecino, el militar de abajo, luego su padrino, y que no tenía a quien dar, que ellos entonces lo quisieron criar y darle un techo; le dicen también que los tentó el deseo de tener un hijo varón, le confiesan que siempre lo han querido como un hijo propio. Para Horacio, en ese momento, las zamarradas de la infancia, las diferencias sostenidas durante su adolescencia, son ahora recuerdos que no lo perturban. Valora más que sus padres de corazón, como alguna vez se animó a llamarlos, le digan la verdad. Finalmente, lo sabe, es gente trabajadora, humilde y ruda por su propia condición social. “No eran milicos asesinos.”

En la Comisión Nacional por la Identidad, los trámites van muy rápido y una semana después de hacerse los análisis —ya ha comenzado 2003— Horacio tiene el noventa y nueve por ciento de certeza de que es hijo de Horacio Pietragalla y Liliana Corti.

Se sucede un tumulto. Llama a Abuelas y les dice quién es. “Hola, habla Horacio.” En la sede de la organización se arma un alboroto festivo. Llegan todas las abuelas. Llegan sus familiares, un tío, dos

tías, una prima. Le dicen que es alto como su padre, que mueve los brazos como él, que tiene sus gestos. Es una tarde de emociones ininterrumpidas. Sus abuelos, que lo han buscado con tesón desde el día de su desaparición, ya han muerto. Horacio está contento pero también putea. Se ha perdido a sus padres, se ha perdido a sus abuelos. Al día siguiente, se organiza una rueda de prensa donde lee la siguiente carta:

Quiero contar esta dura y gratificante experiencia que la vida y Dios eligió para mí, debido a que no existe verdadero hombre sin verdadera identidad.

El día que confirmé que mis padres eran desaparecidos y asesinados por la Triple A y la última dictadura militar que nos tocó sufrir a todos los argentinos, no fue tan sorprendente para mí, ya que el tiempo, el destino y el presentimiento me fueron preparando para esta noticia.

Me crié gracias a Dios con una familia que nada tuvo que ver con ese gobierno terrorista. Mi madre de corazón, una mujer que trabajaba de empleada doméstica en la casa de un Teniente Coronel, llamado Hernán Teztlaff (represor), se interesó por mí ya que yo estaba destinado a una pareja, familiar de este sujeto, la cual arrepentida dejó atrás tal encargo. Viví con mi madre, mi padre y hermana (ésta, hija biológica de ellos), me criaron de igual a igual con mi hermana, me dieron todo lo que se le puede dar a un hijo. Pero a la vez dentro mío había

un presentimiento extraño que fue creciendo junto a mí. Siempre busqué un parecido físico con alguien de la familia debido a que tengo rasgos y cualidades muy distintas a ellos, nunca encontré una respuesta convincente, aumentando aún más mi presentimiento. Nunca encontré por parte de mis padres (de crianza) una igualdad ideológica, motivo por el cual siempre era tema de discusión nuestras ideologías de vida. Cabe destacar que en el mismo edificio donde yo vivo, siempre vivió este Teniente Coronel que ya estaba involucrado con un caso de hijos de desaparecidos, acrecentando aún más mis dudas. A fin del año pasado, gracias al gran empujón que tuve por el amor de mi vida, decidimos ir a la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad donde volqué mi duda. A los cuatro meses de esta visita encontré que mi presentimiento se transformaba en realidad. Paradójicamente, el día que me confirmé como hijo de desaparecidos, fue el 11 de marzo, día también de mi nacimiento (yo sin saberlo). La noticia de confirmación genética no fue más que una felicidad interminable, ya que sentía que mi búsqueda estaba llegando a su fin. Ese mismo día conocí a mi familia biológica. Fue tan fuerte, tan maravilloso, como si los hubiera esperado o buscado todos estos años. Me confesaron y comprobé el parecido con mi madre y padre, me enteré de la clase de personas que eran, su lucha por un país más justo e igualitario, su amor que se fortaleció con la muerte de un hijo, sus

muertes. La lucha de mis abuelos por encontrarme, las preguntas incansables de mis tíos y primos de dónde podría yo estar.

Lo cierto es que absurdamente lo que la vida me quitó apenas nací, hoy ya hombre, la vida me devuelve y hablo de mi verdadera identidad. Hoy puedo formar una familia con la mujer que amo sabiendo que soy un Pietragalla-Corti. Quiero referirme y agradecer a la lucha de una Asociación que hace posible que hoy yo sea un hombre con todas las letras. Gracias a Abuelas de Plaza de Mayo pues conozco su lucha desde que tuve uso de razón, gracias a mi amor, a mi familia de corazón y biológica y por sobre todas las cosas gracias mamá Liliana Corti y papá Horacio Pietragalla.

Cuando vuelve a su casa de crianza a los pocos días, la policía se está llevando presos a Nina y a Chacho y la casa está allanada. La familia de Horacio ha presentado una denuncia en su contra. Son acusados de falsificar documentación y de apropiarse de un menor. “Hijos de puta, primero mataron a mis viejos y ahora los quieren meter presos a ellos”, le grita Horacio a la policía en el medio de su propia confusión. Tiene el corazón partido. Es el conflicto más fuerte que ha atravesado en su vida. Está feliz por haber recuperado su identidad, pero a su vez y a pesar de todo quiere a Nina y a Chacho aunque sabe que lo que han hecho está mal.

De todos modos, está decidido a evitarles cualquier sufrimiento e intercede por ellos. Consigue que Nina y Chacho sólo estén detenidos en una comisaría en una celda común durante una semana. Es el mismo Horacio el que se ocupa de convencer a su familia de que no presenten cargos contra ellos. Por lo cual tanto uno como otro gozan de libertad y no están imputados por ningún delito. Sin embargo, un desliz de Nina cambia la buena predisposición de Horacio. “Si no fuese por tu culpa, hoy no estaríamos presos”, le dice cuando él la visita en la comisaría, todavía empapado de culpa. Horacio no lo puede creer y es ahí cuando toda la bronca contenida aflora. “Ustedes como adultos que fueron entonces tienen hoy que afrontar esto, van a tener todo mi apoyo, pero no voy a ir a verlos más. Se los repito: yo no voy a venir más porque me parece que ustedes no me pueden decir que es culpa mía, cuando la culpa fue sólo de ustedes. Ustedes se metieron solos. Tuvieron la posibilidad de decirme la verdad y no lo hicieron”, les grita, casi llorando. Por convicción, había decidido seguir viviendo con ellos pero luego de esas palabras se va de la casa de Lugano y empieza a convivir con Magalí. Deja de hablarles y de visitarlos regularmente. Entiende que se han apropiado de él como si fuese una cosa, “como si fuese un vaso, dijeron quiero este pibe y me agarraron. Como quien va de shopping”.

A los pocos meses de recuperar su identidad, aparecen en una fosa común en San Vicente, en la provincia de Córdoba, los restos de Horacio “Chacho” Pietragalla. En diciembre de 2004, el Equipo de Antropólogos reconoce los restos de Liliana Corti. Ambos pueden ser identificados gracias a los análisis realizados por su hijo, lo que posibilita establecer la identidad de los restos. Sus padres ahora, unos pocos huesos.

Es la primera vez que encuentran los restos de una madre y un padre. Horacio les da sepultura juntos. Recién el día del entierro, Nina le pide perdón. Horacio todavía no le ha contestado. Necesita tiempo. Chacho, en cambio, piensa que no tiene de qué disculparse.

Desde que recobra su identidad, Horacio Pietragalla Corti trabaja *ad honorem* para la oficina de prensa de Abuelas de Plaza de Mayo y es estandarte en todas las luchas y actos encarados por la organización. Se estima que hay quinientos niños apropiados por la dictadura militar. Hasta junio de 2006 se ha recuperado la identidad de ochenta y tres de ellos.

A finales de 2005, luego de un año de estar separado de Magalí, Horacio está intentando remontar la relación. Estudia en la escuela de radio Éter y sueña con ser locutor —dio libre la secundaria— en un futuro cercano. Por primera vez en su vida vive solo y siente orgullo al poder pronunciar su nombre: “Me llamo Horacio Pietragalla Corti y tengo suerte en poder decirlo porque ahora sé de dónde vengo”.

K.S.*

* El nombre fue cambiado.

Ella está escribiendo una carta, una carta obscena. Lo hace en una hoja de papel color verde de un bloc mediano que ha comprado para cuando tiene que escribir ese tipo de cartas. Usa su roller negro de punta gruesa. Está sentada en el piso de la habitación que comparte con su hermana menor. Redacta mecánicamente. Escribe con detalle para él. Le escribe cuánto le gusta a ella que él la toque ahí, en sus pechos; cuánto le gusta que la bese ahí, abajo, en su sexo; cómo le gusta a ella besarlo a él, ahí, entre sus piernas y conseguir lo que él más desea, hasta hacerlo gruñir y mancharse con ese líquido pegajoso. “Ése es el mejor momento”, escribe. Se demora en cuánto disfruta cuando él la besa en la boca, con la lengua. Pero es mentira, ella nunca se deja besar. Ella escribe la carta como si se tratase de una tarea para el colegio, con dedicación, eligiendo las mejores palabras, cuidando su caligrafía

y la puntuación. Termina la carta pero antes de ponerle punto final, escribe “te amo” y al lado coloca su firma. Pone el papel en un sobre y se dirige al cuarto de su madre, el lugar de la casa donde suele hacer la verdadera tarea de la escuela. Lleva su cuaderno, dentro del cual esconde la carta. En el cuarto de su madre se extiende sobre la cama boca abajo, lleva el uniforme verde de la escuela bilingüe a la que concurre, y se pone a hacer los deberes mientras espera. Escucha el sonido de la canilla de la bañera. “Ya está preparando todo”, piensa, impaciente, “va a venir de un momento a otro”. Y no hace más que terminar de pensarlo cuando aparece él en el marco de la puerta y le dirige esa sonrisa que ella conoce tan bien. Él se acerca casi corriendo y la desviste, rápido, con torpeza. La mira con aprobación. Le acaricia su pelo castaño y largo, desde las raíces hasta las puntas que se tocan con los pechos de ella. Le dice que están creciendo muy bien, redondos y erguidos. Ella lo escucha con vergüenza pero también con orgullo. Luego él se quita el pantalón y empuja la cabeza de ella hacia abajo. Ella ya sabe lo que tiene que hacer. Él se lo ha enseñado. Mientras hace lo que debe escucha cómo su hermana chapotea en el agua de la bañera, siente sus balbuceos de nena y desea con todas sus fuerzas que no salga nunca de ahí, que no los descubra. Los jadeos de él están llegando al momento que ella siempre tanto espera. Y lo espera de ese modo, con devoción, porque entonces todo termina. Y así sucede. Él se su-

be el pantalón y le pide la carta. Ella se la entrega. Él se va y ella entonces puede seguir con los deberes. Antes, se viste y se limpia la boca con un pañuelo de papel. Sabe que todo volverá a suceder dentro de dos días.

K.S. tiene diez años y desde hace dos pasa con su padrastro tres tardes por semana —las mismas en las que su madre toma un curso de historia del arte del renacimiento, antes fueron otros cursos de otras artes, de otras épocas— en la habitación de ella, mientras su hermanita —en realidad la hija de su mamá con él— permanece en el baño abarrotada de juguetes adentro de la bañera con sales y burbujas y con la puerta cerrada.

Ahora K.S. tiene dieciséis años y le dice que no a él, que ya basta, que no le gusta más, que está enamorada de un chico de su edad, que eso que han estado haciendo no lo quiere hacer más. Y entonces él la castiga. Le prohíbe salir con su novio, convence a su mujer de que K.S. es muy chica todavía para salir con muchachos. Y su mujer no opone resistencia. Es así como no le permiten a K.S. ver a su novio y es así como él logra que K.S. acepte seguir viéndolo, en cambio, a él para así conseguir su permiso para salir con quien quiere. Los encuentros ya no tienen lugar en la habitación de la madre que ha dejado de hacer cursos y ahora pasa las tardes en la casa. Él la lleva de paseo en su

coche y busca caminos perdidos fuera de la ciudad donde detenerse. Es en el coche donde ahora tienen lugar los encuentros.

Pero K.S. ya no puede más. Aguanta dos meses y vuelve a la carga. Le dice otra vez que basta. Le grita que ya no sabe cómo seguir mirando a su madre, le grita que fue una idiota; chilla que se equivocó, que él la embaucó, que le hizo creer que su madre estaba loca y que su padre la había abandonado. Pero ahora K.S. sospecha de todo lo que él le ha dicho. Su padre, en realidad, la ha visitado todos los fines de semana y se ha ocupado puntualmente de la cuota alimentaria y de mucho más, también le ha pasado dinero para la nueva familia de su madre, de un modo soslayado, a través de ella. Y ella muchas veces le ha prestado ese dinero a él.

“Tu padre es un banco, no es un padre”, le dice siempre él.

Y con su madre la relación nunca fue muy fluida pero ahora que lo piensa: ¿no habrá sido ella la culpable de que la relación fuese así de tensa? Su madre seguro que se dio cuenta y ahora que hace memoria recuerda que incluso una vez se lo dijo, cuando K.S. tenía doce años.

—Déjalo en paz.

—Estás loca. ¿Qué dices? —le contestó K.S., convencida de la justicia de todo lo que sucedía y de los celos enfermizos de su madre, sobre la que él le machacaba que estaba loca, que no cuidaba lo suficiente ni de ella ni de su hermana.

Y, como para confirmarlo, su madre le da un sopapo a K.S. cuando niega todo y K.S. la odia y sí, piensa que él tiene razón, que ella está loca.

Y ahora que se está convirtiendo en una mujer no puede creer en lo que se metió. Por eso la trataba mal, por eso su mamá le hacía desplantes, por eso muchas veces sintió que la odiaba. Su madre tenía razón. K.S. siente una culpa espantosa. Está muerta de miedo. Le da vergüenza que alguien pueda enterarse de lo que vino haciendo todos estos años.

Por eso K.S. le dice que ya basta. Ahora se da cuenta de que es un monstruo. Dos monstruos: él y ella pero sobre todo ella.

Él, sin embargo, siempre encuentra el modo para que haya una vez más. Se apaña en las necesidades de K.S.: si quiere salir con su nuevo novio, primero tiene que pasar un rato con él; si necesita que la lleve en coche a la ciudad —K.S. vive en las afueras de Madrid— va a tener que pagar.

—¿Me llevas al centro?

—¿Por cuánto? —pregunta él.

Y cada pedido, cada pedido sonso de hija, porque eso es lo que K.S. cree que es y por eso sigue pidiendo, reclamando una atención que no recibe, tiene una tarifa.

—¿Por cuánto?

Y K.S. paga, como si no tuviese otra alternativa, como si no pudiese escapar de esa rutina que él le enseñó desde muy chiquita.

Es su deber, piensa, por eso cae una y otra vez, por eso aunque dice basta cree que nunca será suficiente. Debe pagarle al hombre que la ha acompañado durante toda su infancia mientras sus padres estaban distraídos en quién sabe qué, al menos ella sentía eso, al menos él le ha hecho creer que si no hubiese sido por su presencia ahora sería una chica abandonada a la mala suerte de Dios. Y K.S., entonces, se arrodilla ante él y lo hace o se sube al coche y lo hace de otro modo. A veces llora sin que él la vea. Ya no sabe cómo salir de esa situación.

Pero ahora K.S. dice basta con determinación. Está dispuesta a confesarlo todo, pase lo que pase. Dice que va a contarle a su padre todo lo que ha sucedido, a todo lo que la ha obligado. Y entonces él le recuerda que tiene las cartas, escritas en letra primorosa y en papel verde, que en las cartas está demostrado que él no la obligó a nada, que a ella le gustaba todo lo que hacían, ella lo ha descrito con detalles muy explícitos, con descripciones que no dejan lugar a dudas.

—Pero tú me pedías que te escribiera las cartas.

—Pero eso no lo sabe nadie. Y además: yo sé que te gustaba.

Y K.S. se desmorona porque es cierto. ¿Quién va a creerle? Que ella lo cuente es una cosa, pero las cartas, las cartas no.

Su madre va a odiarla todavía más y su padre la va a despreciar y su novio la va a dejar. Está perdida. Piensa por primera vez en matarse.

—Yo te quiero —afirma él.

Y K.S. se horroriza, se espanta de lo que ella alguna vez ha sentido. Porque K.S. debe reconocer que sí, que hubo un tiempo en que ella creyó que lo amaba.

—Te quiero —decía él.

—Te quiero —contestaba ella, a los diez, a los doce, a los catorce años.

Hubo una época en que él le parecía todo lo que tenía en el mundo: el padre que le faltaba, el amigo, el hermano y el amante y que todo lo que sucedía entre ellos era parte de ese amor particular que se profesaban, nada le parecía extraño. Pero ahora K.S. siente remordimientos, ahora entiende, ahora que conoció otro hombre y sabe que lo que él le ha propuesto durante todos esos años no ha sido más que un atropello a su inocencia, a su debilidad de nena que se sentía abandonada por todos y entonces él aparecía como su héroe, como su refugio, como el único vestigio de amor, no importaba cómo este sentimiento se manifestase.

—Ésta es la última vez —le dice cuando él se está acomodando el pantalón en el coche.

Y entonces él le vuelve a recordar que tiene las cartas y la amenaza. Sin rodeos, le dice que si alguna vez cuenta algo de todo lo que ha sucedido en esos años, él se las mostrará a todo el mundo y entonces qué.

—¿Y entonces qué? —refuta K.S., que siente que no tiene nada que perder.

Y otra vez piensa en matarse, quizá las vías del tren, quizá las pastillas de dormir de su madre, cualquier cosa menos seguir con eso. Pero él le hace una propuesta que parece sencilla y K.S. se calma.

—Si te acuestas una vez más conmigo, te prometo que te dejo en paz.

—No —dice K.S. sin demasiada convicción, aferrándose a la vida.

—Vamos, la última vez.

Y K.S. necesita creer porque sabe que no va a tener valor para matarse y hace lo que le pide.

Esta última vez van a un hotel y todo parece como en los tiempos en que lo hacían por las tardes mientras su hermana se bañaba.

K.S. trata de que todo suceda rápido. Lo hace mirando a un costado, esperando que él tenga su orgasmo, ella finge el suyo y espera que todo eso termine rápido. Para siempre. A cambio le pide las cartas.

—Nunca te las voy a dar.

—Esas cartas son una mentira, tú me pedías que te las escribiera.

Él no le contesta. Mientras se viste, le confiesa.

—Voy a abandonar a tu madre.

—No, por favor, ella no lo soportaría.

—Esa casa sin ti no me interesa.

K.S. no cree que él sea capaz. Piensa que es otro ardid para seguir teniéndola pero él cumple con su palabra, con toda su palabra. Nunca más molesta a K.S. pero también abandona a su madre.

Al año se casa con una chica dos años mayor que K.S. y que tiene su mismo nombre.

A pesar de todo, K.S. lo sigue viendo porque acompaña a su hermana cada vez que a ella le toca visitarlo. Teme que él pueda hacerle algo pero también existe un raro sentimiento en ella que no le permite despegar del todo. De alguna manera, con todo terminado, siente que ha perdido un afecto que necesita.

Cuando K.S., por pedido de su madre, le reclama a él algo para su hermana vuelve a escuchar la vieja pregunta.

—¿Por cuánto?

Y otra vez paga para que su hermana tenga lo que necesita, para que no tenga que pagar ella y para que su madre no la acuse de inútil por su incapacidad de sacarle a él lo que ella le ha encargado.

—¿Por cuánto? ¿Por cuánto? ¿Por cuánto?

Ya no aguanta más escuchar esa pregunta, ya no soporta más realizar los pagos.

Cuando cumple los dieciocho, K.S. se desloma por conseguir una beca para estudiar arquitectura en la Universidad de Southern California. La consigue. No lo duda y se va. Él trata de impedirselo pero esta vez ella no paga, no escucha, no atiende razones.

Su madre siente alivio por su partida, al menos eso percibe ella. Su padre, como siempre, le envía puntualmente dinero.

En Estados Unidos tiene montones de novios pero siempre le pasa lo mismo: es incapaz de tener un orgasmo. Logra divertirse con chicos de su edad pero su sexualidad transcurre incompleta y ella ya cree que siempre va a ser así y no le importa. Empieza a arrinconar en alguna parte de su cabeza los años perturbadores de su infancia hasta que cree que puede perdonarse. Pero la vergüenza nunca la abandona.

Regresa a España a los veinticinco con una carrera terminada, notas brillantes y un futuro promisorio.

Se va a vivir sola. Su padre le regala un departamento en Ópera. No lo ve más a él. Apenas visita a su madre y empieza una relación más estrecha con su padre que la ayuda a montar un estudio en el centro de Madrid, cerca de donde vive. Con su hermana menor mantiene una relación fluida. Con sutileza, trata de averiguar si él le ha hecho algo. No lo tiene claro. Su hermana demuestra el mismo apego hacia él que ella sintió cuando tenía su edad. Su hermana odia y desprecia a su madre del mismo modo que ella lo hacía. Pero no se atreve a preguntar directamente. Preguntar sería delatarse y no es el miedo lo que la frena. Es el pudor.

Los novios de K.S. siguen pasando y ella continúa masturbándose para conseguir un orgasmo. Es el único modo en que lo consigue. Su modo de vivir su sexualidad finalmente hace que todas sus relaciones terminen. Hasta que conoce a F. Y con F. puede.

—Te he encontrado —le dice K.S., sintiendo que ese hombre puede salvarla.

La relación se desliza por carriles idílicos en los primeros meses y entonces deciden convivir. Al poco tiempo, K.S. tiene su primera crisis. Le da miedo esa convivencia. La idea de él está muy lejos en ese momento. Tiene toda su energía puesta en consolidar su relación con F. Tiene miedo de no saber cómo manejarla y entonces decide iniciar una terapia.

Y es de este modo inesperado cómo el pasado vuelve.

Durante los primeros meses, K.S. se dedica a escarbar en su relación con F. Pero su psiquiatra escucha otra cosa y entonces le pregunta directamente.

—¿Qué pasó con él?

Y durante dos sesiones K.S. asegura que nada, que si alguna vez algo sucedió todo ocurrió en la fantasía de su madre, en ese momento hasta ella misma duda de que aquello haya sucedido. Pero sabe que sucedió. Tiene vergüenza de contarle, da vueltas, le miente a su psiquiatra, se miente a ella misma, hace tiempo, hasta que finalmente lo suelta.

—Me acosté con él durante años.

Y es en ese momento cuando se desmorona y llora y llora por meses sin consuelo.

K.S. tiene hoy treinta años. Pasó dos yendo todos los días a la consulta de su psiquiatra, tomando antidepresivos, desmontando la culpa que se car-

gó, tratando de entender dónde estaban puestas las responsabilidades. Un trabajo largo y penoso. A veces F. la pudo acompañar; otras tantas, no. Ahora siguen juntos y están por casarse.

K.S. le contó lo sucedido en aquellos años a su padre y a su madre. Ya no se sintió culpable, les preguntó si sabían, si alguna vez habían sospechado algo. Los dos callaron. Y K.S. está segura de que los dos sabían y que no la protegieron.

—¿Qué esperas, que lo muela a golpes? —le pregunta su padre y después nunca vuelve a hablar del asunto y jamás se enfrenta con él, que es lo que en el fondo K.S. hubiese esperado que hiciera.

Su madre, en cambio, con el tiempo le pide perdón y entre juramentos le asegura que si ella hubiese sabido, lo habría matado. K.S. elige creerle. Todavía siente que tiene una deuda con su madre.

Junto con su psiquiatra y un estudio de abogadas estudian la posibilidad de iniciarle una causa a él. K.S. no está segura. Cree que él se merece un castigo. No sabe, sin embargo, si va a tener fuerzas para resistir el proceso, las pruebas, los careos, las humillaciones, las dudas, las condenas de los otros. Por ahora prefiere seguir con su vida dejando en suspenso esa cuenta del pasado. No cree que alguna vez pueda saldarla, quizás alguna vez se decida a intentarlo o quizá deje el pasado quieto y enterrado, si semejante cosa es posible.

Francis

Francis es un chico de suerte. Tiene diez años y vive con sus padres y sus hermanos en la aldea de Koch Ongako, a unos quince kilómetros de Gulu, la ciudad más importante del norte de Uganda donde habita la mayoría de los de su tribu, los acholi, que suman poco menos de un millón de personas, el cinco por ciento de la población total del país africano, veinticinco millones de habitantes. El norte de Uganda, llamado la Acholiland, tiene una dimensión similar a la de Bélgica.

Francis cree que es un chico de suerte porque por las mañanas va a la escuela y por la tarde juega con sus amigos a la pelota y a pesar de que su padre tiene otra mujer en la capital, sigue prefiriendo dormir todas las noches en la aldea con su madre y cenar junto a sus hijos. Francis y sus seis hermanos soportan los golpes con los que su padre zarandea a su madre, algo bastante común en esos territorios.

Los golpes y las reconciliaciones forman parte de su vida cotidiana. No se asusta, no se intimida, detrás de cada zorra vislumbra un amor apasionado, loco, insaciable.

Su padre se convierte en un hombre manso cuando le narra cuentos cada noche, viejas leyendas de su tribu y así se duerme Francis, arropado por las tibias palabras de papá, por las aventuras de sus antepasados.

Lo que lo ha convencido de que es un chico de suerte —más allá de la vida humilde de la aldea, de los golpes de su padre, de sus días de ausencia, de la pobreza que lo circunda— es que a él no le sucedió lo que a otros diez mil chicos de su edad, o más pequeños todavía o apenas algo mayores. A Francis no lo secuestró la guerrilla para enrolarlo por la fuerza en sus filas. No. A él no. Y ésa es la mayor de las suertes. No tiene miedo. Es un chico intrépido, confía en crecer a salvo de esa guerra que dura desde que nació, según le cuentan, desde antes de su nacimiento, desde antes que sus padres engendraran algún pensamiento, desde antes de que comenzase a contarse la historia, una guerra olvidada por el mundo porque en ella no están en juego ni petróleo ni diamantes, sólo los cuerpos de quienes son obligados a batirse en las batallas.

La guerra en la región llamada Acholiland comienza con la intención de desarrollar un sistema de gobierno que integre las aspiraciones colectivas de una sociedad plural como es la sociedad ugandesa,

donde existen diferencias históricas entre las etnias del norte y del sur. Distintos proyectos étnicos, políticos y religiosos amenazan con frenar la construcción de Uganda como nación. Hasta la llegada al poder de Idi Amin en 1971 —y todavía antes— el control del poder se obtiene y conserva a través del uso de la violencia. El conflicto en Acholiland comienza pocos meses después del último cambio de régimen político, exactamente en 1986 —año en que nace Francis— cuando el Movimiento de Resistencia Nacional de Yoweri Museveni, compuesto sobre todo por ugandeses pertenecientes a tribus del sur que han combatido durante cinco años contra un gobierno dominado por las etnias del norte, derriba el régimen militar de Tito Okelo, un general que proviene de la región Acholi y que a su vez ha derribado al presidente Milton Oboto seis meses antes. Muchos militares acholis huyen hacia Sudán y otros prefieren esconder sus armas y permanecer en Uganda a la expectativa de lo que pueda suceder. Luego de seis meses de relativa calma, algunas unidades del nuevo ejército comienzan a realizar toda clase de ultrajes con la población civil del norte. Éste fue el detonante que dio inicio a la rebelión contra el nuevo régimen de Museveni. Los antiguos oficiales vuelven de Sudán en agosto de 1986. De este modo comienza la guerra en el norte de Uganda, apoyada en aquel momento por una gran parte de la población, especialmente rural. El primer grupo rebelde se llamó Ejército Popular Democrático Ugandés (UPDA).

A finales del 86 una “maga” llamada Alice Lakwena, que dice ser una médium que se comunica con distintos espíritus, toma el mando de una unidad del UPDA y da vida así a un subgrupo llamado Movimiento del Espíritu Santo. En nombre de la magia vudú que profesa, Alice instiga a sus tropas a pelear con piedras, asegurándoles que cuando den en el blanco, se convertirán en granadas. De este modo con piedras, palos y muñecos vudúes se ponen como objetivo sitiar Kampala, capital de Uganda, pero a finales de 1987, el ejército de Museveni frena el avance de los rebeldes de Lakwena a pocos kilómetros de Jinja, la segunda ciudad de Uganda. Las luchas entre los bandos son feroces y mueren miles de rebeldes en lo que se considera una de las mayores matanzas de África. Alice Lakwena huye a Kenia, donde vive todavía, mientras su ejército se va disolviendo y sus integrantes vuelven hacia el norte para intentar reorganizarse. En el entretiem po sucede un hecho que contribuye al empobrecimiento de los acholis: los karimiyong, una tribu vecina de pastores seminómades, saquean las ciudades acholi, y matan muchos animales: vacas, ovejas y cabras. Nadie duda que ese saqueo, que arruina la base de la economía rural del pueblo acholi, es realizado por mandato del gobierno de Museveni.

Es en esos días cuando comienza la primera negociación entre el gobierno y lo que queda del UPDA. En junio de 1988 se llega a un acuerdo de paz por el cual los oficiales y las tropas del UPDA son incorpo-

rados al ejército regular. Sin embargo, la guerra no termina. Un pequeño grupo del Movimiento del Espíritu Santo permanece fuera de las negociaciones y decide continuar la rebelión bajo el comando de un familiar de Alice Lakwena, Joseph Kony, quien dice ser un sobrino de Alice aunque nunca haya podido comprobarse parentesco alguno. A Kony le interesa heredar los supuestos poderes mágicos de Alice, su misticismo, su ecléctica vocación religiosa por la cual Alice ha conseguido mezclar magia vudú con creencias enraizadas en el cristianismo. Muñecos con alfileres pero también reverencias a nuestro señor Jesucristo y al Espíritu Santo.

La violencia en la región Acholi continúa y la gente debe habituarse a vivir en el medio de la inseguridad, a veces intermitente, a veces insoportable. Es en ese año cuando los ugandeses conocen la sospechosa mística de Joseph Kony, que pregona ser la encarnación del Espíritu Santo. En 1991 el gobierno lanza una dura ofensiva militar conocida como Operación Sésamo. A través de ella logran aislar el norte del país y capturar a muchos opositores. El gobierno obliga a los campesinos a unirse a la caza de los guerrilleros con cualquier arma que tengan disponible. El único resultado real de esta operación ha sido exacerbar la ira de la guerrilla de Kony que infringe terribles mutilaciones físicas sobre los campesinos cuyas únicas armas, literalmente, consisten en arcos y flechas. Sin embargo, en agosto de 1991, el gobierno anuncia que Kony ha sido derro-

tado. Todos piensan que la barbarie ha terminado por fin. Desde ese momento hasta 1993 no se registran actos de violencia y parece que la región Acholi comienza a renacer. Pero en el norte de Uganda la paz no dura. En la segunda mitad de 1993 los guerrilleros de Kony —conocidos a partir de entonces con el nombre de Ejército de la Resistencia del Señor (LRA)— empiezan a recibir apoyo del régimen islámico de Sudán que quiere vengar así el apoyo prestado por el gobierno ugandés de Museveni a John Garang, líder de los rebeldes sudaneses del Ejército de Liberación de Sudán (SPLA). Es más acertado decir que ha sido el gobierno de Estados Unidos el que arma y presta todo tipo de colaboración con el SPLA a través del gobierno ugandés de Museveni, su mejor aliado en el continente africano. Durante los últimos meses de 1993, después de una fallida iniciativa de paz, los guerrilleros recommenzan los ataques en la región Acholi, haciendo blanco en la población civil. De este modo tiene inicio el período más cruel de la guerra y es entonces cuando comienzan los secuestros de los niños y los saqueos despiadados a las aldeas.

A pesar de todo el horror, de una historia que parece moverse en círculos concéntricos cada vez más sanguinarios, Francis imagina que crece en armonía, quiere ser médico, quizá consiga llegar a ser un hombre en tiempos de paz. Francis tiene confianza en el futuro. Cree que los combates forman parte de una película lejana, un western de tribus y de ma-

lentendidos y muertes inútiles del que él no formará parte. Jamás. Su casa lo protege. Los brazos de su madre y las palabras de la noche de su padre, aunque éstas no le cuentan nunca que Joseph Kony es un guerrillero heredero de una consigna vudú, enloquecido de poder y de sangre que se cree la reencarnación del Espíritu Santo y en nombre de él mata, secuestra, viola y lucha con armas para su propio beneficio, a pesar del apoyo permanente suministrado por el gobierno de Sudán. Quizá por esa pieza del engranaje que no conoce es que Francis se atreve a montar su suerte. Pero ésta no tiene nada que ver con la realidad. Esa buena estrella no ha sido más que una construcción de su más íntimo deseo, una protección que se ha inventado contra las evidencias dolorosas de la vida en su país. La suerte le está tejiendo una trampa a su vida confiada. Y entonces sucede. Ocurre en una noche cerrada, cuando los duendes de su fortuna parecen haber caído en un sueño tan profundo que no pueden escuchar el ruido escandaloso de los machetes, la pesadilla de los gritos de pavor de su madre, el jadeo asustado de su respiración. Los duendes de la suerte lo han abandonado y no hay magia, sólo una realidad cruda por la que dos soldados lo muelen a golpes mientras otros cinco queman la casa en la que ha jugado y estudiado. Mientras violan a su hermana Alice, la más pequeña, la más querida, mientras a los diez años empieza una vida para la que no está preparado. Una vida más allá de sus sueños.

Los guerrilleros del Ejército del Señor arrasan con toda la aldea, expulsan a la gente de sus casas, roban sus cultivos, saquean sus graneros y, sobre todo, se llevan a los niños.

Ante la falta de apoyo de la población acholi, Joseph Kony emplea tácticas de terror despiadadas, con ataques nocturnos a aldeas y ciudades que duran toda la noche y dejan cada vez cientos de casas incendiadas y docenas de civiles muertos, la mayor parte de ellos horriblemente mutilados. Los oficiales del ejército están corrompidos y no tienen ningún interés en terminar la guerra porque se están enriqueciendo con ella, y sus soldados de a pie se arrastran desmoralizados y mal pagados. Ninguno de los dos puede contener la feroz ofensiva del LRA. El LRA carece de apoyo popular y ejecuta el secuestro de niños para engrosar sus filas. Cada vez que pisan Uganda —su base de operaciones se sitúa en Sudán— se dedican durante varios meses a secuestrar a cientos de niños y niñas, a los que atan con cuerdas y se los llevan a Sudán para obligarlos a sumarse al entrenamiento militar.

Corre 1996 cuando Francis pierde su suerte y comienza a vivir como ya lo han hecho antes muchos niños de las aldeas acholi, secuestrado en manos de la guerrilla, un niño guerrillero a la fuerza.

Tiene diez años y su edad constituye un tiempo ideal para la manipulación a la que es sometido por el ejército de Kony. La guerrilla utiliza niños-soldado porque sabe que suelen ser los que más obede-

cen: el miedo ciego no les impide ejercer las más brutales hazañas: saqueos, asesinatos, golpizas, robos, violaciones, aun entre sus familiares, aun entre los de su tribu que los ha cobijado hasta el momento fatal del secuestro.

Pero esa noche funesta para Francis, cuando todavía tiene diez años, mientras la guerrilla dispara en todas direcciones e incendia cabañas a su paso, su madre intenta en vano ponerse a buen resguardo con sus seis hijos. El padre no está. Esa vez no hubo cuentos ni peleas, ha elegido dormir junto a su amante joven de la ciudad. La madre de Francis, acurrucada en una zanja y temblando de miedo, pronto se ve de frente a varios guerrilleros, feroces y jóvenes, que los enfocan con sus linternas y les golpean con saña. Sus hijos mayores tienen tiempo para escaparse. La madre llora mientras abraza a Francis. Sin embargo, consiguen arrancarlo de su regazo y se lo llevan mientras dejan a la mujer llorando desesperada. Es vieja y no la violan.

Pronto Francis se encuentra en plena selva junto a otros niños secuestrados como él. Los atan con cuerdas y les ordenan que marchen a paso vivo. Caminan toda la noche. Al día siguiente dos niños tienen los pies tan hinchados y ensangrentados que no pueden continuar la marcha. El comandante detiene a todos y ordena a algunos de sus soldados que repartan bastones entre los recién secuestrados, Francis entre ellos. Atan a los dos rezagados, los tumban boca abajo y ordenan a los chicos seleccionados

que los golpeen fuerte en la cabeza hasta hacerlos morir. Negarse significa morir a palos también ellos. Francis siente un estremecimiento pero no puede negarse. Es su vida o la de esos otros chicos y decide participar en la matanza, decide vivir. Toma un palo, se acerca a uno de los chicos y empieza a golpear con toda la fuerza de la que es capaz. Cierra los ojos y machaca. Siente el ruido del palo sobre el cráneo del otro chico, siente otros palos golpeando sobre esa misma cabeza y esos sonidos se mezclan con los gritos de dolor del chico que aúlla mientras es azotado. De pronto sólo escucha el ruido de su palo golpeando y se atreve: abre los ojos. El niño ha dejado de gritar. Está muerto. Ésa es la primera vez que Francis mata. Necesita, sin embargo, pensar que quizá no ha sido él quien ha asestado el golpe definitivo que acaba con la vida de un niño a quien conoce muy bien. Es su compañero de juego de la tarde, con quien ha jugado tantas veces a la pelota después de la escuela. Francis no quiere pensar que ha sido su palo el que terminó con la vida de su amigo. No quiere ni imaginarlo aunque sabe, a pesar de sus ojos cerrados, exactamente qué ha sucedido. El pavoroso y premonitorio silencio se lo ha confirmado.

Una vez que la guerrilla consigue que los niños débiles estén muertos, obliga a los fuertes a pisotear los cadáveres de sus antiguos compañeros. Y eso hace Francis, obedece y pisotea a su compañero de juegos cuya cara reconoce a pesar de la desfiguración sufrida por los golpes.

Ésa es una de las primeras reglas que se debe aprender en el LRA: el que no puede caminar o el que intenta escaparse, es atrapado y se lo mata en el acto, y se hace a palos, para ahorrar balas y no hacer ruido porque eso puede atraer la atención de los soldados gubernamentales. De este modo, cada niño aprende pronto una de las reglas básicas: hay que ser cruel y matar, y así se asciende pronto y se pone a salvo la propia vida, en cambio la compasión por los demás sólo acarrea castigos que pueden terminar en la muerte.

Francis piensa que ya no podrá regresar nunca más a su aldea, que tarde o temprano su familia y sus amigos sabrán que él mismo ha participado en la matanza de dos de los niños de Koch Ongako. Tiene vergüenza y ni se le ocurre escapar. No quiere morir y aunque el precio de su vida es alto, a sus diez años entiende que no tiene otra alternativa.

A la semana de caminar por las junglas del distrito de Gulu, el jefe rebelde les dice a los niños que al día siguiente serían “reclutados oficialmente” en el LRA. Cuando llega el momento, Francis comprende con dolor en qué consiste el reclutamiento. Todos ellos son despojados de sus camisas, atados con cuerdas y obligados a tumbarse boca abajo, como los chicos de los pies hinchados. Comienza entonces un apaleamiento que los hace gritar hasta agotarse. Algunos pierden el conocimiento. Después de largos minutos de esa tortura, a Francis lo obligan a ponerse una camisa empapada en sangre de

uno de los niños que no pudo soportar la ceremonia de “reclutamiento” y ha muerto. Los sobrevivientes ya son nuevos guerrilleros del Ejército del Señor, entre ellos está Francis Okelo con sus diez años.

A las pocas semanas entran en Sudán. Progresivamente, el paisaje se torna menos verde, desaparecen los árboles y los ríos y todo se convierte en más árido y hostil. El paisaje pero también la vida.

La sed se transforma en un tormento diario. Los guerrilleros les niegan el agua, un bien que se convierte en precioso, en un privilegio al que sólo se accede en las jerarquías. Pronto llegan a Jebelein, base principal al sur de Juba donde se encuentra el mismísimo Joseph Kony y sus comandantes.

A los pocos días de la llegada a la base, tiene lugar una nueva ceremonia. En ella los flamantes reclutas son ungidos con aceite de sésamo y Kony les dirige una arenga en la que los exhorta a combatir para derrotar al gobierno de Museveni. Les dice que deben olvidar a su familia y su lugar de origen. Todos los acholis se han convertido en traidores al aceptar a Museveni y merecen la muerte. Ellos, los nuevos soldados, son ahora unos privilegiados, ya que pertenecen a la nueva tribu acholi, la fundada por el divino Joseph Kony, pura e incontaminada. De hecho, Francis nota que al llegar a Jebelein las chicas son repartidas entre los comandantes, algunos de ellos adolescentes secuestrados durante su infancia. Este método funciona también como in-

centivo para los muchachos que llevan ya algún tiempo con la guerrilla, de manera que además de amortiguar el miedo a escapar por temor a las represalias, los mantiene en la guerrilla el status de poder disfrutar de docenas de chicos y chicas a su servicio y el privilegio de tener a varias esposas o concubinas.

Tan pronto como las niñas se hacen adolescentes las usan como esclavas sexuales y para producir hijos: la nueva tribu acholi que reemplazará a la antigua, según Kony corrompida profundamente al aceptar el nuevo gobierno de sureños.

Muy pronto comienzan los entrenamientos militares: manejo de las armas, especialmente del fusil AK-47 o Kalashnikov, las ametralladoras, el lanzagranadas RPG, y también cómo poner minas. Todas estas armas son regularmente proporcionadas por el ejército del gobierno de Sudán, que trae camiones de provisiones militares para ser descargados en el campo base del LRA.

A los dos meses Francis es asignado a una unidad militar bajo el mando de Onekomon, un joven teniente él mismo secuestrado casi al comienzo de la guerra, en 1987, natural de Alero, no muy lejos de su aldea de Koch Ongako. Tiene fama de cruel y de ser un gran luchador. Todavía están en Sudán, donde también el LRA realiza operaciones a favor del gobierno y contra el SPLA. A su nueva unidad les asignan un ataque a una de las posiciones de la resistencia, la mayor parte de ellas pertenecientes a

la tribu dinka, del sudeste sudanés, relacionada con el SPLA. El objetivo de estos ataques por sorpresa, casi siempre al amanecer, es matar al mayor número posible de ellos y robarles la comida. Ésa es la primera vez que Francis entra en combate y ve cómo algunos de sus nuevos compañeros mueren bajo las balas de los dinkas. Francis no sabe por qué está luchando, por qué empuña un arma, por qué debe matar, pero lo hace.

Es así como participa en varios de estos combates y en uno de ellos es herido en la mano derecha. Onekomon habla de Francis a Kony, le explica que es un gran luchador, que es un niño sin miedo y que desafortunadamente ha sido herido al haber desafiado las balas por haberse colocado en primera línea de combate. Onekomon quiere cuidar a Francis, al que ya considera un soldado importante en sus filas, sabe que sin su intervención ante Kony, Francis corre peligro de ser arrumbado por invalidez.

Kony, convencido por Onekomon, lleva a Francis con él a Juba y lo hospeda en su propia casa, donde Francis puede ver que tiene varias mujeres, cuenta como sesenta. Tras realizarle las primeras curas, lo trasladan junto a otros niños heridos a Jartum donde pasa tres meses recuperándose en el hospital militar. Puede restablecerse pero su mano derecha pierde movilidad, en menos de un año se convierte en una suerte de inválido pero de todos modos lo obligan a seguir disparando y eso es lo im-

portante en el seno del LRA. Y Francis pasa la prueba con creces, vence su propia invalidez para sobrevivir. Ya tiene once años.

Una vez que está totalmente recuperado, participa en varias incursiones a Uganda. Si antes él ha sido secuestrado, ahora es él mismo quien dirige ataques a poblaciones en las que se secuestra a nuevos niños aterrorizados, tan aterrados como él durante esa noche en la que el LRA lo secuestró.

En cierta ocasión, uno de los niños recién secuestrados intenta escapar y al ser atrapado el comandante da órdenes de que le corten el brazo derecho. Francis participa en la mutilación.

Los ataques le producen náuseas. En una ocasión, en 1998, atacan una aldea en el distrito de Kitgum y matan a machetazos a veinte personas. Francis recuerda muy bien cómo una vez Onekomon dirige un ataque a la ciudad de Kitgum en el que entran en la estación de autobuses. Francis secuestra a punta de fusil a una madre y a sus cinco hijos. A la mujer la dejan libre al día siguiente junto con su hijo más pequeño. Los demás son reclutados. La mujer llora mientras ruega que liberen a sus hijos. Francis se acuerda por un momento de su madre y de su propio secuestro, pero inmediatamente el registro de guerrillero duro se sobrepone a toda compasión. Es así como decide golpear a la mujer para que se marche corriendo. Acaba de cumplir los doce.

Francis se convierte en un experto en dirigir emboscadas contra vehículos. Debe estar tirado en el piso, sin moverse, desde antes del amanecer durante varias horas y esperar a que pase el primer vehículo. Después se dispara utilizando el máximo fuego posible, se actúa con rapidez para robar todo lo que se encuentra a bordo. Finalmente se incendia el coche, a menudo con los heridos dentro. De este modo, el 1º de octubre de 2000, a las nueve de la mañana, Francis dispara contra un coche procedente de Pajule. Dentro va un misionero italiano comboniano, el padre Raffaele Di Bari. Tiene setenta años y lleva algo más de cuarenta en Uganda. Se ha distinguido por ayudar a docenas de niños secuestrados y escapados de la guerrilla, a los que paga los estudios. El padre Raffaele muere en el acto. Una religiosa ugandesa que va a su lado logra escapar. Dos niños que van en la parte de atrás son secuestrados. A Francis se le graba muy hondo el rostro del misionero. Nunca lo olvidará. Ya tiene catorce años.

En octubre de 2001 la guerra se encuentra en un estado de estancamiento. Mientras tanto, el año anterior el gobierno ha decretado una ley de amnistía por la que los guerrilleros que dejen las armas serán eximidos de ser llevados a los tribunales y se los ayudará a reinsertarse. Algunos empiezan a entregarse y pronto Kony se enfurece y prohíbe el uso de

las radios, donde se transmite la información sobre la amnistía.

En una ocasión, en el campo del LRA, Kony recolecta cientos de receptores de radio y los hace quemar en una ceremonia pública para meterles miedo a sus soldados, para dejar claro que todo el que intente escaparse terminará siendo ejecutado por los soldados gubernamentales.

Francis no tiene miedo, como nunca lo ha tenido, y ya está pensando en la fuga. Es ahora o nunca. Ya tiene quince años.

Junto con Onekomon, su superior, y varios niños y niñas escapa. Son quince. Deben llegar lo antes posible a Uganda, antes de que Kony envíe una patrulla para detenerlos. La distancia desde Jebelein hasta la frontera puede llevar entre siete y diez días de caminata. Pero llegan y entonces empieza la etapa más difícil: cómo entregarse. Aunque están en plena amnistía, las cosas no son tan fáciles. Hasta que el ejército no vea la verdadera voluntad de rendirse, pueden ser asesinados.

Pronto resulta evidente que no es una tarea fácil. En el camino se encuentran con un grupo de soldados del ejército que empiezan a dispararles. Es en vano que les griten que quieren rendirse. Después de varias horas de escaramuzas, Francis y los demás pueden escapar y seguir hacia el sur. Llegan a una aldea en Gulu donde escriben una carta en la que piden la mediación de líderes religiosos y tradicionales para salir de la guerrilla con garantías de

su propia seguridad. Ya han pasado por una batalla, saben que no sobrevivirán a otra. En tanto, esperan agazapados en la selva.

Así Francis y sus compañeros llegan a la Misión de Gulu, un oasis en el medio de la barbarie que han vivido. Allí está instalada una misión interreligiosa —desde sacerdotes combonianos hasta cristianos ortodoxos— y han construido una pequeña villa dentro de la ciudad donde protegen a niños que han logrado escaparse del LRA, donde intentan recuperarlos para la sociedad civil y reinsertarlos dándoles educación.

Francis y los demás les dicen a los sacerdotes que lo que más quieren es encontrarse con sus padres y volver a una vida normal. Después de cinco horas de diálogo, Onekomon, líder natural de esos niños dado su cargo en la guerrilla, da órdenes para que todos se suban a la pick-up de los misioneros y antes de una hora llegan a Pajule, sede central de la misión.

La gente recibe al grupo con muestras de alegría. Todos quieren que se acabe la guerra. Para ellos es un signo de esperanza ver a un grupo de guerrilleros que se rinde.

Los dos primeros días con los chicos en la misión no son fáciles. Todavía no se atreven a entregar las armas, a abandonarlas, tienen miedo de ser traicionados. No confían en nadie, hasta temen ser enve-

nenados y obligan a los sacerdotes a probar la comida antes de comerla ellos mismos. Recién a los dos días entregan las armas a los militares y sólo entonces los misioneros empiezan a buscar a sus padres.

El sacerdote comboniano José Carlos Soto Rodríguez, un hombre de cuarenta y cuatro años que vive un proyecto de vida enraizado en Jesús y en el Evangelio y que desde hace veinte años habita en Uganda, se hace cargo de Francis y encuentra a su familia con la ayuda de otro catequista. Su madre y sus hermanos creen que ha muerto y ya han celebrado sus funerales.

El encuentro es silencioso. Todos se abrazan y lloran de alegría, se tantean con miedo, reconociéndose.

Francis pasa dos meses en la misión de Pajule, bajo el cuidado de Cáritas de Gulu. Un día se aproxima al padre José, su protector, y le dice que todos los días, al lado de la iglesia, ve la tumba del padre Raffaele. Francis no habla mucho hasta que un día se pone a llorar y abre su corazón al sacerdote y le cuenta detalladamente todo lo que ha hecho desde el día que el LRA lo ha secuestrado. El padre José entiende su remordimiento, esconde el propio dolor que le produce saber que está frente al asesinato de su compañero. Apela a su caridad. Es la primera vez que el chico llora en cinco años.

En la misión consiguen que continúe sus estudios que paradójicamente son pagados con dinero que los familiares del padre Raffaele donan a la misión.

Al poco tiempo de comenzar la escuela, Francis se da cuenta de que su mano, que podía disparar para matar, apenas puede tomar una lapicera. Su antiguo comandante, Onekomon, mientras tanto, ha entrado en el ejército, donde sigue con su grado de mayor.

En el año 2002 la amnistía ha cesado y comienza una dura ofensiva del ejército ugandés contra las bases del LRA en Sudán, conocida como Operación Puño de Hierro, y el ejército necesita ex guerrilleros que conozcan bien sus tácticas, los lugares donde esconden las armas y las mejores maneras de atacar.

Mientras tanto los padres de Francis, que habían venido a la ciudad de Gulu a vivir o malvivir, se han separado. Francis se siente más cercano a Onekomon que a su familia; ésta, a pesar de sus recuerdos de infancia, no ha dejado en todo ese tiempo de ser una extraña.

Francis finalmente y por propia decisión se alista en el ejército. No ha perdido la mirada dura que construyó durante sus cinco años con la guerrilla. Francis acaba de cumplir diecisiete años. Ahora se dedica a disparar a sus antiguos compañeros, secuestrados como él. Y es que, por desgracia, lo mejor que sabe hacer, a pesar de su mano tullida, es disparar y matar, como los trescientos mil niños que combaten en guerras olvidadas en lugares pobres del mundo: Afganistán, Angola, Burundi, Colombia, República Democrática del Congo, Costa de Marfil,

Indonesia, los territorios ocupados de Palestina, Liberia, Myanmar, Nepal, Filipinas, Ruanda, Sierra Leona, Sri Lanka y Sudán.

A principios de 2006, con casi veinte años, todavía continúa enrolado en las filas del ejército contra el que una vez combatió. Quién sabe si ahora reconoce por qué lo ha hecho entonces, quién sabe si se da cuenta de por qué lo hace ahora.

En tanto, Joseph Kony en junio de 2006 ofrece su primera entrevista a la prensa. Elige el diario inglés *The Times*. Allí expresa su voluntad de diálogo con el presidente Museveni. Asegura que exclusivamente de ese diálogo depende la paz en Uganda. Museveni no acepta la convocatoria del líder del Ejército del Señor. Él no se sienta a negociar con terroristas. Sin embargo, en agosto de 2006 el gobierno ugandés acepta la propuesta del LRA de establecer un alto en el fuego y comenzar las tratativas de paz. Las conversaciones comienzan en Sudán con la mediación del gobierno de Sudáfrica pero inmediatamente se traban. Kony propone pasar a integrar las filas del ejército ugandés. El gobierno, por su parte, espera un desarme incondicional y no accede a las condiciones de Kony que lanza su propuesta cuando la Corte Penal Internacional ha ordenado su captura por crímenes contra la humanidad, acusándolo inequívocamente de la muerte de diez mil civiles a lo largo de veinte años de guerra civil. Dos de sus lugartenientes ya están siendo juzgados. Con todo, Francis sigue siendo un soldado, ahora a la deriva.

**José Luis
y Omar**

El municipio de El Progreso se encuentra en Honduras. En este país centroamericano de casi seis millones y medio de habitantes, de los cuales la mitad son menores de dieciocho años, el sesenta y seis por ciento de los niños de cero a catorce años vive bajo la línea de la pobreza. Alrededor de ciento setenta mil chicos en edad escolar quedan fuera del sistema educativo y setecientos mil chicos que consiguen ir a la escuela sufren de desnutrición crónica. Luego de Guatemala, Honduras es el país del continente americano donde se despliega en mayor porcentaje la trata de niños. Aproximadamente trescientos cuarenta mil niños de trece a dieciocho años realizan un trabajo que los pone en riesgo de sufrir daños físicos, psicológicos y morales. El once por ciento de ellos trabaja y estudia, el noventa por ciento sólo trabaja.

El Progreso es un ejemplo a escala de lo que sucede en todo el país. Está ubicado en el Departa-

mento de Yoro, al este del Valle de Sula, en la margen derecha del caudaloso río Ulúa y rodeado de montañas gigantes. La parte oeste de la ciudad está ubicada en los bordes de la cordillera de Mico Quemado. Su privilegiada posición geográfica y la fertilidad de sus tierras le han dado un lugar destacado como centro comercial y productor agropecuario.

En esa ciudad de atardeceres tranquilos, una nochecita de principios de junio de 2003 José Luis Hernández, de catorce años, y su amigo Omar Medina, de trece, están tomando el fresco mientras andan en bicicleta e intentan adivinar, ya en el anochecer, dónde terminan las afiladas e imponentes cimas de las montañas, esas que los cautivan y protegen. A pesar de la realidad que los rodea, comen todos los días y van a la escuela y no tienen que trabajar. Ahora están de vacaciones pero no pueden salir de su pueblo. Su familia no se encuentra entre el treinta y ocho por ciento de la población que vive con menos de un dólar al mes pero no pueden permitirse el lujo de salir de vacaciones. Los chicos se divierten tonteando con los amigos de su barrio, la pandilla, dicen algunos, pero su barra está lejos de ser lo que en América Central el gobierno y los medios llaman una pandilla o mara. Un grupo de niños y jóvenes inmersos en el delito: robos, asesinatos, tráfico y consumo de drogas.

Esa noche José Luis y Omar están solos, volviendo a sus casas.

Van despacio y muy tranquilamente, aprovechando la suavidad del clima, las vacaciones de la escuela, la belleza del paisaje y la sensación de que les queda toda la vida por delante para seguir repitiendo momentos tan plácidos como ése, o aún mejores, o quién sabe todavía más irreprochablemente felices. Pero esa nochecita están viviendo, sin saberlo, su último momento de felicidad.

Ya no se ve nada en la noche cerrada, de todos modos ellos siguen pedaleando igual, conocen el camino de memoria. Cuando menos se lo esperan, dos desconocidos llegan por detrás. Acaban de bajarse de un coche con el que los venían siguiendo sin que los chicos lo notasen. Los hombres los arrancan de las bicicletas tomándolos desde el cuello y los meten en el baúl del coche, en un movimiento rápido que denota destreza y hábito, como si ese ritual ya lo hubiesen realizado muchas otras veces. Los chicos gritan pero nadie puede escucharlos en la noche vacía y sus gritos se hacen cada vez más inaudibles cuando uno de los hombres cierra velozmente el maletero.

Poco antes de la medianoche sus familias intercambian llamados telefónicos, que si mi hijo está con el tuyo, que si el tuyo está con el mío. Pero nada. Entonces se juntan y salen a la calle a golpear las puertas de otros amigos, los de la pandilla con la que suelen andar sus hijos cuando van sueltos

por la calle. La pandilla es lugar de refugio y pertenencia más que lugar de trasgresión y delito, como la prensa hondureña se empeña en llamar a los morochos y pobres cuando se juntan para hacerse compañía y matar el tedio, sólo el tedio. Dos padres, dos madres, varios hermanos y toda la pandilla, una pandilla sin nombre —otros cinco chicos y chicas de entre doce y catorce años—, recorren cada rincón del barrio, barren sembrados, los vericuetos enredados de los bordes de las montañas y hasta que amanece no encuentran nada. Nadie habla de hacer la denuncia a la policía. Qué idea absurda. La policía criminaliza a sus hijos por andar en pandillas. Les molesta su pobreza, su empecinamiento de juntarse en bandas o maras para andar por ahí. En Honduras existe el consenso social de que hay que limpiar las ciudades de esos chicos perturbadores —morochos, pobres, apandillados— a los que se acusa de cualquier crimen. El gobierno de Ricardo Maduro ha decretado tolerancia cero para las maras y concretamente se refiere a la mara más poderosa de América Central, la Mara Salvatrucha. Sin embargo, en toda Centroamérica cualquier grupo de chicos que se junta en la calle a jugar, a cantar o simplemente a pasar el tiempo, es sospechado como miembro de la Mara Salvatrucha.

La Salvatrucha nació en Los Ángeles y en principio estuvo formada sólo por chicos salvadoreños; con el tiempo se extendió al resto de América Central. La existencia de esta mara criminal es la excu-

sa que ha esgrimido el gobierno hondureño para limpiar sus ciudades de niños pobres que para su concepto de mundo pueden convertirse en potenciales delincuentes si es que ya no lo son.

La Mara Salvatrucha es la mayor pandilla de El Salvador, aglutina aproximadamente al setenta por ciento de todos los pandilleros del país. Fue creada en los años 80 en California por emigrantes salvadoreños que escapaban de la guerra civil como respuesta a las pandillas ya existentes, principalmente mexicanas.

La palabra *mara* se emplea en El Salvador con el significado de gente alborotadora. *Salva* viene de salvadoreño y *trucha* significa listo o despabilado.

En Los Ángeles, la Mara Salvatrucha adoptó el número 13, ya que operaba en el distrito con ese número. Por eso también se la conoce como M13. Comenzó una carrera de robos y asesinatos tanto para sobrevivir como para marcar su identidad y distinguirse de las otras maras provenientes de otros países de América Latina o del mismo Salvador.

Al finalizar la guerra civil salvadoreña, los jueces de Los Ángeles comenzaron a deportar a los pandilleros a El Salvador. Es así como la Salvatrucha volvió a instalarse con fuerza tanto en El Salvador como en México y Honduras, adonde muchos de sus integrantes decidieron emigrar nuevamente. Hoy es una organización delictiva internacional que opera hasta en España. Sus miembros tienen diferentes edades, desde los ocho años hasta los treinta y cin-

co, muchos de ellos, hoy adultos, entraron en la mara siendo niños, para protegerse y para afianzar su identidad.

La Mara Salvatrucha se considera a sí misma como la pandilla auténtica salvadoreña y piensa que las demás pandillas son de origen extranjero, concretamente mexicano.

La Salvatrucha no tiene un alto grado de organización, no hay un líder definido para todo el país ni para toda la organización ya internacional, sino que hay varios líderes que en general son reconocidos por su prestigio. Los enfrentamientos entre miembros de la misma pandilla son muy comunes. Para entrar en la Salvatrucha, el aspirante a pandillero debe ser “brincado”: el *brincamiento* consiste en pelear con tres miembros de la pandilla, durante trece segundos y aguantar con valor. En caso de que el futuro pandillero sea de contextura muy fuerte, tendrá que pelear contra cinco. Lo importante es que sufra durante la pelea, para así demostrar que tiene agallas.

No es obligatorio tatuarse, pero la inmensa mayoría de los pandilleros lo hacen con tatuajes alusivos a la pandilla a la que pertenecen. En algunos casos los tatuajes se hacen en lugares muy visibles, como la cara o la frente. Esto se debe a que el pandillero está orgulloso de su pertenencia. Cada líder de la Mara Salvatrucha tiene su propio territorio. Este territorio está señalizado con pintadas alusivas en las paredes, normalmente estas pintadas ha-

cen referencia a la Mara Salvatrucha y a los pandilleros muertos. Como respuesta a la violencia y a la ferocidad de la Salvatrucha, se instalaron las ejecuciones sumarias extrajudiciales, alejadas de todo respeto a la ley y al derecho a un juicio justo o de inimputabilidad que tiene un menor de edad. El objetivo es terminar con la Mara Salvatrucha, a cualquier precio. A la niñez y a la adolescencia en condiciones de pobreza se le imputa en Honduras el origen de la violencia. La orientación errónea de la opinión pública, alentada por los medios y a veces también por el gobierno, origina indiferencia, estigmatización y rechazo a la niñez. Esto contribuye a que el Estado no asuma su responsabilidad de garante de los derechos de los niños, ya que la sociedad no sólo no exige su cumplimiento sino que contribuye a que se promuevan medidas represivas como única solución a los problemas de inseguridad y delincuencia.

José Luis y Omar estaban andando en bicicleta en una noche de verano y fue su único despropósito. No son chicos especialmente bonitos, ni particularmente atildados ni primorosamente pulcros. Aunque no tienen tatuajes, los pueden confundir con los pandilleros peligrosos que iniciaron su carrera delictiva en Los Ángeles. José Luis y Omar no tienen dinero, pero tampoco llevan navajas, ni revólveres ni ningún tipo de arma. No roban, no matan, no delinquen. Es la pobreza que se junta la que produce miedo. Es ese estado de cosas lo que se

quiere borrar del paisaje de la ciudad de El Progreso, esos chicos atrevidos que enredados entre sí intentan desmentir con sus carencias la potencialidad de un nombre.

José Luis y Omar simplemente paseaban en una plácida noche de verano que ha dejado de ser plácida en el exacto momento en que son devorados por el coche de esos dos desconocidos.

Al día siguiente de su desaparición, sus familias y amigos, a pesar del sueño que los sabotea, continúan buscándolos y, al llegar la tarde, encuentran las bicicletas y las huellas de que algo irreversible ha sucedido con sus hijos, con sus amigos. Se inclinan ante las bicicletas, se miran entre sí y no dicen nada. No se atreven a enunciar lo que están intuyendo. No puede ser. A sus hijos no. A su pandilla no. ¿Por qué?

De acuerdo con los datos recolectados por la organización Casa Alianza de Honduras durante la administración del presidente Ricardo Maduro, entre enero de 2002 y enero de 2006, mil novecientos setenta y seis niños perdieron su vida como resultado de una muerte violenta y/o ejecución arbitraria extrajudicial.

Casa Alianza es una organización sin fines de lucro que trabaja con los chicos de la calle en toda Centroamérica, además de coordinar centros de rehabilitación, realiza campañas de concientización

para sacar a los chicos de la calle y desde hace más de diez años está empeñada en que el mundo conozca las masacres contra los niños que ocurren en cada uno de los países donde trabajan: Guatemala, Honduras y Nicaragua.

El año 2003 batió un récord triste, el de mayor número de muertes de niños en Honduras: quinientos cincuenta y siete asesinatos. El ochenta y tres por ciento de las víctimas son varones. Cuando se trata de niñas, los cuerpos aparecen con evidencias de abuso sexual además de rastros de torturas y de tratos violentos con extrema saña: puñetazos que dejan los rostros desfigurados, cuerpos mutilados o cabezas rapadas son las señales más frecuentes que cincelan los secuestradores y asesinos, probablemente para meter miedo a quienes los encuentren.

En el setenta y cuatro por ciento de los casos las ejecuciones se realizan con armas de fuego: revólveres de nueve milímetros o de grueso calibre, como el AK-47, usado exclusivamente en Honduras por las fuerzas de seguridad.

Sólo el diez por ciento de las ejecuciones se han investigado, exactamente ciento noventa y tres casos sobre un total de mil novecientos setenta y seis. Y de esos ciento noventa y tres casos, el cuarenta por ciento no se ha resuelto; en el resto, las responsabilidades aparecen divididas entre la policía y la Salvatrucha.

Las muertes continúan presentando las mismas características y *modus operandi* de ejecuciones ar-

bitrarias que se han observado en años anteriores al gobierno de Maduro: dos mil muertes de niños y jóvenes se registraron durante el gobierno precedente.

Los cuerpos de niñas, niños y jóvenes son encontrados en lugares descampados, en ríos o en lugares poco transitados, con señales de torturas, atados de pies y manos y con disparos de gracia en la cabeza para garantizar la muerte de la víctima. A partir de 2005 se registró una nueva tendencia: los niños y niñas eran ejecutados en grupos de dos o más y sus asesinos comenzaron a arrojar los cuerpos desde autos en movimiento. Las investigaciones siempre intentaron criminalizar a los niños, justificando sus muertes por su pertenencia o relación con alguna pandilla involucrada en el crimen organizado; sin embargo, se ha demostrado que en el cincuenta por ciento de los casos los muertos eran estudiantes o niños que trabajaban en la calle, aunque su pertenencia a alguna pandilla tampoco justificaría en modo alguno las ejecuciones sumarias y extrajudiciales.

Es cosa de todos los días. Las estadísticas hablan de uno a dos niños por día. Dos niños ajusticiados cada veinticuatro horas en los conglomerados urbanos de Honduras.

José Luis y Omar le ponen nombre propio, sus nombres, a esta exclusiva estadística hondureña. En efecto, a menos de veinticuatro horas de ser secuestrados, sus cuerpos son encontrados por descono-

cidos que no los buscan. Sus cuerpos sin vida. Sus cuerpos cercenados. Sus cadáveres se encuentran en un zona descampada de El Progreso. Los penes están separados del cuerpo, cortados con la precisión de una daga amaestrada para ese tipo de tareas. El resto de su cuerpo de niños presenta un mapa triste y sanguinario de heridas hechas con algo que uno de los padres describe como un picahielos. Sobre la tierra del descampado se lee escrito con el trazo de lo que puede ser una rama: “Limpiando la ciudad”.

Los otros casi dos mil niños de la estadística fueron encontrados en situaciones similares o con un tiro en la nuca y las manos atadas en las espalda en lugares solitarios o descampados.

Dos niños muertos por día. Dos niños pobres. Dos niños de pandillas. No hay detenidos ni acusados. En 2001 la relatora especial de las Naciones Unidas sobre Ejecuciones Extrajudiciales, Sumarias o Arbitrarias, la pakistaní Asma Jahangir, visitó Honduras en una misión para investigar alegaciones de ejecuciones de niños y niñas menores de dieciocho años. Elaboró un informe en el que recomendó al Estado tomar medidas urgentes. El Estado sólo reconoció la existencia de las muertes.

Las ejecuciones sumarias de niños y niñas, sin embargo, siguen en Honduras y no se detienen.

Ester*

* El nombre fue cambiado.

Un taxi atraviesa a toda carrera el barrio de Providencia en la ciudad de Santiago de Chile. Entre el tráfico ajetreado, trata de llegar al centro desde los suburbios. Ya se están encendiendo las luces de las calles y de las marquesinas de los negocios. Anochece en la ciudad y empieza a hacer frío a pesar de que la primavera se aproxima. Lucía está sentada en uno de los asientos traseros del taxi, a la izquierda del conductor. Está muy nerviosa, fuera de sí. No para de moverse, como en un bamboleo. Lleva en brazos a Ester, su beba, envuelta en una mantita de lana que ella misma ha tejido. Una manta multicolor, hecha con sobras de lana, una especie de *patchwork*. Lucía aprieta a Ester contra su pecho con fuerza, con una violencia estudiada que trata de disimular. Tiene treinta y tres años y Ester, su hija, recién llega a los veintiocho días. “Mi hija no se puede morir”, miente Lucía, en el arranque de un grito.

Ahora increpa sin vueltas al taxista, le dice que la niña se está ahogando, que está en sus manos salvarla, que debe apurarse sea como fuere. Se lo dice mientras enreda al taxista con su verborragia y sofoca a la nena con la manta multicolor con la que la sigue cubriendo. Incita al taxista para que vaya aún más rápido. Lo intima a que cruce semáforos en rojo. El hombre se concentra en la conducción, en ir a la mayor velocidad que su coche le permite y no mira por el espejo retrovisor. No alcanza a ver las maniobras de Lucía, que ya ha conseguido que su beba se ponga azul y que a pesar del color mantenga la respiración, entrecortada, casi agonizante. La beba sangra. Por la nariz y por la boca. El vestido primaveral y beige de Lucía se mancha. No le da importancia. Sigue hostigando al taxista.

—Faltan apenas dos cuadras, señora.

El taxi llega por fin a la puerta de emergencias del Hospital Pediátrico José Calvo Mackenna.

Lucía paga sin reparar en tomar el cambio y entra en el hospital. El taxista se queda temblando. No puede volver a trabajar por el resto del día.

Es agosto de 1998. Lucía y la beba son recibidas en emergencias por el médico de guardia que es asistido por una enfermera. Los alaridos de socorro de Lucía hacen que el médico decida saltarse a los demás niños que, acompañados por sus padres, esperan con distintos grados de paciencia y gravedad a ser atendidos. La enfermera toma a Lucía en sus brazos y junto con Lucía y el médico entran en uno

de los consultorios de emergencias. Sientan a la nena y la enfermera inmediatamente le coloca una máscara de oxígeno que en pocos minutos logra regularizar la respiración de Ester. Lucía, en tanto, le cuenta al médico de la cara azul de su hija, de su respiración intermitente, de que casi la vio morir. Su relato impresiona al médico al que ni se le cruza por la cabeza dudar del relato de esta madre que se muestra tan dolorida y preocupada, evidentemente desesperada.

El médico que trata a Ester en el servicio de urgencias es un residente. Ante los síntomas que despliega la nena, decide hospitalizarla por la gravedad del cuadro que su madre le ha contado. Mientras el relato de Lucía avanza, el médico se atreve a dudar de todos sus dichos. La historia que Lucía comienza a contarle lo deja atónito. El médico escucha con un desconcierto creciente que Ester es su quinta hija. Y la única viva. Sus cuatro hijos mayores han muerto, explica Lucía, por cuadros de muerte súbita. Los libros de pediatría explican que es una manera de morir repentina e inesperada que se da en niños menores de un año, aparentemente sanos.

Por esta razón es que el médico residente decide la hospitalización de la beba. Teme estar frente a un episodio de ALTE (*apparent life threatening event*, en español “evento de aparente amenaza a la vida”). Un cuadro brusco y muy alarmante para quien lo observa ya que da la impresión de una muerte inminente o real. Los textos pediátricos si-

guen explicando: el cuadro puede desaparecer espontáneamente o bien necesitar un estímulo o maniobras de reanimación como respiración boca a boca. Habitualmente ocurre en niños pequeños menores de un año y se caracteriza por la aparición de signos o síntomas tales como pausas respiratorias o cese de la respiración, episodios de ahogos o arcadas, cambios de coloración en la piel y disminución del tono de los músculos. La causa más común es de origen digestivo. Si todos los demás hijos de Lucía han muerto, podría tratarse de un problema congénito y entonces la vida de Ester podría estar en peligro.

Lucía parece saber todo esto. Ella misma habla como si hubiese memorizado un manual de pediatría. Se asemeja a una experta en medicina y conoce perfectamente todo lo referente a esta amenaza en la vida de un bebé. Es ella misma la que dice la palabra “ALTE”, para sorpresa del médico que en ese preciso momento comienza a acumular dudas sobre su comportamiento. “ALTE” es un término demasiado específico como para que una madre como ella, un ama de casa de pocos recursos —tanto económicos como educativos—, pueda tener acceso. Lucía habla como si fuese dos personas. Posee un lenguaje limitado, con una pronunciación precaria e incorrecta, pero cuando habla de los síntomas de su hija, aunque la misma gramática se mantiene, la terminología ofrece una precisión inusual.

Conoce lo que es el ALTE y precisamente porque sabe a la perfección de qué se trata es que ha podido fraguar los síntomas. Una puesta en escena que el residente todavía no ha llegado a descubrir. A esa altura del relato, el médico sólo se encuentra sorprendido por esta curiosa dicotomía. Algo de la mujer despierta su desconfianza pero sabe que no cuenta con elementos como para acusarla de nada. Probablemente sean sus propias fantasías persecutorias las que lo mueven a una sospecha que, hasta entonces, no parece anclar en ningún fundamento.

Lucía muestra ante el médico una consternación que parece sincera y el médico por un momento deja de lado su recelo y se concentra en curar a Ester. Luego de escuchar el relato de los primeros síntomas, el médico deja a la beba en manos de la enfermera para que la lleve a radiología, donde le tomarán una radiografía de los pulmones. Los resultados no tardan en llegar e indican posibles señales de bronconeumonía. Por el momento, el interrogatorio del médico termina. La beba es sometida a una batería completa de exámenes y luego la dejan descansar.

Ester pasa la noche en el hospital, aislada. Su madre aguarda en la sala de espera. Ha insistido para acompañar a su beba, pero no se lo han permitido. No hay ninguna suspicacia ni sospecha en esta determinación. El estado de la bebé todavía es impreciso, no deja de ser grave, y el aislamiento es lo que se estila en estas situaciones.

A la mañana siguiente, la beba se encuentra curiosamente bien: llora con fuerza y tiene hambre. No parece en absoluto la nena a punto de morir de la noche anterior. El médico ordena una nueva radiografía que confirma la mejoría. Las imágenes de condensación casi han desaparecido de los pulmones y los exámenes tomados al ingreso resultan normales, a excepción de una anemia marcada. Estos elementos clínicos y su evolución hacen pensar en una hemorragia pulmonar. El trabajo ahora consiste en conocer qué la ha podido provocar. Con ese fin, proponen un plan de estudio integral para descartar tanto patologías causantes de hemorragia pulmonar como alguna enfermedad familiar responsable de todo lo que está padeciendo, un cuadro quizá también relacionado con la muerte simétrica de sus hermanos. Algunos hechos, sin embargo, comienzan ahora a preocupar al médico residente que ha decidido la internación y que ha conversado con la madre en ese momento. La madre se muestra tranquila aunque con una gran consternación por el estado de su hija. Es una mujer colaboradora y parece estar contenta con todos los estudios que se le están haciendo al cuerpo de su hija. Sólo se pregunta si serán suficientes.

El médico la interroga con un cuestionario que se aplica por pura rutina. Sin embargo, mientras las preguntas se van contestando, empieza a alarmarse cada vez más, confirmando las primeras sospechas que lo habían agobiado el día anterior.

En primer lugar le sorprende que todos los hijos de Lucía fueran medio hermanos entre sí, ya que ella había tenido cinco hijos y además un aborto con cuatro parejas distintas. La posibilidad de una enfermedad congénita o metabólica parece, por esta razón, remota. En segundo lugar, Lucía no recuerda con claridad ni las fechas de nacimiento ni de muerte de sus otros niños, más aún, no recuerda, siquiera, el nombre de su primer hijo.

Lucía vive por ese entonces con Julio, su cuarto compañero, el padre de Ester, que no la acompaña en las graves circunstancias que está atravesando su hija. Los niños muertos fueron fruto de uniones anteriores. Julio, por su parte, tiene otros dos hijos, de seis y ocho años, que viven con él. De hecho la pareja se conoció cuando Julio buscaba a una persona para que cuidara a sus hijos mayores. Esa persona fue Lucía, con la que luego formó pareja. El típico caso de padre viudo que se enamora de la niñera. Con Lucía y Julio viven también la madre de Julio, un hermano de treinta y seis años y dos sobrinas de dieciocho y trece.

Con el informe realizado por el pediatra que la interroga, el equipo médico —el médico residente ya ha dejado de tratar solo el caso y se ha sumado parte de la unidad pediátrica—, además de rastrear enfermedades congénitas o metabólicas, solicita información referente a los otros niños y a las circunstancias de sus muertes. De hecho, el médico que ingresa a Ester en el hospital, además de los

diagnósticos de bronconeumonía viral y apnea en estudio, plantea también un síndrome de Münchhausen por poder o Münchhausen by Proxy (MSBP). Ya sospecha completamente de la madre, casi podría jurar que ha mentido en todo lo referente al cuadro que presentó su hija al ingreso del hospital.

La historia de este síndrome viene ligada a otros síndromes y es considerada por los médicos peditras desde hace menos de treinta años. Hasta llegar a su descubrimiento se transitó un camino extenso y espinoso que empezó a finales del siglo XVIII con los locos avatares de la vida de un barón alemán.

En efecto, en 1794 a la edad de setenta y cuatro años, el Barón de Münchhausen se casó con Bernhardine von Brünn, que tenía entonces diecisiete años. El Barón de Münchhausen había sido un militar alemán perteneciente a una familia aristocrática. Fue oficial de caballería y tuvo una carrera militar muy destacada durante la guerra contra los turcos en 1716. Se convirtió en una figura legendaria por sus fabulaciones, relatos insólitos y desopilantes. Se dice que en la noche de bodas con la joven Bernhardine, el barón se retiró temprano y la novia pasó la noche bailando con otro hombre. Al año siguiente, Bernhardine tuvo un hijo. Inmediatamente se corrió el rumor de que la vida del niño sería breve. El bebé, llamado Polle, murió cuando tenía menos de un año en circunstancias sospechosas. Casi un siglo después, un patrón inusual de comportamiento entre hombres jóvenes fue descri-

to por el médico francés Jean Martin Charcot. En 1877 describió varios casos de hombres que se infligían síntomas de enfermedades que no padecían con el objetivo de ser hospitalizados. Charcot llamó a este síntoma “manía operativa pasiva”. Sus estudios fueron trascendentes en la diagnosis de la histeria masculina. Setenta años después, en 1951, el médico inglés Richard Asher describió un patrón similar de autoabuso, donde las personas se fabricaban historias de enfermedades que no padecían. Estas invenciones invariablemente acarrearban complejos estudios médicos, hospitalizaciones y muchas veces cirugías innecesarias. Recordando al Barón de Münchhausen y sus cuentos apócrifos, Asher dio el nombre de “síndrome de Münchhausen” a esta particular condición. Hoy el síndrome de Münchhausen es reconocido como un desorden psiquiátrico por el cual el supuesto enfermo se provoca intencionalmente síntomas de alguna enfermedad.

El término “síndrome de Münchhausen by Proxy” (MSBP) o Münchhausen por poder, fue definido en 1977 por el pediatra inglés Sir Roy Meadow. Se trata de un tipo de abuso ejercido sobre niños por parte de sus propias madres que les generan síntomas de enfermedades que no tienen o reportan falsos síntomas. Entre 1981 y 1983, argumentando que Münchhausen tuvo una hija llamada Polle que murió muy joven y en circunstancias poco claras, aparecieron algunos artículos científicos denomi-

nando síndrome de Polle a los casos de MSBP. Roy Meadow aclaró que Polle es un pueblo de Baja Sajonia, Alemania, donde nació, en 1795, Maria Wilhelmina, hija de Bernhardine von Brünn, segunda esposa del Barón de Münchhausen. Por lo tanto, había sido un error histórico considerar que la hija del barón se llamaba Polle, lo que convertía en incorrecto llamar “síndrome de Polle” al mal infligido a niños por sus propias madres.

De ahí deriva definitiva y unívocamente la denominación de este abuso hacia los niños como Münchhausen by Proxy. Un término, según Meadow, mucho más apropiado para describir el síndrome.

Trágicamente, en el MSBP las víctimas son niños y los victimarios son alguno de los padres —mayoritariamente la madre— o alguna persona que ocupa el lugar de ella, generalmente la niñera. Las madres logran su cometido y los niños son hospitalizados y sometidos a múltiples análisis y muchas veces a prácticas peligrosas para su propia vida. Cuando la víctima es separada de su madre o sustituta, los síntomas cesan. Cuando es confrontada, la madre o su sustituta niega rotundamente saber cómo fue que se enfermó su hijo, aunque está demostrado que son ellas las que generan los síntomas de enfermedades que los niños no padecen. Las estadísticas demuestran que el noventa y cinco por ciento de los perpetradores son mujeres, casi todas madres. La mayoría de los pacientes son lactantes y

preescolares. Hay excepciones, como el caso de una niña de ocho años en el estado de Florida, en Estados Unidos. Padecía una pseudo obstrucción intestinal. Se le realizaron doscientas hospitalizaciones, cuarenta operaciones y se la alimentó artificialmente por sonda. Separada de la madre, mejoró. La madre fue condenada a prisión.

El setenta y cinco por ciento de los daños son producidos por los médicos al creer en las mentiras de las madres.

En una investigación realizada durante los años 80 en Inglaterra se monitoreó, a través de cámaras de video, a las madres que habían llevado a sus hijos a distintos hospitales presentando diversos síntomas, generalmente ahogos. Los resultados de esa prueba confirmaron que en el noventa por ciento de estos casos sospechados era la madre la que infligía al niño el síntoma. Se reveló que en treinta y tres de treinta y nueve casos de este tipo las madres realizaron durante la hospitalización del niño maniobras de sofocación intencionales (treinta casos), una madre le hizo ingerir un tóxico, otra causó una fractura deliberada y otra lo golpeó repetidas veces. De los treinta y nueve casos, treinta y seis habían sido referidos por ALTE.

Lucía, la madre de Ester, presentaba todas las características del MSBP. Y así se procedió para confirmar o descartar esta sospecha.

Los exámenes realizados a Ester permitieron ir descartando malformaciones orgánicas. No pade-

cía trastornos en la coagulación, ni bronconeumonía viral o bacteriana, ni cardiopatía congénita, ni fractura de cráneo o en huesos largos, ni síndrome convulsivo, ni crisis respiratorias ni nada de nada. También fueron descartados errores congénitos del metabolismo de los aminoácidos. Sólo pudo comprobarse una anemia interpretada por los hematólogos como factor secundario de las hemorragias recientemente padecidas.

Un hecho que llamó la atención del médico fue que, habiendo ingresado por una apnea —se llama de este modo a cualquier episodio que implique el cese de la respiración—, y por esa razón conectada a un monitor, la nena no presentó ningún episodio sugerente durante su estadía en el hospital. Por el contrario, se alimentaba y aumentaba de peso. En los cincuenta y seis días de su hospitalización sólo hubo un episodio alarmante que se produjo cuando estaba a solas con su madre, la cual habría dicho a la auxiliar de enfermería que Ester había presentado una apnea ya que el monitor había sonado. Al observar que la niña respiraba tranquila, la enfermera atribuyó la alarma a una falla del aparato y no a una apnea. Más tarde, la madre dijo que había observado otros cuatro episodios de apnea ante los cuales no pidió auxilio ni llamó a otras personas. En cambio, se fue a almorzar y recién después del almuerzo relató lo que había observado. Estos sucesos provocaron nuevas baterías de exámenes y otras tantas evaluaciones de los especialistas. La proba-

bilidad de que lo que le había ocurrido a Ester y también a sus hermanos fuese algo provocado por la madre, empezó a cobrar mayor fuerza y el síndrome de Münchhausen by Proxy aparecía como la respuesta más razonable a todos los síntomas intermitentes e inexplicables médicamente que la niña padeció durante sus casi dos meses de internación. Un intento de sofocación puede causar una hemorragia de la vía aérea e imágenes pulmonares como las que mostraba la radiografía de Ester cuando ingresó en el hospital.

El equipo pediátrico contactó a la Fundación de Prevención de Violencia Intrafamiliar, PREVIF, de la Unidad de Psiquiatría del Hospital Luis Calvo Mackenna, para colaborar con la investigación de un posible Münchhausen por poder. Se realizó una reunión clínica multidisciplinaria donde participaron una asistente social, psicoterapeutas y un abogado. Se decidió que las medidas urgentes exigían evaluar psicológicamente a la madre y recopilar la información de las historias médicas de los hermanos.

Los antecedentes entregados por los distintos hospitales donde habían estado internados, los informes de las autopsias y los certificados de defunción, fueron haciendo cada vez más plausible que la patología de Ester era provocada.

El primer hijo de Lucía nace en octubre de 1986. Con sólo cuatro meses es hospitalizado por una diarrea que casi logra deshidratarlo. Además presenta síndrome convulsivo. Los médicos hoy saben que

ambas cosas pueden provocarse: la primera con laxantes; la segunda se consigue a través de la sofocación y la ingesta inducida de agua con sal.

Se trata al primer hijo de Lucía con un somnífero que se emplea para controlar la epilepsia. El bebé mejora. Sin embargo, a los tres días su madre lo lleva nuevamente al hospital. Otra vez vuelve a presentar convulsiones. Se lo trata nuevamente con somníferos y se hacen estudios que descartan tanto el *petit mal* como la epilepsia. Las convulsiones parecen ser hechos esporádicos que no ponen en peligro su vida. Su madre parece más asustada de lo que la realidad indica. No hay nada que temer, le aseguran los médicos. Se le da el alta con un diagnóstico menor relacionado sólo con mínimos problemas en la digestión. Dos días después reingresa por ahogo, agitación, temblor generalizado y pérdida de conciencia. Todos síntomas que también pueden ser provocados y de hecho su provocación y sus consecuencias han sido comprobadas: sofocación, golpes, ingesta inducida de medicamentos tales como cumadina o warfarina.

Permanece dos días en el hospital sin presentar ningún síntoma. Se le da el alta en buenas condiciones. Los médicos descartan toda enfermedad que pueda poner en peligro su vida. Y así lo hacen constar en los registros y así se lo dicen a la madre. Trece días después de este diagnóstico, muere. Tiene cinco meses. No se sabe cómo murió ya que el certificado de defunción ha sido extraviado.

El segundo hermano de Ester nace en julio de 1988, prematuro. Logra vivir tranquilamente sólo dos meses, cuando comienza su vía crucis de internaciones alocadas. La primera hospitalización ocurre por apnea. El bebé se recupera rápidamente y en una semana obtiene el alta en perfecto estado de salud. A los cuatro días, sin embargo, reingresa en otro hospital presentando una nueva crisis en su respiración. Nuevamente los médicos, otros médicos, lo estabilizan y en menos de una semana vuelve a su casa otra vez en perfecto estado de salud. Pero la historia de los ahogos está lejos de haber concluido. Dos semanas después se produce una nueva hospitalización, en una tercera clínica, por episodios de cianosis —coloración azul en la piel por falta de oxígeno— relatados por la madre. Los médicos no son testigos del rostro azulado del niño. Sin embargo, creen en la madre y tratan de encontrar las causas que llevaron al bebé a un grado extremo de falta de oxígeno. Se le realizan todos los estudios posibles para encontrar alguna causa pero no se llega a un diagnóstico concreto. Durante los cuatro días de internación, el chico respira normalmente y nada hace suponer una nueva crisis. Los médicos, otros médicos, le dan de alta. Catorce días después reingresa en una nueva clínica por bronconeumonía posiblemente viral. Está demostrado que puede ser provocada por la ingesta inducida de fármacos. En ese momento nada hace imaginar esa posibilidad. El bebé otra vez evoluciona bien y rá-

pidamente. En una semana está fuera de la clínica, completamente sano. Tres días más tarde reingresa, por nuevos ahogos, en un nuevo centro médico. Los exámenes realizados en ese momento no arrojan ningún resultado que permita señalar algún trastorno. Los médicos —ya el cuarto equipo— están desconcertados, pero el chico, según los exámenes, está completamente sano. Ningún equipo médico tuvo información de los sucesos anteriores. Lucía se presentaba cada vez como si el episodio que narraba fuese el primero que padecía su hijo. Otra vez el bebé es dado de alta. Existe una quinta hospitalización, en una nueva clínica, de un mes de duración, donde se le llega a diagnosticar reflujo gastroesofágico. Está demostrado que con la ingesta de ciertos fármacos se puede producir ese reflujo. El bebé está tan mal que es sometido a cirugía. Se repone rápidamente. Pero su giro infinito por instituciones de salud todavía continúa. A los dos meses vuelve a otro hospital, el sexto, presentando ahogos. Es monitoreado, sin presentar ninguna crisis. Tiene una diarrea grave, pero se revierte la situación y a los pocos días le dan el alta en buenas condiciones de salud. Tres días después el segundo hijo de Lucía fallece en su casa, a los ocho meses. El certificado de defunción dice: “neumopatía aguda bilateral. Distrofia”, es decir problemas pulmonares irreversibles y degeneración de los músculos.

El tercer hermano nace en agosto de 1993, pre-

maturo. A los veinte días se le realiza un control en cardiología por antecedente de “hermanos muertos de muerte súbita” y se diagnostica *ductus*, un trastorno en el cual el vaso sanguíneo que conecta la arteria pulmonar con la aorta en la circulación fetal, permanece abierto en el recién nacido. Diez días después el diagnóstico cambia radicalmente: “Sano. No requiere control por especialidad”. Fallece a los tres meses. El certificado de la autopsia declara: “Encefalopatía. Asfixia”.

El cuarto hermano nace en diciembre de 1994, también prematuro. Se le da de alta en la maternidad luego de ser monitoreado para descartar apnea o ahogos posibles por antecedente de hermanos muertos. A los dos meses vive su primera internación. La madre relata un cuadro de cianosis del que sólo ella es testigo. Los médicos que atienden al niño no encuentran nada en el funcionamiento de su organismo que haga pensar en algún fallo en su respiración. En ese momento estalla la primera alerta. Antes de dar el alta al bebé, Lucía es atendida por el equipo psiquiátrico de la institución. A pesar de todo, se la considera en condiciones psíquicas estables y no le quitan la posibilidad de seguir haciéndose cargo de su hijo. Dieciocho días después consulta en otro hospital por apnea, palidez e hipotonía. Al niño se le da de alta en buenas condiciones con monitor de apnea e indicación de control en cardiología y neurología. El final es previsible. Esta vez tarda catorce días en morir. El cuarto hijo

de Lucía llega a vivir cuatro meses. El informe de la autopsia señala asfixia por sofocación por aspiración de vómitos. La asfixia puede ser causada por sofocación inducida y los vómitos también pueden ser provocados: un par de dedos entrando en la boca del bebé, obstruyendo su garganta y su esófago y luego tapándole la boca para que el vómito no salga del cuerpo y el bebé quede atrapado en su propio líquido, una destilación que, de este modo, se convierte en mortal.

Estas verificaciones imponen examinar a Lucía, indagar en su salud mental. La evaluación psicológica se efectúa a través de un test de Rorschach, un test proyectivo considerado una de las pruebas más completas para establecer un primer diagnóstico psicológico. El test consta de diez láminas compuestas por manchas de tinta —negras y policromas— sobre un fondo blanco. Estas láminas poseen una morfología vaga, por lo que resultan especialmente sugerentes. Las láminas son presentadas de manera sucesiva al paciente preguntándole lo que ve en ellas y cómo y dónde manifiesta lo observado. Está basado en lo que las personas perciben, ya que visualizan en las manchas diferentes aspectos. El análisis del test está basado en lo percibido. Lucía se presta a hacer el test de un modo muy cooperativo y no tiene ninguna sospecha de que la estén investigando. Casi lo hace con alegría. Pareciera que no hay nada que le guste más que estar cerca de los médicos.

El test interpretado por el equipo psiquiátrico del hospital arroja los siguientes resultados: Alteración en el enjuiciamiento de la realidad, dificultad de manejo y control de impulsos agresivos, tendencia a la mentira consciente, al encubrimiento y a la simulación. Pérdida de límites de tiempo y de espacio. Persona bajo situación de tensión. Rechazo inconsciente del papel femenino y funciones biológicas.

Con todos estos antecedentes se convoca a una reunión conjunta del PREVIF y del equipo médico. En esta reunión se plantea la posibilidad de solicitar una medida de protección para Ester para que no regrese a su casa. La información reunida hace presumir que su vida corre peligro en su propia casa bajo el cuidado de una madre que ya tiene el diagnóstico de ser una abusadora.

La abogada que participa en el caso expone las dificultades legales que supone solicitar esta medida cautelar sin tener una evidencia clara de una agresión directa a la menor. La medida tendría que basarse en el riesgo que corre Ester, sustentándolo en una sospecha poderosa frente a la que no existen evidencias de que la muerte de sus hermanos podría haber sido causada “por terceros”, concretamente por la madre. A esto hay que sumar que la patología de ingreso de Ester puede haber sido una hemorragia pulmonar causada por sofocación, ya que un exhaustivo estudio médico había descartado de plano otras enfermedades.

Para evitar riesgos se hace necesario tramitar la medida de protección con absoluta discreción y rapidez, sin levantar sospechas en la madre, presunciones que puedan hacerle exigir el alta de Ester. En efecto, ya no hay razón para que la nena siga internada. De todos modos juega a favor el hecho de que la madre se encuentra casi en la gloria al tener a su hija internada y bajo control médico y con posibles estudios pendientes. Es una de las características de estas madres: que sus bebés estén hospitalizados sometidos a cualquier tipo de examen y que por fin, luego de tanto batallar y mentir, le diagnostiquen alguna enfermedad. Por lo tanto, distraer a Lucía no resulta difícil.

La abogada que toma el caso tiene dificultades frente al tribunal porque no encuentra forma de demostrar que la enfermedad por la que ingresa en el hospital la pequeña Ester ha sido causada por su madre. Se trata sólo de una presunción médica basada en los antecedentes de sus hermanos. Y estas muertes no despertaron sospechas cuando se produjeron. Es posible que si el caso de Ester se hubiera dado en forma aislada (o hubiese sido el primero), probablemente no se habría detectado el síndrome de Münchhausen por poder. Sólo se puede alegar que existen sospechas fundadas de la intervención de la madre en las muertes de sus otros hijos. El cuadro de muerte súbita en los bebés no ocurre en serie. No es posible demostrar que Lucía ha sido responsable de estas muertes si en su mo-

mento no se sospechó de ella y se creyó de buena fe que la causa de las muertes de los niños obedecían a enfermedades raras o a la mala suerte.

La abogada acompaña su alegato con literatura médica extranjera. Un artículo decisivo ha sido publicado en Inglaterra en la revista médica *Pediatrics* en 1997. En este documento se relata la experiencia de haber vigilado mediante cámara de video a madres sospechosas de haber causado la enfermedad de sus hijos. La jueza tuvo que actuar sobre la base de la noción de “riesgo futuro” de la niña. Y actuó.

El tribunal, perteneciente a un juzgado del crimen de la justicia de menores, otorga la medida de protección para Ester. El tribunal se compromete a tal punto en el caso que autoriza continuar la investigación más allá de lo solicitado por los médicos que esperan sólo separar a Ester de su madre ante el peligro evidente de que la mate, como probablemente ha hecho con sus hijos anteriores. Entre los datos más relevantes recopilados por el tribunal se destacan los antecedentes de una hospitalización de la madre por un cuadro psicótico. Además se confirma que cada una de las muertes de los niños coincide con el abandono de las distintas parejas que ha tenido Lucía, los padres de cada uno de los niños muertos.

El padre de Ester, Julio, así como sus abuelos maternos y paternos se niegan a cuidar de la niña, en un pacto de solidaridad con la madre, que es obligada a hacer un tratamiento psiquiátrico y no

se le imputan crímenes. Lucía acata la decisión de la justicia y no pelea por su hija. No la mata, la abandona. Se cree que Julio le ha aconsejado no apelar la decisión de la justicia porque teme que ante la acumulación de hechos pueda ir presa. Sin embargo, Julio y su familia se desentienden de Lucía y también de Ester. Ni sus primos adolescentes ni su tío ni su abuela quieren a la niña. Probablemente porque nunca han querido a Lucía y porque jamás han aceptado su relación con Julio. La niña, de un día para otro, se queda sin familia.

Ante esta situación, el tribunal entrega a Ester a una institución, un pequeño hogar para niños abandonados en Santiago y les quita la tutela a sus padres. Sin embargo, la ley chilena permite que los padres, aunque no posean la tutela sobre la niña, puedan mantener los derechos sobre ella si la visitan al menos una vez cada seis meses. De este modo la beba, ya de tres meses al momento del fallo, al no ser legalmente abandonada —aunque de hecho sí lo está—, no puede darse en adopción.

El padre la visita cada cinco meses, en el borde justo para que no le quiten los derechos sobre ella. Se pierden los rastros de Lucía, que deja de ir a los controles psiquiátricos y que ya no vive más con Julio y con el resto de la familia. No se sabe si ha tenido otros hijos en todo este tiempo.

Ester, a comienzos de 2006, tiene siete años y está sana. No termina de entender por qué no puede vivir con su familia, por qué a la vez que su padre

la visita dos veces por año no la lleva a vivir con él, no comprende por qué no aparece su madre, una mujer llamada Lucía de la que su padre le habla sólo ante su empeñada insistencia.

A Ester sólo le resta esperar la mayoría de edad, cuando podrá declararse emancipada y recuperar sus derechos que hoy permanecen en un perverso limbo legal, en el mismo limbo donde ella se encuentra y no sabe por qué.

Ester no conoce la historia de la beba que llegó ahogada y azul una primavera de 1998 al hospital pediátrico de Santiago de Chile sofocada por su madre. Probablemente no exista nadie que se atreva a contársela.

Annalisa

Nápoles, una de las ciudades sureñas más famosas de Italia, se prepara para otro sábado a la noche. Es el 27 de marzo de 2004. En la plaza Vanvitelli del barrio del Vomero, un rincón acomodado de esta ciudad, de la cual el cuarenta por ciento de la población vive en situación de precariedad, llega la hora del “branco”, del arribo de lo que se conoce como “manada”; en realidad, miles de chicos de algo más de doce años que vienen desde los suburbios más desfavorecidos. Todos viajan en metro y muchos vienen del barrio de Scampia, donde se vende cocaína a la luz del día como si fuese fruta. Otros se suman en las paradas intermedias antes de llegar al preciado Vomero: Chiaiano, Frullone, San Rocco, Colli Aminei, Rione Alto y Policlinico.

Los más atrevidos esconden navajas y gruesos anillos de acero en sus bolsillos, preparados para cualquier pelea, para encarar algún pequeño robo

a un turista o cualquiera que les parezca un blanco adecuado. No hacen demasiados estudios preliminares. Los atracos más bien suceden azarosamente. Se baten en las calles de los shoppings, entre la Via Scarlatti y Luca Giordano. Espían las vidrieras de Nike y Stefanel. Nunca van a entrar. Pegan sus caras a los vidrios de los negocios para molestar a las empleadas que los miran ocultando su desprecio y también su recelo. Los chicos de los barrios pobres asustan con su sola presencia a las elegantes vendedoras montadas en sus zapatos de tacones altísimos que se clavan en el piso como agujas. Ellos, en realidad, no les hacen caso, siguen en lo suyo. Berrear por las calles, tomarse unas cervezas, arrebatarse alguna que otra cartera, hacer algún graffiti en una pared demasiado blanca, fumarse un porro o secuestrar por un rato algún autobús y limpiar a sus viajeros. Así juegan los chicos en Nápoles. Pero esa noche hacen otra cosa.

Ahora un par de chicos se apartan del grupo y buscan unos cartones en los contenedores de basura. A pocos metros de la plaza Vanvitelli les prenden fuego.

En la otra punta de la ciudad, en el barrio de la Forcella, la ciudad vieja y refugio de la camorra —la mafia napolitana—, Annalisa Durante, de catorce años, está recostada boca abajo sobre la cama de su habitación entre barbies y osos de peluche. Su her-

mana, Manuela, cuatro años mayor que ella y con quien comparte el cuarto, no está, ha bajado a cenar con sus padres. Annalisa lo hará más tarde, quiere aprovechar ese momento de intimidad para escribir una línea en su diario. Su padre, Gianni Durante, le consiente que no esté en la mesa con toda la familia. Annalisa es su debilidad. Hasta se peleó con su esposa cuando la chica apareció con un piercing en la nariz, hecho a escondidas de todos, y ahora planea regalarle un scooter azul; ya tiene todo preparado. Se lo va a dejar el próximo lunes en la puerta de la casa, cubierto de moños rosas. Ahora Annalisa cruza las piernas atrás de la cola, se inclina sobre el cuaderno y con su bolígrafo fucsia se dispone a escribir antes de prepararse para salir a la calle a charlar con sus amigas y sus primas. En las calles de Forcella espera coquetear con su larguísimo pelo rubio y con su cuerpo en el que ya asoman los contornos de una mujer que seguramente será muy hermosa. Annalisa, llamada por sus vecinos precisamente “a bellissima” desde que es muy chiquita (rasgos angelicales, ojos entre verdes y azules, cuerpo esbelto, porte de modelo, kilos de vanidad), escribe parsimoniosamente en su diario como si supiese qué está sucediendo en el otro extremo de la ciudad, como si imaginase que en su barrio pobre también podría montarse un incendio:

El sueño de papá es sacarnos de la Forcella. Tiene razón. No me gusta vivir acá. Voy a extrañar las

plazas y la pizza frita pero me gustaría vivir fuera de Nápoles. En otro país.

Cierra el cuaderno, sin creerse demasiado lo que acaba de escribir. Nunca va a dejar la Forcella ni Nápoles, los ama demasiado. Y sobre todo quiere a Francesco, un chico mayor que ella, del que se cree perdidamente enamorada. Unos días antes ha escrito:

Vos completás mi vida, me ayudás a no pensar. A veces imagino que me gustaría irme de la Forcella y de Nápoles pero después de que te conocí, todo el mundo se quedó en tus manos. Cuando estoy con vos no me interesa nada más. Si el sol se olvidase de salir no me importaría porque alcanzaría nuestro amor para iluminar el cielo.

Annalisa respira hondo, hace tiempo que no se ve con Francesco y hoy necesita salir a la calle más bonita que nunca, coquetear con algún otro chico y darle celos al destinatario de todos sus suspiros, para que se entere de lo que se ha perdido por no llevarle más el apunte. Esconde su diario —un cuaderno azul con un corazón gigante en la tapa— en el fondo de la mochila que lleva al colegio. Está en tercer año de la escuela intermedia Teresa Confalonieri, en tercero F. Se asegura que su cuaderno secreto se encuentre a resguardo de cualquier mirada. Es una especie de juego, de alguna manera sabe que en

cualquier momento alguien podría encontrarlo, por eso ha escrito en la última página con cierto tono de intriga de telenovela: “Esta última página del diario está dedicada a quien lo encuentra. En esta última página me refugio, yo, la última olvidada”.

Annalisa sale de su habitación y se dirige al baño. Va a empezar los rituales para salir con sus amigas pero también para ver a su amor. Para él tiene que seguir siendo “a bellissima” o mejor, la más bella. Abre la canilla de la ducha. Piensa darse un baño eterno, que le saque el calor de todo el día, que le empape el pelo y le permita dejarlo reluciente. Se quita la ropa y se relaja bajo el agua.

Salvatore Giuliano ya terminó de bañarse. Ahora se está vistiendo. Ya tiene puesto el jean de Cavalli trucho que ostenta a su vez tajos falsos en la zona de las rodillas. En menos de una hora tiene una cita con su novia en el mismo barrio de Forcella, donde vive él y también su chica, donde vive Annalisa, *a bellissima*, a escasos metros de su casa. Salvatore tiene diecisiete años. Hace pocos meses que salió de la cárcel. Descontó una condena por intento de extorsión. En Nápoles sólo los menores de catorce años son inimputables. Para los demás adolescentes corre la misma ley que para los adultos.

Salvatore ahora se dedica a vender droga para un clan de la camorra. Pero no sigue las reglas que su trabajo le impone. Cada veinticuatro horas debe-

ría rendir cuenta de lo que vende y de lo que no, pero hace días que se queda con el resto de las ventas. Salvatore, conocido como “Sasá” o “el chivo” —no está claro si por su olor o si por su afición a las mujeres— es pariente del capo de la camorra de Forcella —Luigi Giuliano, apodado *el rey*— y cree falsamente que puede atribuirse algunos permisos dado su privilegiado parentesco. Pero aunque los Giuliano dominan el barrio, tienen fama de haber colaborado con la justicia para marcar a capos de otros de los clanes que operan en la zona, el clan Misso y el clan Mazzarella. Una guerra sorda se ha desatado desde entonces y Salvatore, lo quiera o no, forma parte de ella. La Forcella es el barrio más pequeño de Nápoles, sin embargo está superpoblado, cuenta con diez mil habitantes, de los cuales el ochenta por ciento están desocupados, el resto son niños y adolescentes. Existe un único cine pero está abandonado. La camorra lo utiliza para practicar tiro al blanco. No existen plazas ni lugares de esparcimiento ni nada de nada. Lo único con lo que cuentan es la calle.

Salvatore se aplasta el pelo castaño claro con gel, se rocía con perfume el cuello y las axilas y luego se calza una remera azul sin mangas. Antes de salir a la calle se prepara un tirito de korbet, la droga que vende. El korbet o krobet es la droga sintética más consumida en Nápoles. Consiste en una mezcla de base de cocaína, bicarbonato de sodio y algún ácido, generalmente LSD. Se fuma con papel metálico

adosado a una botella pequeña de agua mineral de plástico. “Korbet” viene de “cobra” porque el efecto que produce es el de una mordedura de serpiente. Salvatore aspira y espera que la serpiente lo muerda, sólo entonces se dirige a la puerta de calle. Su hermano, Antonio, baja con él.

En el mismo Vomero, donde un par de chicos acaban de convertir en un incendio la fogata que hace minutos encendieron con un par de cartones, Nicola toma su scooter chino y sale a buscar a Davide, su mejor amigo. Pasa por las cercanías de la plaza de Vanvitelli y ve cómo un único voluntario bombero trata, sin éxito, de apagar el incendio provocado por los chicos de la “manada”. Los chicos se burlan del bombero que solo no puede hacer nada. El hombre abandona su labor. Asegura que el fuego se va a apagar por sí mismo y se va. Pero el fuego crece. Dos policías miran a una distancia de cien metros lo que sucede y no intervienen. “No es nuestra jurisdicción, es un trabajo de los bomberos”, le responderán a cualquiera que les pregunte por qué no hacen nada para evitar una catástrofe que parece inminente y que contemplan con tranquilidad. Finalmente, un tipo que pasa por ahí es el que resuelve la situación. Toma otros cartones de la basura y logra apagar el incendio. “Genio”, le grita una chica y su chillido provoca el aplauso de casi quinientos chicos que como ella asistían extasiados

al espectáculo del fuego. Nicola, que no es amigo de ninguno de la “manada”, ya está habituado a ver escenas como ésa cada sábado a la noche. No le causan ni miedo ni gracia ni nada. Él se dedica a otra cosa. Ahora va a buscar a Davide. El tráfico lo demora, es casi imposible ser puntual el sábado.

Recoge a Davide en su casa a las nueve y cuarto pasadas, quince minutos más tarde de lo acordado. Discuten entre ellos por la demora, amagan pelearse con sus cuchillos, pero saben que se trata de una ceremonia inofensiva entre colegas, al rato están riendo y parten a hacer lo que deben hacer.

Juntos tienen que saldar una cuenta con Salvatore Giuliano, el chico que les está jugando una mejicanada. Les irrita que Salvatore, portador del apellido de los capos de la camorra que “ha custodiado” por años el barrio de Forcella, abuse de su nombre. Saben que Salvatore cree que será protegido, que está abusando del privilegio de su nombre.

Nicola y Davide son sicarios y están mucho más alto en la estima del clan Giuliano que su propio pariente. Trabajan juntos para los Giuliano, aunque a veces también trabajan para los Misso, desde pequeños. Todo depende de la paga.

Nicola y Davide no son chicos pobres. Sus padres son profesionales que insisten en educarlos en el rigor del trabajo. Pero no es sencillo en Nápoles, donde los jóvenes inteligentes y ambiciosos son tentados por la camorra para hacer dinero rápido. Y eso es lo que Nicola y Davide quieren, dinero para una

playstation o para un videoworker, pero sus padres no se lo consienten. Se lo deben ganar con buenas notas, con buen comportamiento. Nicola y Davide pasan por alto esas pretensiones. Han tenido que buscar otro camino y lo han encontrado pronto, allí en el mundo de la camorra, donde a diferencia de la mafia siciliana, no existen jerarquías, sólo clanes con sus propios capos donde cada uno obedece a sus reglas, a las necesidades de sus *vendettas* y de sus propias cuentas pendientes. Tanto Davide como Nicola aspiran a consolidar pronto su propio clan.

Annalisa termina de secarse el pelo y de alisárselo con un cepillo grueso de cerda. Un trabajo al que le pone mucha dedicación y que le toma algo más de media hora. Tarda menos en elegir su ropa, tampoco tiene mucha. Su padre se gana la vida con un puesto de juguetes que monta cada día en la misma calle donde viven, en Via Vicaria Vecchia. Desde que ella tiene uso de razón su padre nunca ha tenido un buen trabajo. Hubo un tiempo en el que vendía estatuillas de Eduardo De Filippo, banderines de equipos de fútbol, camisetas y pelotas del Nápoles. Muchas veces, por necesidad, se vio obligado a vender cigarrillos de contrabando y CD falsos. Por esa razón debió cumplir una pena de cuatro meses bajo un régimen de arresto domiciliario. Pero los Durante se arreglan, van tirando. La casa tiene una cocina con una sola mesa —la única de to-

da la casa, donde se come y donde Annalisa hace los deberes—, el cuarto de los padres y una especie de buhardilla precaria que su papá ha construido para sus hijas, que antes dormían en un diván de la cocina. Pero Annalisa no se queja, está agradecida a su padre por su cuarto pequeñito. Al menos allí puede refugiarse y escribir en su diario y dibujar, que es lo que más le gusta. Aunque sea tirada en la cama y con el soporte blando del colchón. No le importa. Es mejor que la mesa de la cocina donde siempre la sorprende alguna interrupción.

Annalisa esta noche elige un vestido claro y ligero. Apenas se maquilla. Un poco de rímel para alargar las pestañas y un brillo sobrio en los labios. Pero antes del retoque final se come dos porciones de pizza frita, su comida favorita. Ahora sí ya está lista para bajar a la calle a charlar un rato con sus amigas, como hace cada sábado. Saluda con un beso a sus padres. Su madre, sin sacar los ojos de la televisión, le recuerda que tiene que volver antes de la medianoche. Annalisa asiente y su padre le guiña un ojo, sobreentendiendo que no le hará ningún lío si llega un poco más tarde. Annalisa le sonrío y baja a la calle. Sus amigas, Serena, Iolanda y Emanuela, ya están allí con sus vestidos como calcados al de Annalisa, pero Annalisa brilla más que todas con su espléndida cabellera y con ese porte elegante de la mujer en la que parece que va a convertirse.

En la esquina de su casa se encuentra Salvatore Giuliano esperando a su novia. Se acerca a las chi-

cas. Es la primera vez que lo hace. Annalisa sólo lo conoce de vista y ha intercambiado con él saludos cordiales de vecinos. Pero esa noche Salvatore parece dispuesto a intimar. Le pide a Annalisa un favor: que vaya a comprarle cigarrillos; a cambio le promete que su hermano la va a acompañar con su scooter. La tentación del viaje en scooter es más fuerte y Annalisa acepta. Antonio la lleva hasta el kiosco y en el camino le dice que después se irá a dar una vuelta por el Vomero, que por qué no lo acompaña. Para Annalisa el Vomero está muy lejos y le contesta que no, además ella espera cruzarse con Francesco. Compran los cigarrillos y se los alcanzan a Salvatore. Se quedan charlando en la calle. A los pocos minutos, Francesco pasa con su scooter y sólo intercambia una mirada intensa con Annalisa. Eso será todo lo que sucederá con Francesco esa noche.

Nicola y Davide han ido a la misma escuela desde siempre. Ha sido allí donde fueron contactados por la camorra. Nunca ocultaron sus ambiciones ni su espíritu de pillos para conseguir lo que se propusiesen. Otro chico de la escuela unos años mayor que ellos, ya dentro de la camorra, les hace la propuesta para que se sumen. No tienen que dejar la escuela y por un sueldo al mes deberán llevar mensajes y transportar pequeñas raciones de droga de una punta a otra de la ciudad. Les parece un trato

justo, el dinero es mucho más de lo que pueden sacarle a escondidas a sus padres y sobre todo van a contar con protección y con un contacto directo con el verdadero poder de la ciudad. Más que eso, van a ser parte de la esencia de la ciudad. Ninguno de los dos esconde sus aspiraciones de llegar a ser un *capoclan*. Ése es el sueño de los niños ricos en la Nápoles que decae en los comienzos del nuevo siglo con más de dos millones y medio de habitantes que sobreviven cada día al terror que imponen a la ciudad chicos como Nicola y Davide. Son los *baby gangs*.

Nicola y Davide se inician repartiendo droga y documentos para la camorra hasta los catorce años, cuando viven su primer ascenso. Ahora, cuando corren con el scooter chino en busca de Salvatore Giuliano, son ellos quienes se encargan de repartir la droga y la documentación entre los distribuidores que van barrio por barrio, sin respetar la división de zonas donde cada clan se atribuye un pedazo de la ciudad. Ellos pertenecen a un clan poderoso, que se atreve a todo. Ya han salido del escalón más bajo. Están en pleno ascenso. Hace un año que se desempeñan como distribuidores y lo ejercen con eficiencia, su capoclan está contento. Les ha dado armas y autorización para usarlas a su criterio. Siguen viviendo con sus familias, siguen acudiendo a la escuela pero es su vida paralela la que les produce mayor excitación. Desde que entraron, trabajan en equipo. Desde que fueron promovidos no han

perdonado ningún error y muchos de los cadáveres que pueblan la ciudad cada día son obras de sus manos o de órdenes disparadas por sus cerebros. Son temidos y respetados por quienes deben rendirles cuentas. No dudan en apretar el gatillo cuando lo consideran necesario. Nadie los para, ni la policía, a la que se le escurren como los más astutos reptiles. Nunca han caído y su alma de delincuentes fantasma es lo que más seduce a su capoclan. Esa astucia para actuar, disparar y desaparecer sin dejar rastros es lo que los convierte en los perfectos sicarios que son desde hace poco tiempo. El nuevo y prometedor peldaño de su carrera.

El scooter se lo ha comprado Nicola con su sueldo de la camorra, Davide todavía está juntando para comprarse una moto más poderosa. Ya tiene un scooter tirado por ahí.

Ahora Nicola y Davide deben ejecutar una acción ejemplar. Salvatore Giuliano no puede salirse con la suya. Nunca nadie se les atrevió tanto antes, y ahora, que ya están por cumplir los quince, ahora que tienen vía libre para matar, no van a permitir que un fanfarrón los predisponga mal frente a los capos.

Es así como con el scooter de Nicola recorren los sitios donde suele parar Salvatore. El objetivo es liquidarlo. Primero lo buscan en el punto Snai de Scampia, donde Salvatore suele ir a hacer sus apuestas. Los puntos Snai son locales públicos para apostar a todos los juegos de azar posibles que se desa-

rrollan en el mundo, desde la lotería hasta los caballos. Suelen estar llenos de chicos jóvenes sin trabajo que ven en las apuestas la única manera de hacer algo de dinero fácil. Porque el dinero es la mayor ambición de cualquier chico de la ciudad. Y no hay trabajo, el dinero hay que procurarlo como sea. Eso lo sabe cualquiera en Nápoles, lo sabe cualquiera en Italia.

Pero Salvatore no está en el punto Snai. Entonces hacen un rastreo escrupuloso por los barrios bajos: Secondigliano, Melito, Mugnano, Piscinotta, San Giovanni, las callecitas de los Quartieri Spagnoli. Y en su camino no se sorprenden al encontrar una barra de chicos que le arrebatan la cartera a una turista que ha osado atravesar la zona de la Via Duomo, el confín de la Nápoles de los autobuses del tour *sightseeing*.

Siguen su recorrido y no los impresiona una carrera de scooters que se desarrolla en el lungomare de Via Caracciolo, donde el chico que sale segundo no duda en moler a golpes al verdadero ganador, quién sabe por qué. Por esa zona, dudan en encontrar a Salvatore y deciden encarar por fin hacia la Forcella, el barrio donde vive, el sitio más obvio.

El barrio de la Forcella toma el nombre de la forma de “y griega” de la Via Vicaria Vecchia, la calle principal que lo atraviesa, la calle donde vive Annalisa Durante.

A las diez y media de la noche, Annalisa Durante conversa con sus amigas, no está segura de que Francesco la quiera tanto como ella a él. Se queda triste después de verlo pasar en su scooter. Ni se detuvo ni la saludó especialmente. En tanto, Salvatore se despide de su hermano que se va al Vomero.

En la esquina, la tía de Annalisa, la hermana de su padre, está cerrando su pizzería y mira con reprobación a su sobrina. No le gusta que esté conversando con un Giuliano, quizá la chica no sepa quién es pero ella sí sabe. Mientras baja las persianas, no la pierde de vista.

Nicola y Davide ya han llegado a la Via Vicaria Vecchia y empiezan a recorrerla a gran velocidad. Distinguen a lo lejos a Salvatore. Ambos preparan sus armas dispuestos a dar en el blanco. Antes hacen alarde de su matonería, pasando con el scooter a toda velocidad una y otra vez por donde se encuentra Salvatore Giuliano charlando con las chicas que no se asombran por el paso enloquecido de la moto, es cosa de todos los días. Pero Salvatore ya los ha visto, ya sabe lo que sucederá y en el momento en que ve cómo Nicola le apunta derecho al corazón no tiene el menor reparo en aferrarse de la cabellera rubia de Annalisa y cubrirse con su cuerpo para protegerse. Se agacha y saca un arma negra y grande, probablemente una 38.

Entonces ocurren los disparos. El fuego cruzado se cobra una única víctima. En pocos segundos Salvatore escapa sin recibir ni un rasguño. Antonio le grita, fuera de sí.

—Sasá, Sasá, corré, la mataste.

Annalisa yace tirada en la vereda con una bala clavada que le perforó los huesos del cráneo y se le estacionó en la mandíbula. Está agonizando, ya en un coma irreversible. Sus amigas gritan, histéricas, un chico vecino se acerca y ve el pelo rubio de Annalisa cubierto de sangre, ve sus ojos abiertos ya inexpresivos, se agacha y se los cierra. En tanto la tía de Annalisa, que lo vio todo, se acerca, intuyendo lo peor, y reconoce a su sobrina moribunda. Gianni Durante se asoma a la ventana y no está seguro de lo que ve, el sonido de los disparos se impuso a los cantos desafinados que emitía el programa de la tele. Su mujer lo obliga a que se retire de la ventana, recuerda otros tiroteos donde alguien murió por asomarse a curiosear. Pero Gianni ve lo suficiente como para preocuparse. Entonces junto con su esposa bajan las escaleras corriendo, tropezándose, no queriendo imaginar lo que ha sucedido. Siguen los gritos. Gianni y su mujer llegan a la calle. La tía de Annalisa contiene a su cuñada que prácticamente se desmaya cuando ve a su hija. Gianni confundido amaga con trompear al vecino que cerró los ojos de su hija, tomándolo por el asesino. Las amigas de su hija le explican que él no tiene nada que ver: una moto pasó, apuntó a Salvatore y Salva-

tore se cubrió con Annalisa a la vez que disparó su arma. Las chicas dicen eso y eso le dirán a la policía en las primeras declaraciones. Gianni se inclina sobre su hija y le toca la nuca. Nada late, en cambio sus manos se llenan de sangre, la misma sangre que inunda la vereda. Alguien ha llamado a la ambulancia pero tarda. Pasa un Smart y se detiene. Montan allí el cuerpo de Annalisa y lo llevan al hospital. El primer encefalograma tira una cinta con una línea recta: la muerte cerebral ya ha sucedido. Recién al día siguiente Annalisa deja de respirar.

Salvatore Giuliano se esconde en la casa de unos tíos donde a los dos días la policía lo encuentra por casualidad, están haciendo una requisa por robo. Salvatore se entrega sin oponer resistencia a pesar de que se ha teñido el pelo de negro, pretendiendo pasar inadvertido. Se declara inocente.

Hay muchos testigos que lo desmienten y queda detenido. Las pericias demuestran que la bala que mató a Annalisa fue disparada desde una distancia muy corta. No es posible que quienes fueron esa noche a enfrentarse con Salvatore hayan sido los dueños del disparo. De todos modos, ese detalle no los convierte en inocentes y todavía los están buscando. Salvatore niega que esa noche llevase un arma. El arma que mató a Annalisa nunca se encuentra. Salvatore está imputado por asesinato. En febrero de 2006 el juicio asiste a la retractación de la mayoría de los testigos clave. Serena, una de las amigas de Annalisa declara no haber visto nada. Lo mismo

hace Iolanda, una de sus mejores amigas. Annalisa y Iolanda habían estado juntas toda la tarde del día del tiroteo. Annalisa había inventado para su amiga un peinado fabuloso, se daba maña con esos menesteres. A cambio, Iolanda le había prestado sus zapatillas Nike doradas, las mismas que Annalisa llevaba puestas cuando la asesinaron. Iolanda, durante el juicio, se declara analfabeta para no poder leer los derechos y deberes a los que está sometida como testigo. Esto obliga a que un agente se los lea en voz alta. Pero la chica manda desde el mismo juzgado un mensaje de texto desde su celular, lo que probó que no era analfabeta. Está acusada por falso testimonio.

La actitud de la chica enardece al juez Giustino Gatti que da un sermón a toda la sala: “En las palabras de esta muchacha se esconde toda la cultura de un barrio que no tiene fe en las instituciones del Estado”. La misma estrategia emplea un vecino que el día del tiroteo, el 27 de marzo de 2004, vio todo por el balcón de su casa y declaró por propia voluntad ante la policía. En el juicio, en cambio, expone que ese día estaba muy borracho y muy drogado y que no se siente capaz de recordar nada de lo que dijo y mucho menos de lo que vio. La única que mantiene su testimonio es la tía y Emanuela, una de las amigas que estuvo esa noche en Via Viccaria Vecchia junto a Annalisa. Sólo en su segundo testimonio la chica retomó los dichos de ese día ya que en una declaración anterior había afirmado no re-

cordar nada. Finalmente y por propia voluntad vuelve a declarar, expresando que había hecho un profundo examen de conciencia y que, a pesar del miedo, diría la verdad.

La *omertá* (el silencio cómplice que impone la camorra a cambio de la vida) cala hondo en la Forcella.

Nicola y Davide siguen recorriendo las calles de Nápoles cumpliendo infaliblemente con su deber. Y hasta ahora, no hay quien haya podido detenerlos.

El 22 de marzo de 2006 el fiscal Raffaele Marino solicitó una sentencia de veinticuatro años de reclusión para Salvatore Giuliano por el asesinato de Annalisa Durante. El juez la concedió y hoy Salvatore se encuentra descontando su condena.

Luego del asesinato de su hija, Gianni Durante obtuvo un empleo con sueldo fijo y seguro social, el primero de su vida. Se lo consiguió el intendente de la ciudad. Ya no piensa en abandonar la Forcella ni Nápoles. Se quedará allí a honrar la memoria de su hija.

Agradecimientos

A mi editora Paula Pérez Alonso, por creer en este libro y por trabajar mano a mano en su urdimbre.

A Graciela Maglie, por las valiosísimas sugerencias.

A Claudia Acuña, por todo el tiempo.

A Liliana Heker, por su rigor.

Al camarógrafo español Unai Aranzadi, por su generosidad.

A Miguel Ángel Calderón de Amnistía Internacional de España, por sus atenciones.

Al padre comboniano José Carlos Rodríguez Soto, por abrirme las puertas de Gulu, Uganda.

A Horacio Pietragalla Corti.

A Gabriela Cañas, redactora de *El País* de España, por sus impresiones sobre Sabine Dardenne.

Al equipo de la BBC en Español, por sus invaluable contactos.

A Médicos sin Fronteras de Bélgica y Barcelona y a sus equipos de trabajo en las calles de Moscú.

A Casa Alianza en la época que era dirigida por Bruce Harris y a Bruce Harris, a pesar de todo.

A K.S. por contarme su secreto.

A la psicóloga chilena Ana Margarita Maida y a su equipo del Hospital Calvo McKenna, fundamentales para la reconstrucción del caso Ester.

A los equipos de trabajo de Global March y Mani Tese.

A los amigos que siempre me acompañan, a mis padres, a Alessandro.

Fuentes

Afanasiev, Iuri, *Mi Rusia fatal*, Anaya y Mario Muchnik, Barcelona, 1994.

Amnistía Internacional, “Honduras, niños desprotegidos frente al abuso”, documento, 1994.

Amnistía Internacional, Informe: “Niños y niñas soldados”, 2005.

Andolfo, Matilde, *Il diario di Annalisa*, Tullio Pironi Editore, Milán, 2005.

BBC Mundo, “Honduras, niños ejecutados”, junio de 2003.

Becker, Jo, *Uganda, Stolen Children, Abduction and Recruitment in Northern Uganda*, Human Rights Watch, 2003.

Bocca, Giorgio, *Napoli siamo noi*, Feltrinelli, 2006.

Cañas, Gabriela, “Una víctima planta cara al pederasta belga”, *El País*, España, febrero de 2004.

Casa Alianza, Informe: “El fenómeno de las ejecuciones violentas en niños, niñas y jóvenes”, Honduras, 2006.

- Congreso Mundial de Niños y Niñas sobre el Trabajo Infantil, “Declaración niños y niñas”, Florencia, 2003.
- Convención Internacional de los derechos del niño*, documento Oficina Alto Comisionado por los Derechos Humanos, ONU, 1989.
- Dardenne, Sabine, *Yo tenía 12 años, cogí mi bici y me fui al colegio...*, Martínez Roca, España, 2005.
- Dirkx, Jorge, Informe: “Niños y adolescentes abandonados en las calles de Moscú”, Médicos sin Fronteras, Barcelona, 2006.
- Dunch, Juan Pablo, “Informe sobre la Federación Rusa”, *La Jornada*, México, 2005.
- Gregory, Julie, *Sickened*, Arrow Books, Gran Bretaña, 2004.
- Gutiérrez, Mónica, “Historia recuperada”, *Página/12*, Buenos Aires, 2003.
- Human Rights Watch, Informe: “The voices of children soldiers”, 2001.
- ILO, “In depth, analysis of street children in Moscow”, 2001.
- Kukklin, Susan, *Iqbal Masih and the Crusade Against Children Slavery*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1986.
- Meadow, Asher, *What's Münchhausen by Proxy*, American Marviel, 1996-2003.
- Meredith, Martin, *The Fate of Africa, from the Hopes of Freedom to the Heart of Despair*, Public Affairs, Londres, 2005.

- Organización Internacional del Trabajo, “Información sobre el trabajo infantil”, 2005.
- Red de Solidaridad y Autogestión Independientes, “La historia de Iqbal”, Barcelona, 2000.
- Revista Chilena de Pediatría*, “Un caso a considerar”, Santiago de Chile, mayo de 1999.
- Unicef, Informe: “Excluidos e invisibles”, 2006.
- Informe: “Las prioridades de Unicef para la infancia. 2002-2005”.
- *Informes anuales*, 2003, 2004, 2005.
- Archivos diario *El País*, España.
- Archivos diarios *La Repubblica* y *Corriere della Sera*, Italia.
- Archivos diarios *Le Monde* y *Liberation*, Francia.
- Archivos documentos Casa Alianza, Honduras, México y Guatemala.
- Archivos organización Coalition to Stop Child Soldiers.
- Archivos web Abuelas Plaza de Mayo, Argentina.

Índice

<i>Prólogo</i>	7
Vittoria	25
Iqbal	41
Sabine	67
Denis	97
Horacio	115
K.S.	145
Francis	159
José Luis y Omar	183
Ester	197
Annalisa	223
<i>Agradecimientos</i>	245
<i>Fuentes</i>	247

**España**

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 36
Fax (34) 93 496 70 58
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1668
C1100 ABQ Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4382 40 43/45
Fax (5411) 4383 37 93
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil

Rua Ministro Rocha Azevedo, 346 -
8º andar
Bairro Cerqueira César
01410-000 São Paulo, SP (Brasil)
Tel. (5511) 3088 25 88
Fax (5511) 3898 20 39
Mail: info@editoraplaneta.com.br

Chile

Av. 11 de Septiembre, 2353,
piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel. Gerencia (562) 431 05 20
Fax (562) 431 05 14
Mail: info@planeta.cl
www.editorialplaneta.cl

Colombia

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Santafé de Bogotá, D.C.
(Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador

Whymper, 27-166 y Av. Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec
www.editorialplaneta.com.ec

Estados Unidos y Centroamérica

2057 NW 87th Avenue
33172 Miami, Florida (USA)
Tel. (1305) 470 0016
Fax (1305) 470 62 67
Mail: infosales@planetapublishing.com
www.planeta.es

México

Av. Insurgentes Sur, 1898, piso 11
Torre Siglum, Colonia Florida, CP-01030
Delegación Álvaro Obregón
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 53 22 36 10
Fax (52) 55 53 22 36 36
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú

Grupo Editor
Jirón Talara, 223
Jesús María, Lima (Perú)
Tel. (511) 424 56 57
Fax (511) 424 51 49
www.editorialplaneta.com.co

Portugal

Publicações Dom Quixote
Rua Ivone Silva, 6, 2.º
1050-124 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 120 90 00
Fax (351) 21 120 90 39
Mail: editorial@dquixote.pt
www.dquixote.pt

Uruguay

Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela

Calle Madrid, entre New York y Trinidad
Quinta Toscanella
Las Mercedes, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 991 33 38
Fax (58212) 991 37 92
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve